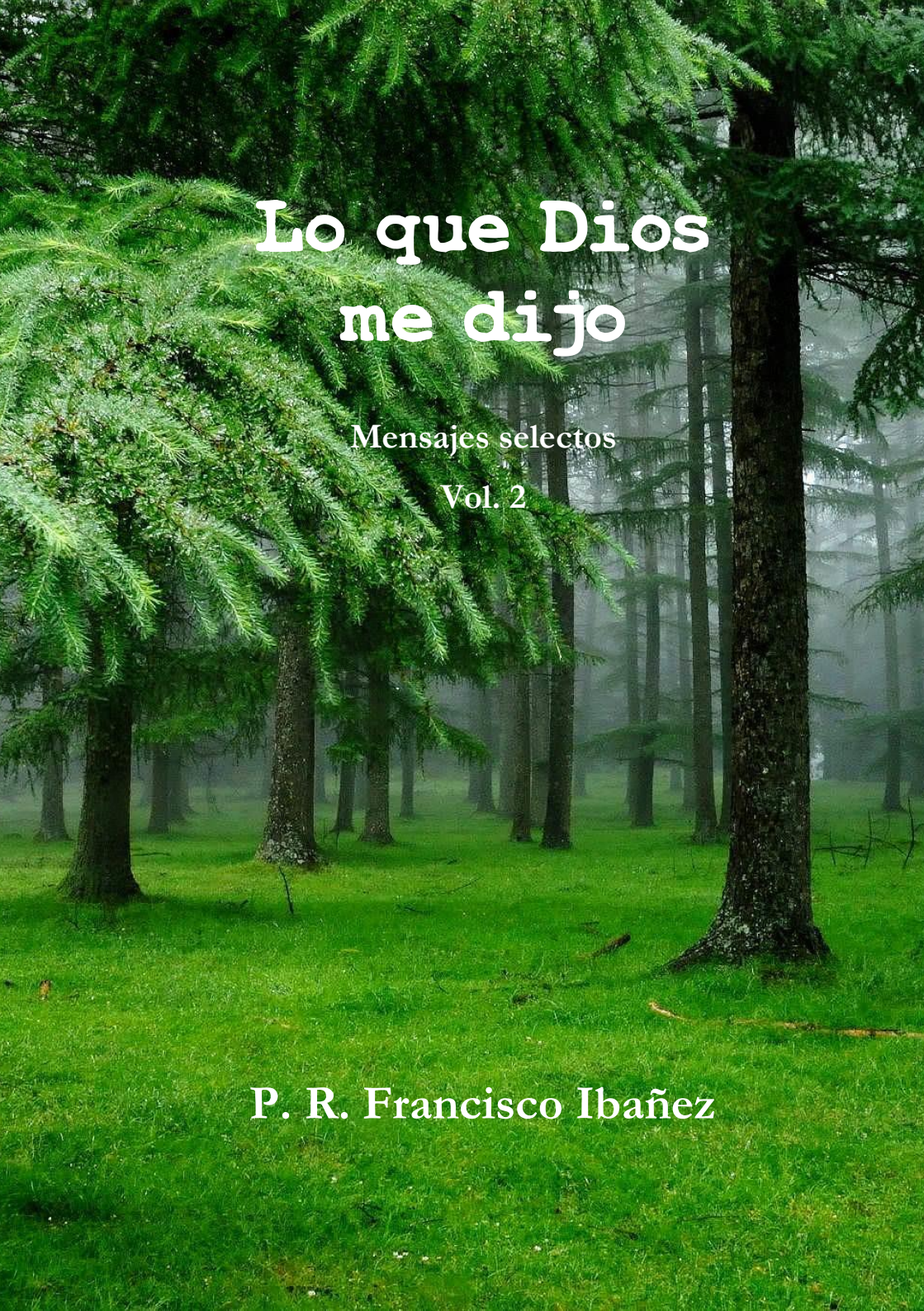


The background of the entire page is a photograph of a forest. It features several tall, slender evergreen trees, possibly spruce or fir, with dense green needles. The ground is covered in a thick layer of bright green grass. A light mist or fog hangs in the air between the trees, creating a soft, ethereal atmosphere. The lighting is diffused, suggesting an overcast day. The trees are scattered across the frame, with some in the foreground and others receding into the distance.

Lo que Dios me dijo

Mensajes selectos

Vol. 2

P. R. Francisco Ibañez

CONTENIDO

PRÓLOGO.....4

LAS ÚLTIMAS PALABRAS7

NO APAGUES AL ESPÍRITU21

PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA39

VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS.....56

¿QUÉ TE DETIENE?70

BASTA86

EL MAL QUE MORA EN MI98

HACIENDO LAS PACES 111

LA POSTA 119

LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS..... 130

¿ME AMAS?..... 142

SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD..... 156

LOS PERFECTOS DE DIOS 166

LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS 174

BUSCANDO EL ALTAR..... 192

CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL..... 204

SEDIENTOS..... 223

PRÓLOGO

LO QUE DIOS ME DIJO PRÓLOGO

En esta segunda entrega se congrega un nuevo grupo de mensajes que el Señor ha hablado a la congregación local, pero que puede extenderse a diferentes puntos geográficos y sensoriales de necesidad, de sequedad espiritual, de búsqueda de algo de Dios. No porque este libro supla ese tipo de necesidades, sino porque sus párrafos apuntan hacia un libro y un Autor del mismo que sí pueden. Estoy totalmente convencido que la Biblia pone de soslayo, por su sola autoridad, toda otra obra literaria. Empero, esta obra, como muchas otras, ofrece una experiencia con la Voz del Señor, una vívida transferencia del sentir e intención del Cielo para con nosotros, una perspectiva diferente de las aristas que enmarcan el mensaje original de la Palabra de Dios.

Los tiempos que vivimos al momento de redactar este libro han provocado la manifestación de lo mejor y lo peor de la humanidad. Tiempos de supervivencia, temor, cuidado, desafío a la empatía y la compasión. Sin duda, tiempos de pérdidas y desconsuelo. Si bien el Señor habla claramente a sus creaturas, los humanos tenemos una tendencia innata e innegable de huir de su Voz y encontrar refugio en nuestras capacidades, las cuales aún permanecen inermes ante el avance de la naturaleza, las catástrofes, la enfermedad, la depresión y la misma muerte. ¿Qué hacer? Dios nos da una respuesta tan simple como contundente. En unas pocas palabras invita al ser humano a realizar la tarea más difícil que se le pueda encomendar: doblegar su orgullo, aceptar su falta y venir al Señor en total dependencia, sin obras propias de justicia, sino un clamor por misericordia. *“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.”* (2 Crónicas 7:14). Creerle a Dios es uno de los mayores actos de valentía. El

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PRÓLOGO

devenir histórico de la humanidad ha sido fiel testigo de que la razón puramente humana, el pensamiento antropocéntrico, han dado paso a un mundo caído, desprovisto de esperanza. La historia se repite. Cuando la Revolución Francesa enmarcó la emancipación del pensamiento del hombre, sus horrores se abrieron paso. Así como dijo Goya en su aguafuerte, *“el sueño de la razón produce monstruos”*. ¿Cuándo entenderemos que la historia, el destino, las acciones y la razón pertenecen a Dios? ¿Cuándo se abrirán nuestros ojos a la imposibilidad de ser humano de rescatarse a sí mismo?

Querido lector, ansío que las palabras que están a punto de ingresar por tu mirada encuentren camino hasta tu corazón para sembrar algo útil, productivo y novedoso, y que, sobre todas las cosas, dirijan tus ojos al Señor y a nadie más, y a su Palabra y a nada más.

LO QUE DIOS ME DIJO **LAS ÚLTIMAS PALABRAS**

LAS ÚLTIMAS PALABRAS

“Mi corazón está dolorido dentro de mí, y terrores de muerte sobre mí han caído.” (Salmo 55:4)

El duelo es algo humano

La doctrina de la confesión positiva gestada entre los años 1891 y 1948 por E. W. Kenyon ha encontrado habitación en las bocas de creyentes que han divorciado la verdad de su camino sea por ignorancia o sea por astucia pragmática. El gran problema de pseudo teologías como esta es que presentan un mundo idílico incapaz de albergar sentimientos o hechos contraproducentes a la comodidad y bienestar del cuerpo y el alma (sobre todo el cuerpo). Versículos como los que dan inicio a este mensaje son palabras reservadas a personas de escasa fe que no se atreven a confesar positivamente sobre sus vidas y visualizar las promesas, bendiciones y beneficios que ellos mismos han puesto en la boca de Dios. Lo cierto es que este maravilloso libro, la Palabra de Dios, amplía los márgenes de su literatura y abarca todo el abanico de experiencias y emociones del ser humano. La Biblia entiende y habla de las alegrías, las tristezas, las dudas, el descanso, la ansiedad, y todo el sinfín de sentimientos que recorren el aparato psíquico y sensorial de las personas. Este libro lo sabe todo y no hay manera de sorprenderle; por eso, podemos acercarnos sin demasiada cautela y con esperanza a sus páginas si estamos atravesando un período de duelo o pérdida, si nuestro corazón esta acongojado o adolorido dentro de nosotros.

¿Qué es el duelo? El dolor frente a la pérdida es el común denominador de la humanidad. El duelo es la aflicción que acompaña en silencio o con clamores de angustia la experiencia de ver partir una parte de nosotros con impotencia en las manos, incredulidad en los ojos y resignación en el corazón. Despedidas que experimentamos se encuentran en la Biblia como testimonio

LO QUE DIOS ME DIJO LAS ÚLTIMAS PALABRAS

de la humanidad que resulta inherente a todos sus personajes. Podríamos traer a memoria al ser humano más perfecto que mencionen sus páginas, Jesús, y lo veremos derramando lágrimas por la muerte de su amigo Lázaro. Es así: el fallecimiento de un ser querido es una pérdida irreparable, un camino de ida hacia un lugar que no sabemos.

Si bien el duelo como tal es comúnmente asociado a la pérdida de un ser querido, suele ser un ente que se expresa en muchas áreas y golpea en la experiencia de las personas donde más duele y cuando menos se lo espera. Hay pérdidas relacionales, donde dejamos partir físicamente mas no emocionalmente a personas, ya sea por fallecimiento o por separación, divorcio, distancia, o enfermedades degenerativas de la mente como la demencia o el Alzheimer. También hay pérdida de capacidades al sufrir la amputación o debilitamiento de un miembro del cuerpo, la pérdida de funciones en órganos y sistemas, deterioros del organismo, accidentes y otras limitaciones físicas repentinas. Las pérdidas materiales también originan duelos, como los objetos, posesiones, tesoros y otras pertenencias que suelen estar vinculadas a afectos muy profundos. Una última clase de pérdida que podemos citar es la evolutiva, en la cual experimentamos cambios de crecimiento que reciclan partes de nosotros para crear una versión distinta, lo cual ocurre en el crecimiento y el pasaje de etapas (infancia, adolescencia, adultez, vejez). La mención de todas estas causas de duelo tiene el propósito de lograr sublimar el dolor de quien sea el lector de este libro con el mensaje presentado, y esto en especial a los que creen en Dios y, a pesar de la dolorosa experiencia, continúan creyendo. Al respecto, podemos hacer mención del cantante y compositor Jeremy Camp. En el año 2000 se casa con Melissa Lynn Henning sabiendo que ella padecía de cáncer de ovario el cual se había

extendido mucho y le había restado todo el tiempo de vida que le quedaba. Siendo creyente, se casó con ella de todas maneras y cuatro meses y medio más tarde ella murió. Acto seguido, Jeremy escribe la canción "*I still believe*" (*Aún creo*), de la cual se grabó una película conocida en Hispanoamérica como *Mientras estés conmigo*. Testimonios de la victoria de la fe como estos hay muchos y merecen una obra literaria aparte, sin embargo, podemos aferrarnos a éste para preguntarnos: ¿Cómo sobrevivir un duelo así? ¿Cómo seguir creyendo cuando la oración no fue respondida? ¿Cómo mantener la fe cuando la pérdida nos deja inermes frente a la vida?

El duelo también es algo cristiano

Sabemos que el mundo no es un lugar fácil de habitar. El continuo estudio de otros planetas de nuestro sistema solar y de las galaxias vecinas desemboca en el mismo resultado: la Tierra es el único hogar que tenemos. Sin embargo, el hecho de ser el único cuerpo celeste habitable no facilita la hospitalidad en él. Este mundo, bajo dominio del ser humano, recibe el sabotaje a su propia autoridad diariamente al ser víctima de sus maldades, egoísmos, derroches, insensibilidades, rencores, guerras e injusticias. Por esto, no es de sorprender que el ser humano sufra y se duela por la multitud de vicisitudes del diario vivir. La intriga gira especialmente en torno al creyente, a aquel que deposita su fe en un Dios Todopoderoso y que persiste en algunos lamentos y dolores de la vida. La realidad es que los cristianos experimentamos muchos duelos y más seguido que lo que quisiéramos reconocer. Las pérdidas relacionales (familiares y amigos que ya no están, y hermanos y hermanas que han dejado el camino de la fe), las pérdidas de capacidades (antiguas famas y reconocimientos, habilidades y destrezas que nos identificaban en el pasado), las pérdidas materiales (objetos religiosos de la vida

LO QUE DIOS ME DIJO LAS ÚLTIMAS PALABRAS

pasada, regalos especiales que apreciamos, pero debemos dejar por contraponerse a la fe), y las pérdidas evolutivas (el crecimiento espiritual que demanda la muerte de nuestras pasiones y los cambios en los estadios) son parte de vivir junto al Señor.

Entonces, ¿qué diferencia existe entre los duelos del creyente en Dios y aquellos que viven ajenos a sus caminos? Precisamente eso, que el Señor permanece a nuestro lado durante esos procesos de duelo, de los cuales Él no es ajeno. Dios manifestó fuertemente su compasión a lo largo de la historia y de las páginas de la Biblia, pero aún más intensamente en la vida de Cristo, quien habitó un cuerpo físico sujeto a las presiones de la vida, las necesidades fisiológicas y los tormentos del alma. Él vino como el Sumo Sacerdote que va a expiar nuestros pecados con su propia Sangre, pero no sólo esto, sino que vino a experimentar en carne propia el pago de nuestra redención hasta la muerte de cruz.

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.” (Hebreos 4:15)

Así que Jesucristo es la compasión de Dios encarnada en su cuerpo mortal a través de su Espíritu inmortal que nos ama y comprende hasta el fin (Juan 13:1). Dios no está distante o indiferente a nuestra condición ni tampoco a los procesos donde dejamos ir girones de nuestra alma al ver partir a un ser querido, al perder un objeto de nuestro profundo afecto o experimentar cualquier pérdida que dispara un tiempo de duelo interior. Él se ubica en la perspectiva humana no sólo desde el sentimiento sino desde la carne, sujetándose a sí mismo a los padecimientos de dolor, traición, angustia, persecución, y aún la misma muerte. De

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LAS ÚLTIMAS PALABRAS

esta manera, podemos entregarnos confiadamente a los brazos del Señor confiando que nos sostendrá tanto desde su infinito poder como desde su comprensión empática.

“Ordena mis pasos con tu palabra, y ninguna iniquidad se enseñoree de mí.”
(Salmo 119:33)

Siempre vamos a morir, pero está en nuestra decisión que los duelos que atravesemos tengan un propósito al entregarlos al Señor y que Él guíe nuestros pasos de acuerdo a sus mandamientos. El camino del cristiano es duelo y es sacrificio porque va hacia mejores cosas según se haya entregado a la voluntad del Eterno. No tengamos miedo de perder pues Dios tiene siempre mejores caminos por delante que sólo tendrán lugar cuando haya más espacio en nosotros. Cuando dejamos ir algo en el Señor, según Él, viene algo mejor. Esto lo sabía muy bien el apóstol Pablo, quien tenía mucho a lo cual renunciar:

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.”
(Filipenses 3:7-8)

Por eso, no temamos a las últimas palabras. Aquellas que se dicen antes de partir y dan paso a la renuncia de lo que amamos, y entreguemos nuestro corazón al Señor, quien nunca nos defraudará. Estas últimas palabras son recurrentes en la Biblia en forma de discursos finales y pusieron a los participantes de esas escenas a las puertas de un proceso de duelo y cambio: duelo por lo perdido y cambio hacia una nueva etapa donde aprenderían a vivir sin esa persona. Estas últimas palabras vinieron de algunos líderes que sirvieron de punta de lanza para el pueblo al ingresar a nuevos territorios y nuevos tiempos. Los desafíos que se nos

LO QUE DIOS ME DIJO LAS ÚLTIMAS PALABRAS

presentan por delante demandan renunciar a algunas áreas, personas, objetos, posesiones y afectos que sólo serán una mochila en el camino o un ancla en el mar. Jacob dijo sus últimas palabras antes que el pueblo partiera de la tierra egipcia hacia el desierto. Moisés habló por última vez cuando el pueblo estaba dejando el desierto atrás y se encontraban a las puertas de la Tierra Prometida. Josué también se expresa una última ocasión antes que la tierra quede en manos de una población sin dirigencia. Jesús, quién reúne al pueblo en uno solo mediante su ministerio en la tierra, dispersa en el aire de la incertidumbre sus últimas frases antes de ser entregado a la muerte y que los creyentes continuaran la obra por su cuenta con ayuda del Espíritu Santo y comenzara el período de la última iglesia. Las palabras que se dibujan en las últimas cartas de Pablo anuncian otro tiempo de la iglesia formada con la doctrina acabada.

No podemos soslayar la dificultad que presentan los tiempos de duelo, pues la pérdida se conjuga en sacrificio, negación, amputación del alma. Ese dolor es natural, pero a la vez un desafío a la fe en muchos niveles. Aun así, como en los ejemplos citados, estos duelos dieron lugar a nuevas etapas donde los sobrevivientes al proceso fueron injertados en caminos de crecimiento, madurez y realización. La voluntad de Dios demanda de ese paso de etapas quemadas como una escalera que conduce a la plenitud de su llamado. Todos queremos crecer, avanzar, mejorar, acercarnos al Señor y cumplir sus mandamientos, pero no todos estamos dispuestos a ser colocados en la mesa del alfarero y ser transformados por sus manos sabias. Lo que es más: este proceso será manifestado tanto a nivel de la congregación como a nivel individual. Hay pérdidas, cambios, mutaciones ontológicas que aunarán corazones de un grupo de creyentes y los conducirán a todos juntos hacia un

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LAS ÚLTIMAS PALABRAS

mismo propósito. Allí es donde debe actuar la sinergia empática y espiritual que dé cuenta del amor que permanece en los lazos de la congregación. Otros duelos son propiedad del ser íntimo, individual, personas. Hay luchas en lo secreto que sólo pueden ser vividas por quien atraviesa el túnel de la incertidumbre y el dolor. Aun así, no implica la individualidad del sufrimiento un aislamiento inherente: la lucha de uno debe convertirse en la de todos.

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.”
(Colosenses 3:12-14)

Cuando Caín le preguntó a Dios: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”, la respuesta es: ¡SÍ! ¡Por supuesto que eres el guarda de tu hermano! ¡Claro que debes velar por él y cubrirle de amor! Por eso, no abandonemos a nuestros hermanos, especialmente en procesos de duelo, porque es infinitamente mejor acompañar de cerca con el silencio que opinar de lejos con la ignorancia. El cambio no es fácil para nadie. Las últimas palabras que escuchó el pueblo de estos líderes no fueron aceptadas con ligereza, sino como la antesala de un tiempo difícil que venía por delante. Ese duelo que vivieron ellos y que vivimos nosotros, esas últimas palabras, indican que el cambio de etapa está ocurriendo.

El éxodo

Uno de los ejemplos que mencionamos fue el Moisés. Sus últimas palabras fueron la bisagra histórica del pueblo de Israel entre el desierto y la Tierra Prometida.

LO QUE DIOS ME DIJO LAS ÚLTIMAS PALABRAS

“Fue Moisés y habló estas palabras a todo Israel, y les dijo: Este día soy de edad de ciento veinte años; no puedo más salir ni entrar; además de esto Jehová me ha dicho: No pasarás este Jordán. Jehová tu Dios, él pasa delante de ti; él destruirá a estas naciones delante de ti, y las heredarás; Josué será el que pasará delante de ti, como Jehová ha dicho.” (Deuteronomio 31:1-3)

Las tres etapas de la vida de este líder llegaban a su fin: cuarenta años de preparación en el desierto, cuarenta años con el pueblo transitando las arenas de Sin, Sinaí y el oriente, y cuarenta años a las puertas de Canaán. Todos estos años fueron un largo proceso para cambiar la mentalidad y el espíritu de los israelitas. Aunque dejaron la tierra del Nilo detrás hacía mucho tiempo ya, Egipto permanecía en sus corazones. Se negaban a enfrentar el proceso de duelo que demanda la renuncia de aquella tierra del pasado. Repetidamente murmuran y se quejan en el camino recordando aquel tiempo como de bonanza y prosperidad. Llegan a identificar a Egipto como la tierra donde fluye leche y miel, donde comían hasta saciarse y nada les faltaba. A las puertas de la tierra esperada, aun intentan regresar a la tierra de su esclavitud. Cualquier parecido con la realidad no es coincidencia: muchos venimos a Cristo y hasta participamos activamente de las actividades eclesíásticas, pero dejamos el corazón en el territorio del cual provenimos, añorando los tiempos pasados y recordando con afecto y orgullo el mundo del que Dios nos rescató. No nos duele el pasado pues no le dejamos morir. Nuestra identidad está tan aferrada a él que aceptar que ya no existe resulta en la pérdida de una gran parte de nosotros mismos. Pero el éxodo debe manifestarse no sólo en el cuerpo sino también en la mente y el corazón si queremos entrar a la vida espiritual que el Señor nos preparó. Morir a nosotros mismos es un acto de valentía donde arrojamus por la ventana del pasado

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LAS ÚLTIMAS PALABRAS

aquellas pertenencias que hicieron raíz en nuestra alma y caminamos hacia lo que está en frente.

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” (Filipenses 3:12-14)

Si el éxodo de la tierra de pecado y esclavitud no está claramente manifiesto en nosotros (aunque aún en proceso), hay dos problemas latentes: no hemos sido realmente salvos o seguimos atados al pasado. Puede ser que los demás hayan caminado y atravesado el Mar Rojo y estén ya recibiendo la Ley de Dios en el Monte Sinaí mientras nosotros aún estamos habitando Egipto. Vamos a la iglesia, acompañamos a algún familiar, participamos en algunas actividades, pero nuestra vida no ha sido, ni ha comenzado a ser transformada. Vivimos de la misma manera, escuchando la misma música, frecuentando los mismos lugares, conservado las mismas amistades, hablando la misma forma, y así sistemáticamente. Nunca creímos de verdad ni comenzamos el proceso de la muerte a las pasiones, al mundo, a los deseos pecaminosos y aún a nosotros mismos. Pablo dijo a la iglesia:

“[...] renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios.” (2 Corintios 4:2)

Luego dijo a Tito, quien se formaba como pastor:

“[...] la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos

LO QUE DIOS ME DIJO LAS ÚLTIMAS PALABRAS

mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:11-12)

Por último, Jesús dice a todos los creyentes:

“Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.” (Lucas 14:33)

Por esto, si en verdad hemos salido de *Egipto*, si nos estamos apartando de aquello que nos identificaba y estamos en proceso de ser nuevas criaturas, abracemos las nuevas etapas y emprendamos el camino difícil pero fructífero del duelo. No dejemos nada al enemigo con que pueda acceder a nuestras debilidades. Tomemos el ejemplo del encuentro de Moisés con el faraón, donde el líder hebreo no iba a negociar con el esclavizador ni dejar puertas de pecado abiertas. Cuando el faraón le dijo que ofrecieran sacrificio en la misma tierra egipcia (Éxodo 8:25), Moisés se negó y mantuvo la orden de sacrificar lejos de allí, a tres días de camino en el desierto (Éxodo 8:27). Faraón le exige que vayan Moisés y Aarón solos (Éxodo 10:8), pero Moisés estaba determinado a no dejar a nadie ni a nada detrás (Éxodo 10:9). Por último, Faraón propone que vayan las personas, pero dejen a los animales (Éxodo 10:24), y Moisés responde que “no quedará ni una pezuña” en aquel lugar, e incluso el faraón mismo dará de sus animales para sacrificar (Éxodo 10:25-26). Gran ejemplo nos deja este líder al mostrarnos cómo romper con todo lazo con el pasado y evitar toda negociación que nos vincule con el enemigo, dejando hilos conectados con nuestras debilidades con los cuales nos podrá manejar como títeres a su antojo. Cortemos toda conexión con el pasado, aunque duela, aunque suframos un momento, aunque esos hilos lleguen al corazón, y veremos que Dios tiene lo mejor por delante.

El desafío en la encrucijada

El momento había llegado. Así como Moisés había partido muchos años atrás dejando al pueblo en manos de Josué, ahora era su turno de abandonar esta vida. La muerte es la desembocadura inevitable de la historia de las personas y el pueblo de Israel se encontraba a las puertas de uno de los duelos más difíciles que debían atravesar: difícil tanto por la partida de su líder como por el devenir histórico que les aguardaba.

En el capítulo 24 del libro que lleva su nombre, podemos ver las últimas palabras de Josué. Luego de reunir a todo el pueblo con sus líderes (José 24:1), procede a repasar la historia trayendo a memoria las victorias de Dios sobre su caminar en el desierto y la repartición de la tierra que estaban en proceso de poseer (Josué 24:2-13). Esta historia debe resultar muy familiar para nosotros, si es que estamos en el mismo proceso de duelo espiritual. El evangelio que hoy conocemos no es algo que Dios hará, sino que es la historia de lo que ya hizo en nuestro favor. Es común que muchas personas se acerquen a las puertas de la iglesia para que Dios *haga algo*, cuando el verdadero motivo es por lo que Dios *ha hecho*. Eso va a ocasionar temblores en los fundamentos de nuestra vida al comprender que venir a Cristo no colmará nuestras necesidades de lo que nos falta, añadiendo algunos elementos restantes. El Evangelio de Jesucristo nos enseñará que todo lo que considerábamos como parte de nuestra plenitud era ilusión del pasado, y que todo gozo y realización se encuentran en Él. Entenderemos que todo lo que el mundo nos dio fue un espejismo de felicidad a lo cual debemos morir y transitar como criaturas nuevas el camino que Él pone delante. Por eso Josué hace referencia al río que los hebreos cruzaron desde Abraham en adelante (Josué 24:2), dejando los dioses extraños detrás. Hoy nosotros cruzamos el río de Sangre que corre desde la cruz,

LO QUE DIOS ME DIJO LAS ÚLTIMAS PALABRAS

dejando todo el pasado detrás y muriendo día a día a lo que nos ataba a esa historia. Esa muerte diaria es un proceso que no ocurre en un instante. La salvación ocurre en un segundo, pero la santificación se manifiesta a través de los años y del trato del Espíritu de Dios con nuestras vidas. La tierra que Dios pone delante representa ese proceso, una tierra que se recorre y transita paso a paso hacia la meta (Josué 24:3).

Luego de repasar la historia, Josué se traslada al presente y convoca al pueblo a enfrentar el desafío en esta encrucijada de la vida. Josué ordena al pueblo temer y servir a Dios con integridad y verdad, dejando todo atrás y no a medias. Los dioses que heredaron, los que conocieron y sirvieron, debían morir para siempre. Como dijimos anteriormente, el pueblo había recorrido todo el desierto y habitado la tierra nueva, pero aún conservaban su corazón en Egipto. Aunque estas personas prometieron servir a Dios, no le faltaron dudas a Josué (Josué 24:16-21), pues recordaban muy bien la fidelidad de Dios, pero no su propia infidelidad. Las promesas que podemos hacer al Señor hoy son muy fáciles de hacer pues vivimos en tiempos en los cuales la palabra se ha desvalorizado al nivel de lo efímero. Pero la acción nos compromete de manera contundente, y lo que hacemos da testimonio de lo que alberga nuestro corazón y hacia dónde apunta nuestra fidelidad. Irónicamente, el pueblo se demuestra fiel a Dios mientras habitaban dioses falsos en medio de ellos. Josué no tiene sucesor, por lo que procede a establecer un pacto de fidelidad entre el pueblo y Dios con una roca como mediadora (Josué 24:22-28). Hoy día, la misma Roca viene a ser nuestra salvación; Roca en la cual podemos pararnos firmemente sin temor a resbalar.

“Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa” (1 Pedro 2:4)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **LAS ÚLTIMAS PALABRAS**

Jesucristo es nuestra Roca de salvación de un Reino incommovible.

En Josué 24:29 leemos la partida de este líder de Israel. El pueblo dará cuenta de sí mismo delante de Dios y deberá mantenerse en el pacto de fidelidad que han hecho. El siguiente libro, Jueces, nos dará un panorama del fracaso de tales palabras, dejando al desnudo las debilidades de un corazón que no ha pasado el proceso de duelo del pasado y quedó aferrado a ese lugar. Tomemos este ejemplo y confrontemos el espejo que nos muestra la verdadera condición que nos embarga. Entremos a la tierra prometida muriendo al pasado, aunque duela, y seamos nuevas creaturas en Él (2 Corintios 5:17) para recibir de Dios la victoria en la Tierra Prometida.

LO QUE DIOS ME DIJO **NO APAGUES AL ESPÍRITU**

NO APAGUES AL ESPÍRITU

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **NO APAGUES AL ESPÍRITU**

En el contexto de una congregación expectante de la venida de Cristo en su Reino glorioso, Pablo exhorta a los hermanos de Tesalónica a continuar la labor de evangelismo y edificación, no dando lugar a los ociosos ni a las divisiones. Añade, entre los consejos que les envía, uno muy particular:

“No apaguéis al Espíritu.” (1 Tesalonicenses 5:19)

Los tesalonicenses fueron enseñados por el apóstol acerca de, entre otras cosas, la segunda venida de Jesús. Hizo falta una segunda carta para arrojar mayor luz sobre este tema. Sin embargo, la prioridad de Pablo no fue únicamente instruirles hacia la formación teológica, sino infundir en ellos todo lo necesario para que continuaran fieles al Señor, trabajando juntos y manteniendo una iglesia de pie lista para recibir al Señor. Cuando decimos *todo lo necesario*, el apóstol tenía muy en claro aquello que no debía faltar y que aconsejó asimismo a la congregación en Roma:

“[...] todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.” (Romanos 8:14)

El Espíritu Santo sería el catalizador del trabajo de los hermanos en pos de la verdad y el crecimiento en santidad. Los mensajes motivacionales, las palabras de ánimo y las promesas pueden encender alguna chispa temporal en las pupilas de la iglesia, pero sólo el Espíritu Santo es capaz de encender un fuego interior que arde por levantarse y esforzar las manos para la obra de Dios. Entonces, una iglesia sin el Espíritu Santo es una maquinaria sin energía que ralentiza su fuerza ante la corriente adversa de este siglo hasta detenerse. Pero, ¿cómo sabemos si una congregación posee o no al Espíritu de Dios?

El Espíritu Santo en debate

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

Las diferentes concepciones del Espíritu Santo, a lo largo de la historia, han estado más relacionadas a su manifestación que a su identidad. Estas discusiones encontraron mayor auge en el siglo IV, de mayor protagonismo trinitario, las crisis cismáticas de oriente y occidente entre los siglos IX y XI, y las sucesivas revisiones teológicas de la reforma protestante. Si pensamos en el Padre, se ha discutido acerca de sus decisiones, poder y soberanía. Al considerar a Cristo, se discute su identidad y divinidad. En el caso del Espíritu, si bien se discute si es una persona o no, mayormente los debates giran alrededor de la manera en que manifiesta sus dones sobre la iglesia. Entre las interpretaciones doctrinales se lo considera una *persona divina*, una *fuerza o cualidad divina*, una *entidad espiritual*, *otro Dios*, o *Dios mismo manifestándose*. Sea como fuere la interpretación local de nuestra congregación, ¿cómo sabemos si una iglesia, comunidad o una persona poseen el Espíritu Santo? ¿Qué significa tener al Espíritu y qué es lo que produce? ¿Qué diferencias hay entre tener o no al Espíritu? Muchas de estas cuestiones hallan sus respuestas en la Biblia, pero, como muchas costumbres eclesiales, se suele recurrir a la tradición oral. Muchas discusiones acerca del Espíritu Santo y sus manifestaciones se han dado en mesas de debate con la Biblia cerrada. En muchas ocasiones se ha creído que una iglesia en silencio o con instrumentos musicales rudimentarios da constancia de una frialdad espiritual manifiesta por la supuesta ausencia del Espíritu Santo, pero una iglesia que tiene la música muy fuerte, con intensos crescendos musicales resolviendo en poderosos acordes, muchos gritos y clamores de todo tipo dan fe de poseer la plena manifestación del Espíritu de Dios. Cuando un nuevo creyente llega, simplemente se le adoctrina con estas bases y busca adaptarse (o no) a estas premisas axiomáticas. ¿Será esto realmente así? ¿Necesita un ambiente “especial” el Espíritu para proceder a manifestarse? ¿Y cómo se manifiesta al respecto?

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **NO APAGUES AL ESPÍRITU**

¿Será que su contrapartida es correcta, en cuanto a que el Espíritu se manifiesta solamente en ambientes tranquilos y calmados? Busquemos en su Palabra.

Las diferentes manifestaciones del Espíritu en la Palabra

Pablo exhorta a los tesalonicenses y a la iglesia de hoy a no apagar el Espíritu Santo. Por lo tanto, no podemos pasar por alto la relevancia de su Presencia en el contexto eclesíástico. En vista de esto, exploremos qué tiene la Biblia para decirnos del Espíritu de Dios, el *ruaj hakodesh*, el sopro divino. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento nos muestran al Espíritu de Dios activo en diversas situaciones. Por eso, aprendamos de su acción analizando algunas escenas donde cobró protagonismo.

Antiguo Testamento

La aparición del Espíritu no se hace esperar. Abriendo las primeras páginas de la Biblia, en Génesis, ya en el segundo versículo toma acción en el proceso creativo de Dios. En el segundo versículo del primer capítulo dice:

“Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.”
(Génesis 1:2)

No hace falta la existencia de la humanidad para que el Espíritu intervenga en el mecanismo de lo creado, pues desde antes de la redacción de los primeros capítulos de la historia humana su manifestación ha sido evidente y vital para el establecimiento de los elementos de la naturaleza. En estos inicios de las Escrituras podemos ver al Espíritu de Dios involucrado, moviéndose sobre el caos y las tinieblas, esperando la orden del Padre para actuar. Sin importar la consideración doctrinal de su carácter, como persona, el denominador común es su divinidad, y una

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

característica del Ser de Dios es que Él jamás cambia (1 Corintios 12:6). De esta manera, el Espíritu continúa en su movimiento perpetuo sobre la humanidad que Dios ha formado con sus manos y sobre los cuales derrama su misericordia. Aun en los tiempos que ignoramos o soslayamos el mensaje del Evangelio, su Espíritu continuó aleteando sobre nuestros corazones, obrando en él cuidadosa y paulatinamente, para un día nosotros entregarnos a Él. Por esto, no perdamos la confianza acerca de aquellos que hacen a un lado nuestro mensaje pues la Presencia de Señor es más persistente que todo pecado, rebelión y dureza de corazón. Refiriéndonos a este trato particular, continuamos con la siguiente mención del Espíritu Santo en el Antiguo Pacto:

“Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.”
(Génesis 6:3)

En esta ocasión, la multiplicación de la maldad del ser humano sobre la tierra había llenado la copa del juicio. Este límite implica la totalidad de las metas que el hombre se propone de trascender todo límite establecido por las leyes universales de Dios. En los tiempos presentados aquí, las personas llegaron a ser tan malas como un ser humano pueda ser, rompiendo todas las normas que se puedan romper, invalidando todo pacto que exista, eliminando todo rastro de bien e infravalorando al mínimo o a la inexistencia todo buen comportamiento. En los años que se desarrolló tal aglutinamiento de perversiones, el Espíritu de Dios continuó golpeando contra la dureza de sus corazones. En un momento, Dios determinó un tiempo límite para convencer al ser humano de su mal camino. Hoy vivimos de cara a esa misma frontera donde se conjugarán todos los tiempos en un juicio de fuego. Hasta allí sigue el Espíritu del Señor golpeando la roca del

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ NO APAGUES AL ESPÍRITU

corazón como la gota de agua cae sobre la peña y en su persistencia la desmenuza hasta hacerla arena.

Las siguientes menciones del Espíritu Santo mantienen un patrón constante, donde Dios lo derrama sobre diferentes personas. La manifestación del Espíritu sobre éstos evoca reacciones y actividades bastante diferentes a los paradigmas adquiridos con el tiempo y la interpretación de algunos grupos. No había mucho ruido, sacudidas, música fuerte y desorden. Por el contrario, una extrema cordura y centralidad mental se apoderaba de ellos, para ejecutar actividades con sabiduría, inteligencia y autoridad. La acción del Espíritu de Dios fue requerida para llevar a cabo trabajos minuciosos de precisa habilidad. Asimismo, intervino en la tarea de dirigir al pueblo y comunicar con exactitud los mensajes del Señor con un sonido seguro (1 Corintios 14:8-9).

Veamos algunos ejemplos, donde podremos ver la progresiva acción del Espíritu sobre las personas:

- *Trabajar*: Los trabajadores del tabernáculo recibieron el Espíritu de Dios para ejecutar toda obra con sabiduría, inteligencia, ciencia y arte (Éxodo 28:3; 31:3; 35:31).
- *Dirigir*: Josué y los jueces consecutivos recibieron el Espíritu de Dios para dirigir al pueblo con autoridad y poder (Deuteronomio 34:9; Jueces 3:10; 6:34; 11:29; 13:25; 14:6, 19; 15:14).
- *Anunciar*: Saúl recibe el Espíritu y comienza a profetizar (1 Samuel 10:10), y lo mismo hicieron muchos varones escogidos, llamados profetas, como Isaías, Zacarías, Ezequiel, Daniel, y muchos más (2 Crónicas 15:1; 20:4; Nehemías 9:30; Isaías 59:21; 61:1; Ezequiel 11:5; y más).

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

- *Promesa:* A partir de Isaías, se comienza a anunciar la venida del Espíritu de Dios sobre las personas de manera profética, anunciando un evento futuro (Isaías 44:3; Ezequiel 11:19; 36:27; Joel 2:28-29).

Podemos ver que en el transcurso histórico del Antiguo Testamento el Espíritu Santo actuó sobre dos áreas: la Creación y las personas. Esto implica una actividad constante de su parte que le involucra en todas las dimensiones. Sea como fuere considerado (una persona, fuerza, esencia, divinidad), su participación no se puede excluir ni del mundo ni de las almas que habitan el globo. El Espíritu estuvo recorriendo los abismos de la Creación y actuando para dar existencia y forma a los elementos. Desde la aparición del ser humano en la línea temporal, ha interactuado con él para conducirlo a Dios y no ha dejado de hacerlo desde entonces. No olvidemos el patrón de acción del Espíritu en el Nuevo Pacto porque el mismo será reiterado en el tiempo del Nuevo Pacto: TRABAJO, AUTORIDAD, PROFECÍA y PROMESA.

Nuevo Testamento

Cuando nos dirigimos al período del Nuevo Pacto, anunciado mayormente por el profeta Jeremías (Jeremías 31:33) y acaecido en la manifestación en carne del Mesías, el Espíritu de Dios no es presentado como una fuerza que se proyecta sobre las multitudes tan evidentemente, sino que escogerá una sola persona, a un solo ser santo que escuche la Voz del Cielo a la perfección y siga los caminos de la Ley con rectitud. En respuesta a Ezequiel 22:30, donde el Señor busca quien se ponga en la brecha y nadie es hallado, Jesucristo viene a tomar ese lugar para actuar en favor del pueblo y otorgar una vía de salida al pecado,

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ NO APAGUES AL ESPÍRITU

una purga de la maldad. A este Jesús es quien el Espíritu se manifiesta y actúa.

Tres grandes etapas se identifican en la acción del *ruaj hakodesh* sobre Jesús. Éste actúa primeramente en su misma concepción, cuando el ángel se encuentra con Miriam (María) y le anuncia la venida del Salvador desde su vientre (Mateo 1:18). Luego de su crecimiento, el inicio de su ministerio se da en su bautismo (Mateo 3:16) con los cielos abiertos para mostrar la complacencia del Padre y la unción del Espíritu de Dios. Esta habilitación ministerial no tardaría mucho en ponerse a prueba al ser llevado al desierto por el mismo Espíritu (Mateo 4:1) para ser tentado por el diablo, donde resultará airoso mediante el poder y autoridad de la Palabra.

La iglesia

Cuando Jesús hace su obra de expiación, donde purga a la humanidad de sus pecados, prepara al nuevo pueblo de Dios para recibir una nueva manifestación del Espíritu Santo, pero a la vez tomando el patrón del Antiguo Pacto (trabajo, autoridad, profecía, promesa), porque el Espíritu, que también es Dios, es el mismo ayer, hoy y siempre. ¿Cuándo injerta Jesús la función del Espíritu en boca de la naciente nueva congregación del Señor? Luego de su resurrección. Las personas que rodearon a Cristo, especialmente los discípulos más cercanos, pudieron ver a Dios de cerca. Juan llega a expresar: “[...] *aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.*” (Juan 1:14). Experimentaron aquella deseable experiencia de coexistir con la manifestación carnal del Hijo de Dios y aprender de Él. Sin embargo, su partida estaba muy cerca, por lo que Jesús comisiona a los discípulos para buscar a los perdidos y hacerlos regresar al redil del Pastor:

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19)

En la actividad de la redención de los escogidos de Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo van a intervenir continuamente, tal como desde el principio hasta la eternidad luego de los tiempos finales. En el momento que Jesús entrega la denominada Gran Comisión, la orden quedará suspendida hasta la partida física del Señor. Aún faltaba la cruz por delante y los discípulos sabían que podría pasar lo peor. Jesús iba de camino a Jerusalén y los demás sentían en su corazón que les iba a ser arrebatado su maestro. Así como Eliseo seguía a Elías a todas partes, sabiendo que Dios lo apartaría, y siendo perseguido por sus contemporáneos que le repetían que su mentor le sería arrebatado, así los discípulos iban detrás de Jesús pensando, opinando, murmurando, con temor. Aun el mismo Pedro se interpone queriendo evitar lo que sabían sería la muerte del Maestro (Mateo 16:21-23). Conociendo Jesús la tristeza del corazón de sus amados seguidores inmediatos (Hechos 1:24; Juan 2:25), procede a impartirles una esperanza que pueda abrazar su alma frente a los tiempos difíciles que estaban por acontecer. Esta esperanza no consistiría en simples palabras de consuelo para llenar el aire demasiado vacío, sino una poderosa promesa que daría la suficiente fortaleza para mantenerse en pie y aún caminar en pos del propósito de sus vidas. Jesús les dice:

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.” (Juan 14:26-27)

Las profecías antiguas anunciaron la venida de un rey de Israel que traería victoria al pueblo, que gobernaría con vara de hierro,

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ NO APAGUES AL ESPÍRITU

que disiparía a las demás naciones y establecería una paz sempiterna. Cuando muchos contemporáneos de Jesús le conocieron, no hubo duda en ellos que el tiempo había llegado y verían a Israel levantarse con el Mesías prometido. Sin embargo, pasaron por alto que antes del Mesías Victorioso tenía que venir el Mesías Sufriente, aquel que cargaría todas las faltas de su pueblo sobre su propia carne y expiar el pecado como el Cordero inmolado. Ellos conocían muy bien el tiempo del Pésaj (la Pascua). Sabían que esa noche comerían pan sin levadura y hierbas amargas, y que un cordero sin mancha sería golpeado por cada familia hasta quitarle la vida; una muerte lenta y sufrida pues no derramaría sangre sino hasta el final. De repente, ven que aquel pequeño cordero inocente fue reemplazado por Jesucristo. Burlado, vituperado, golpeado, recibiendo puñetazos, una corona de espinas, desnudo. Los discípulos entienden por qué el Maestro se va, y las ilusiones de un nuevo Reino de Dios en la tierra parecen desvanecerse cuando su Rey los va a abandonar. Por supuesto que ellos aún no lograban entender cuál era el Reino de Cristo, el cual no venía a suplantarlo al César, sino a erigirse sobre todo reino e imperio de este mundo. Un futuro Reino de gloria que será habitado por criaturas sin pecado, pero para expiar a estos seres y otorgarles el título de hijos de Dios, era necesaria primeramente la expiación. Finalmente, Jesús es entregado, muere y es sepultado. Al tercer día resucita en victoria, venciendo al imperio de la muerte y pagando toda deuda de pecado de quien cree. Estando en medio de sus discípulos, les entrega, finalmente, lo que les había prometido:

“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.” (Juan 20:21-22)

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

En los primeros capítulos del libro de los Hechos, una nueva congregación se pone de pie para manifestar el Reino de Dios en la Tierra a fin de buscar a todas las ovejas perdidas de Israel y traerlas al redil. La buena noticia, el Evangelio, es que la obra de Jesús en la tierra rompió el velo de separación con el Padre y la entrada estaba gratuitamente disponible. Jesús, en el primer capítulo, se irá definitivamente hasta su regreso en gloria milenios más adelante. Antes de ascender al cielo, Jesús les explica el verdadero propósito del Espíritu Santo, el cual recibirían, no sólo los discípulos, sino también todos los que creen.

“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:8)

El Espíritu Santo iba a hacer una obra en ellos que los convertiría en apóstoles, es decir, enviados del Señor. El Espíritu iba a actuar en ellos para anunciar el Reino de Cristo y la vida eterna, y dar testimonio de Jesucristo hasta lo último de la tierra. Si leemos los evangelios, hay un grupo de discípulos temerosos, ingenuos, que ignoran casi todo el plan divino. Van a tientas en un devenir que les es velado; proyectan momentos de egoísmo, duda, temor. Cuando atravesamos la barrera del segundo capítulo del libro de los Hechos de los apóstoles, una transformación radical se muestra ante nosotros. El viento y el fuego de Dios se manifiestan de una manera poderosa:

“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.” (Hechos 2:2-4)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ NO APAGUES AL ESPÍRITU

A partir de ahora ya no serán hombres parcialmente ciegos, desconocedores del plan del Señor, ignorantes del Reino de los Cielos. Todo lo contrario: Jesucristo les envía convirtiéndolos en apóstoles (ἄπόστολος, *apostolos*, “enviado”) que actuarán bajo el poder del Espíritu Santo. El mismo patrón de actividad del Espíritu del Antiguo Pacto (trabajo, autoridad, profecía, promesa) se renueva y entra en acción como antes. No es una obra nueva de parte de Dios, sino un procedimiento que fue suspendido por la multitud de pecados del mundo, pero que, luego de la expiación del Señor, retoma su mecanismo. En su primer discurso, dando inauguración al Pentecostés, Pedro dice lo siguiente:

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.” (Hechos 2:38)

Y rápidamente el Espíritu Santo comienza a obrar en y a través de la iglesia:

Trabajo:

El Espíritu de Dios servirá para actuar físicamente en el cuerpo de Cristo. Cuando nos referimos a una actividad espiritual no hablamos de manifestaciones intangibles, sino poner las manos en acción mediante obras que, si bien no son salvíficas, son evidencia de salvación, de llenura del Espíritu. Observemos un ejemplo. Durante el servicio de alimentación de las viudas judías y las griegas, se dio lugar una situación compleja donde las griegas eran despreciadas. Los apóstoles notaron que aun en la repartición de alimentos no puede trabajar cualquier persona: el Espíritu debe estar presente en todo, aún en esta labor.

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo.” (Hechos 6:3)

Tomando este ejemplo, debemos saber que su Espíritu actúa en nosotros en todo tiempo. No sólo cuando cantamos, profetizamos, leemos su Palabra, predicamos, y otras actividades más “espirituales”. Él está en todo y nos habilita y capacita para toda actividad. Limpiando bancos, baños, barriendo, trapeando, ordenando, sirviendo mesas, lavando platos y vasos, conversando, y toda actividad que venga a nuestras manos. Pablo lo explicó claramente:

“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.” (1 Corintios 12:7-11)

Todos los que creemos tenemos el Espíritu de Dios, por esto debemos ponernos en acción sabiendo que Jesús nos ha enviado a trabajar para el Reino, respaldados y fortalecidos por su Espíritu.

Autoridad:

Pedro era un pescador conocido por pertenecer al grupo de personas que no eran necesariamente los más letrados. Algunas personas ocupaban lugares de política, de religión, sitios académicos, administradores y más. Simón Pedro era pescador, adiestrado en las redes del mar, por lo que no había sido

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ NO APAGUES AL ESPÍRITU

precisamente educado en el arte de la oralidad, la escritura o las matemáticas. Sin embargo, cuando el Espíritu vino sobre él, le dotó de una autoridad que pasó por encima de los que habitaban la cúpula gubernamental y los que dirigían al pueblo religiosamente. Así, en su discurso, Pedro se pone de pie y habla con una autoridad sin par que solo dio lugar al silencio del resto.

“Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Gobernantes del pueblo, y ancianos de Israel” (Hechos 4:8)

Mientras los habitantes de este mundo buscan sitios de poder políticos, religiosos, lugares de fama y fortuna, los creyentes en el Señor reciben una autoridad mucho mayor y mejor:

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.” (Hechos 20:28)

Profecía:

No es extraño encontrar en la Biblia ejemplos de personas que, siendo llamadas por Dios, se vieran en poco, sin capacidad de hablar o expresarse correctamente. Moisés se dijo torpe de lengua, Gedeón y Jeremías demasiado jóvenes, y ejemplos similares. Como citamos antes, Pedro no era el más elocuente y su palabra fue oída por todos. Aun Pablo, lleno de títulos y reconocimientos, los tuvo por basura en perspectiva de la autoridad y denuedo que el Espíritu da. Cuando el soplo de Dios llenó la habitación del aposento alto, ocurrió algo maravilloso:

“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios.” (Hechos 4:31)

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

Cuando se habla de profecía a menudo se piensa en descubrir el futuro o conocimiento ocultos. A veces uno podría apropiarse de la profecía como algo personal, único, dado exclusivamente a ciertos beneficiados. Nada más lejos de la verdad. El gnosticismo que se dio lugar en el siglo I y que parece perpetuarse hasta la actualidad no es lo que el Espíritu vino a hacer. Estos grupos que no dejan de aparecer en la historia pretender tener las riendas de la Voz de Dios y ser capaces de recibirlas y manifestarlas a su antojo. “Dios me dijo”, “el Señor me habló”, “Dios te está diciendo...” La verdad es notoria en este versículo y sigue siendo vigente hoy: Dios nos habla a todos. Cuando nos congregamos y escuchamos al pastor predicando, eso es profecía; y sabemos que lo es pues Dios nos vino hablando lo mismo a nosotros y lo sigue haciendo los días siguientes. La Palabra del predicador no nos debe tomar por sorpresa, sino que es una de las muchas maneras en que el Señor nos habla y dirige. El predicador no es dueño de la Palabra, sino un dispensador más de la Voz de Dios sobre nuestras vidas.

Promesa:

Finalmente, el Espíritu nos consuela y ayuda mediante el poder de las promesas, las cuales, por venir del Señor, son permanentes e imposibles de quebrantar.

*“Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia”
(Gálatas 5:5)*

Esa esperanza es la que nos levanta de los momentos de mayor dificultar, cuando la vida se torna más oscura y densa. El Espíritu es la mano de Dios que nos sostiene en los valles de sombra de muerte (Salmo 23:4), sabiendo que hay una herencia eterna que nos espera cuando el Señor Jesús nos venga a buscar.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ NO APAGUES AL ESPÍRITU

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.” (Efesios 1:13-14)

Vivir en el Espíritu

La iglesia ahora se mantiene activa y ligada al Señor por la obra del Espíritu Santo. El Espíritu trae libertad, paz, un fruto lleno de beneficios, múltiples dones, y fortaleza. El Espíritu Santo es la vida de Dios en nosotros, y si andamos en Él alcanzaremos las promesas de Dios en esta vida y la venidera. Una persona que tiene al Espíritu de Dios, lo manifiesta en su vida. Para saber si lo tenemos, debemos que preguntarnos lo siguiente:

1. ¿Vivo permanentemente con gozo, paz y esperanza?

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.” (Romanos 15:13)

2. ¿Anunciamos el Evangelio por donde quiera que vayamos, a toda la gente que encontramos en nuestra vida, en todos los ambientes dónde estamos?

“Con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que, desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo.” (Romanos 15:19)

3. ¿Aprendemos cada día más de Dios?

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Corintios 2:12)

4. ¿Cuidamos nuestro cuerpo en alimentación y ejercicio?

LO QUE DIOS ME DIJO NO APAGUES AL ESPÍRITU

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” (1 Corintios 6:19)

5. ¿Estamos ocupando un lugar activo en la iglesia?

“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.” (1 Corintios 12:7)

6. ¿Tenemos plena libertad?

“Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.” (2 Corintios 3:17)

7. ¿Ponemos los deseos de la carne primero o priorizamos el Espíritu?

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.” (Gálatas 5:16)

8. ¿Mantenemos la unidad y comunión con todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo?

“solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación” (Efesios 4:3-4)

9. ¿Oramos en todo tiempo, con oración y súplica?

“orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Efesios 6:18)

10. ¿Hay en nosotros poder, amor y dominio propio?

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.” (2 Timoteo 1:7)

11. ¿Guardamos los mandamientos de Dios?

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ NO APAGUES AL ESPÍRITU

“Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.”
(1 Juan 4:24)

12. ¿Evitamos las divisiones en la iglesia, o las provocamos?

“Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu.” (Judas 1:19)

13. ¿Deseamos la venida de Cristo?

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.”
(Apocalipsis 22:17)

Pensando en todo esto, recuerda las palabras iniciales: “No apaguéis al Espíritu.” ¿Por qué? “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.” (Romanos 8:14) Si somos hijos e hijas de Dios, su Presencia está con nosotros a perpetuidad y nos resbalaremos jamás. Su promesa permanece con nosotros, nos da la fuerza necesaria y nos encomienda en pos de sus proezas.

“Y este será mi pacto con ellos, dijo Jehová: El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo Jehová, desde ahora y para siempre.” (Isaías 59:21)

LO QUE DIOS ME DIJO **PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA**

PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

Todos sufrimos. El mundo no siempre es el mejor sitio para vivir y muchas veces nos lo hace saber. Pocas cosas, sino ninguna, son permanentemente estables. No hay trabajos eternos, no hay salud intocable, la economía fluctúa, los desastres climáticos no parecen dar tregua, la muerte nos rodea, las aflicciones se agolpan sobre la experiencia humana, y así vivimos. Llegamos a ser criaturas felices viviendo un poco tristes. Todo lector que esté dedicando un tiempo a esta lectura, estoy seguro, ha pasado, pasa y pasará tiempos de desilusión, traición, pérdida, desconsuelo y amargura. Ser cristianos no nos exime de esto pues seguimos habitando este mundo cuyas ideologías van en decadencia, sus leyes son parciales y pasadas por alto, sus corazones olvidan a Dios y va muriendo poco a poco. Así que muchas veces nos toca sufrir y queremos, como los demás, una solución inmediata a nuestra condición. Demandamos de la mano de Dios una respuesta que acomode las piezas de nuestra alma y ajuste nuestra vida conforme a nuestros propósitos y comodidades. Sin embargo, me pregunto: ¿cómo solucionar una enfermedad crónica? ¿Cómo dar vida a un ser querido que ha partido? ¿Acaso Dios puede dar vida a un muerto, proveer trabajo, dar la salud? Claro que puede, pero no siempre dará la respuesta que estamos buscando pues sus planes son inescrutables para nosotros.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.” (Isaías 55:8-9)

La antesala

En perspectiva de esta situación, vamos a explorar una circunstancia que atravesaban los discípulos de Jesús. Luego de haber compartido con ellos la cena pascual, sintiendo sus

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

seguidores que algo estaba por acontecer, Jesús va a comenzar un discurso hacia ellos con las palabras *“No se turbe vuestro corazón”*. Las palabras que continuarán buscarán traer consolación a los discípulos, pues Cristo está a las puertas del mayor sufrimiento de la historia y los seguidores serán esparcidos, sufrirán miedo y persecución, y serán desprovistos de su Maestro. ¿Qué solución podemos darle a esta situación? ¿Retener a Jesús? ¿Esconderle de los saduceos y fariseos? ¿Apartarlo de Roma? Muchas soluciones podemos proponer, mas la misión de Jesús debía cumplirse.

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” (Juan 6:38)

Jesús ha mostrado la gloria del Padre por doquier. Los milagros y señales acompañaron su Palabra que llamaba al arrepentimiento. Muchos seguidores le aclamaban, le acompañaban, aprendían de Él y se maravillaban de continuo por tal despliegue de prodigios. Luego de resucitar a su amigo Lázaro y recibir unción de María, pasa un tiempo a solas con sus escogidos. Nadie más que ellos escuchan al Maestro, y una angustia profunda comienza a invadirlos porque sienten que algo va a suceder con su Señor. Jesús está preparando todo para partir y saben que se quedarán solos.

Si bien el capítulo 14 del evangelio de Juan va a reunir las últimas palabras de Jesús, capítulos antes Él mismo va a dar algunas directivas, consejos y enseñanzas que serán cruciales para que la fe no mengüe en ellos. Primeramente, promete que el Rey vendrá a su pueblo amado.

“No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna.” (Juan 12:15)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

La hija de Sion, Israel, que esperaba a un Rey que tome dominio del imperio romano que les subyugaba, verá partir a este llamado Mesías. Jesús anuncia que efectivamente vendrá, pero aún no es el tiempo. El miedo no debe apoderarse ni de ellos ni de nosotros, pues Él ha prometido recoger a sus elegidos y gobernar sobre su pueblo. Esa esperanza será una de las anclas para ellos. Lo segundo que les anunciará será su propia muerte, de manera que no fuera sorpresa cuando así sucediese.

“Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.”
(Juan 12:23-24)

Su muerte será la semilla final de Abraham que dará fruto a escala mundial, geográfica e históricamente. Por mucho que su muerte quisiese ser evitada, Él deja en claro que esta muerte, este sacrificio, son necesarios para redención y cumplimiento de la Palabra. Las dos últimas palabras de Cristo fueron: “Consumado es”, e inclinando la cabeza su espíritu salió de Él. Es importante entender que para Jesús no fue nada fácil este proceso. No poseía una cobertura divina que le hiciera inmune al dolor y al sufrimiento. Sabía por lo que iba a pasar. Su corazón se estrujaba dentro de sí y palidecía frente al enorme desafío que le esperaba. Por esto, confiesa a sus discípulos:

“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora.” (Juan 12:27)

Esto no quitó de su camino el propósito, sino que permaneció en la misión que le esperaba: la redención de la humanidad por su Sangre. Acto seguido, les enseñará la mayor fortaleza y la mayor debilidad que los seres humanos poseen. En Juan 13:1-20, Jesús les mostrará el servicio como la potencia mayor de amor y

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

entrega al lavar sus pies. Luego, les muestra que el orgullo será una trampa para sus almas:

“Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.” (Juan 13:37-38)

La conversación con sus discípulos

Observando el texto de Juan, los capítulos 14 y 15 serán una serie de palabras de Jesús a aquellos hombres que le miraban desesperanzados, casi sin entender lo que sucedía. Quizá querían creer que era una broma o una estrategia de su líder. No es posible que vaya a morir, que les fuera a dejar a la ventura y que la vida que les esperaba los encontraría solos, desprotegidos. Habían visto la resurrección de Lázaro, la entrada triunfal en Jerusalén, y tantos milagros más que daban testimonio de un nuevo rey invencible, capaz de cerrar la boca aún de los fariseos, saduceos y escribas. Sin embargo, las últimas acciones de Jesús anunciaban lo peor: el Maestro iba a partir por tiempo indefinido. La unción de María, el anuncio de su muerte, la traición de Judas, el lavamiento de pies. Todo preparó el escenario para lo que estaba por acontecer. Y lo que estaba por suceder no tendría una solución inmediata. No quedaba más opción que enfrentar la soledad, la persecución, las acusaciones, y, sobre todo, perder a su amado Maestro azotado y clavado en una cruz. Ante la mirada llena de interrogantes de Pedro, mirada que no obtenía las respuestas que él quería oír, Jesús le reitera: *“Tú no entiendes ahora, mas lo entenderás después”* (Juan 13:7).

No temer

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.” (Juan 14:1)

Una deducción rápida definiría a la incredulidad como el término opuesto a creer. Quizá en término etimológicos, mas no bíblicos. En cada momento que la fe fue requerida de alguien que debía ponerse en la brecha o en el frente de batalla, las palabras que acompañaban al desafío de Dios eran: “No temas”. Veamos los siguientes casos: Abraham (Génesis 15:1), Agar (Génesis 21:17), Isaac (Génesis 26:24), Jacob (Génesis 46:3), el pueblo de Israel (Deuteronomio 1:21, Isaías 43:1,5), Josué (Deuteronomio 31:8; Josué 1:9, 8:1), Isaías (40:9, 41:10), Jeremías (1:8), Ezequiel (2:6), Daniel (10:12), la tierra (Joel 2:21), José (Mateo 1:20), Jairo (Marcos 5:36), Zacarías (Lucas 1:13), María (Lucas 1:30), Simón Pedro (Lucas 5:10), Pablo (Hechos 27:24), Juan (Apocalipsis 1:17). Si buscamos cada cita bíblica tendremos a la vista a un conjunto de personas que están por enfrentar desafíos que demandarán un gran esfuerzo y sentirán peligrar su fe y hasta su salud. Dios, en lugar de evadir esas circunstancias, les envía con un potente “no temas”. El temor, entonces, será el sentir opuesto a la incredulidad. Cuando una persona no cree en Dios, sencillamente niega su existencia y vive sin miras en sus leyes y mandamientos. Está convencido que Dios es una invención humana, es producto del artificio de la mitología y el deseo de poder. La incredulidad no representa *falta de fe* para él, sino *condenación*. Lo que nos puede ocurrir como creyentes es más bien sentir temor, miedo, zozobra. Esa sensación de una prueba demasiado fuerte que nos creemos imposibilitados de soportar. Temer es no creer en Dios y tener la certeza que Él sustentará sus promesas con el poder de su Palabra y de su brazo fuerte y poderoso. El miedo es el resultado de pensar que Dios no es lo suficientemente fuerte para sostenernos y actuar en y a través de

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

nosotros. Por eso Jesús no les dice “no sean incrédulos”, sino “no se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”. La demanda de fe va a estar ligada a sus corazones de manera que empezarán a experimentar seguridad y confianza no en la solución del problema, sino en la falta de temor respecto a que Dios tiene poder para cumplir lo que ha dicho y que su Presencia irá delante a donde quiera que vayan.

El desafío es el mismo para nosotros. Todos queremos que Dios solucione nuestra situación o traiga una respuesta a la condición que nos atraviesa. A veces Dios responde con un sí y hace milagros extraordinarios de sanidad, de prosperidad, y tantos más. Pero no es nada de eso lo que nos dará fe o seguridad, pues la mayoría de los contemporáneos de Jesús no creyeron aun viendo las señales, milagros y prodigios. La certeza de estar de pie en las peores circunstancias va a ir de la mano con la falta de temor. Por eso Dios nos dice: “no tengan miedo”. No va a ser la provisión material, la sanidad del cuerpo, la ausencia de problemas y peligros lo que nos dará paz, sino saber que Él está con nosotros y que cumple sus palabras: *“he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:20)

El Camino

La provisión que entrega Jesús no es una solución práctica e inmediata, sino una esperanza depositada a largo plazo que hará de combustible para la vida que les esperaba por delante. No hay un consuelo terrenal que Él les provea pues, de ser así, ligarían sus almas a los placeres temporales de esta vida. Todo lo contrario: Jesús les anuncia que su radicalidad en la fe en su Nombre les causaría aflicción por parte del mundo (Juan 16:33). De esta manera, seguirían viviendo, así como nosotros, en un mundo que deben ocupar y transitar, pero sus corazones quedan

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

en suspensión sin tocar la dimensión terrenal para vivir permanentemente atraídos a la esperanza de su regreso. Así como el salmista dijo *“está mi alma apegada a ti”* (Salmo 63:8), la atracción y sostén espiritual de sus almas y nuestras almas permanece en un vínculo eterno de amor con el Cielo. Esto quita todo consuelo significativo en este suelo y pone nuestra constante mirada en el cielo.

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” (Juan 14:2-3)

Ese lugar que fue a preparar el Señor es nuestro verdadero hogar. Nuestro hogar es allí donde el Maestro esté. No significa esto un desprendimiento físico o emocional del mundo, de manera que los problemas y conflictos que aquí ocurren no nos interesen. Como cristianos debemos actuar como luz y sal en medio de una sociedad corrompida para dar a conocer la Palabra del Señor. Pero en cuanto a las aflicciones que vayan agolpándose en nosotros, el Señor nos llama a su consuelo de amor; un consuelo imposible de obtener en nuestro entorno actual. Por esto Él les dice y nos dice a nosotros también: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”* (Mateo 11:28) Nosotros corremos a su Presencia cada día en busca de ese refugio, de ese abrigo del Altísimo y de la sombra del Omnipotente, de aquella esperanza y castillo nuestro en quien confiaremos (Salmo 91:1-2), cantando en nuestro corazón que Jesucristo es todo Él codiciable, nuestro amado, nuestro amigo (Cantares 5:16). En este mundo jamás encontraremos palabras como sus palabras, abrazos como los suyos ni fuerza fuera de Él. Juan nos aconseja: *“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al*

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

mundo, el amor del Padre no está en él.” (1 Juan 2:15). Miremos el camino que nos lleva hacia Él.

“Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:4-6)

No hay una lista de acciones por tomar ni recetas por emular. No hay una serie de pasos y ordenanzas para poner un pie en frente del otro. Jesús nos enseña que Él es la lista, la receta, las ordenanzas y el mismo camino. El tránsito de esta vida es una senda tomados de la mano de lo eterno, camino a lo trascendente. No es necesariamente un desapego físico, como mencionamos, ni un desinterés por nuestro entorno. No se trata de vivir flotando en una dimensión desconocida. Es hacer de nosotros, de nuestro cuerpo y alma, aquella dimensión y vivirla en nuestro espacio; es traer el diálogo con Cristo a nuestro diario hablar, ser sus manos y pies en un mundo que las ha horadado, ser su voz en un tiempo que quiere ser callada, ser su rostro en una sociedad hostil que le ha golpeado y desfigurado. Y Él se ha puesto en ese lugar por nosotros, para, al final, decirnos: *“yo he vencido al mundo”* (Juan 16:33). Por eso, recibamos la Palabra que el Señor dio a Isaías: *“Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!”* (Isaías 40:9)

Ver al Padre

“Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta” (Juan 14:8)

La manifestación visible de lo sobrenatural ha traído fascinación desde las edades más antiguas. Millones de relatos que atestiguan sobre dioses, hadas, lugares mágicos, tesoros escondidos,

P. R. FRANCISCO IBÁÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

ángeles, extraterrestres, y un sinfín más de espectáculos sólo dan fe de un ser humano en la búsqueda de algo más allá de lo físico a lo cual aferrarse. La inseguridad y la falta de esperanza van moldeando la sociedad de hoy la cual se siente arrinconada, sin escapatoria, por lo cual intenta jalar estas experiencias de lo metafísico a lo tangible. Era natural para Felipe y los demás demandar algún tipo de visión que asegure las Palabras de Jesús. Seguramente hemos sido atravesados por este pensamiento también, creyendo que ver a Dios, o a un ángel, o alguna especie de visión sobrenatural, va a engendrar en nosotros fe y seguridad; que si viéramos a algún habitante del tercer cielo creeríamos con mayor confianza y los demás también. Felipe quiso ver al Padre, así como Tomás, más tarde, quiso tocar a Cristo para creer su resurrección, como la generación incrédula demandó señal, y más ejemplos similares. Felipe, como los demás, está dolido y necesita algo a lo cual aferrarse. Jesús da la respuesta inmediatamente:

“Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?”

La mirada es dirigida inmediatamente hacia el mismo Jesucristo. ¿Acaso hay algún consuelo fuera de Él? ¿Acaso es necesario algo más? Él deja constancia de estar con nosotros cada día, así como expresa haber estado tanto tiempo con ellos. En todos esos días, meses y años, ¿le hemos conocido? ¿Hemos conversado con Él e intercambiado nuestros pensamientos al punto de generar una relación real, sincera y fluida? Si así ha sido, ¿qué más necesitamos? ¿Qué más nos traerá la paz y el consuelo necesarios? Otra vez regresamos al tema principal. La solución a un problema no nos dará la tranquilidad que necesitamos, no realmente. Evadir ciertas responsabilidades, evitar desencuentros e incomodidades, salir airosos de una enfermedad o problema

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

financiero, nos hará sentir bien por un momento, pero no solucionará nuestros problemas de raíz ni perpetuará ninguna paz sobre nuestros corazones. Hasta que nuestra fe no esté apoyada única y exclusivamente en la Persona de Jesús, la tormenta interior de nuestra alma sobrevivirá y se manifestará en otras áreas. En Él *“están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”* (Colosenses 2:3), por lo cual podemos venir y acceder a esos tesoros desde las fuentes de sus manos. La solución no es el problema resuelto; la solución es venir a Cristo quien puede resolver cualquier dificultad. Por eso Jesús no le demanda que mantengan la fe en la solución de la necesidad, sino en Aquel que provee:

“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.” (Juan 14:13-14)

Ya nos somos nosotros, pecadores, quienes nos acercamos al trono del Padre, sino Jesús mismo con las heridas en sus manos y en su costado y su sangre redentora. Así como en los sacrificios de la antigüedad un cordero reemplazaba a aquel que era totalmente indigno de acercarse a la Presencia del Señor, ahora el Cordero de Dios toma nuestro lugar sólo cuando ponemos nuestra fe en que así es. La gloria del Padre es el objetivo final detrás de cada petición. No será un conflicto o pesar solucionado el resultado que nos dará paz, sino ver el rostro de Dios en toda circunstancia.

La obediencia

“Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.” (Juan 14:15-17)

¿Cómo es posible que el Espíritu de Dios venga a nuestras vidas y viva para siempre en nosotros? ¿Cómo estar confiados que nos sostendrá con su diestra poderosa y no caeremos jamás? La respuesta es sencilla, aunque algo impopular. El Señor no demanda fuertes declaraciones ni clamores eufóricos. No nos exige levantar la voz y exigir de los cielos su respuesta, golpeando con ímpetu las puertas de bronce del firmamento. No. El Señor demanda algo muy simple: obediencia. Guardar los mandamientos del Señor abre el camino para la llegada del Consolador de nuestras almas: el Espíritu Santo. Y no sólo esto: la obediencia no será una imposición que actuará forzosamente en nosotros, sino una manifestación de amor desde sus creaturas redimidas. Guardar sus mandamientos es la forma de amar a Dios. Jesús mismo exhorta a sus contemporáneos respecto al mismo fenómeno que se da hoy en día, respecto de declarar con nuestra voz afecto y obediencia a Dios, pero rebeldía y falta de confianza con nuestros actos. “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46). Él nos confronta con la misma expresión, poniendo en tela de duda nuestra fe. ¿Será nuestra fidelidad a Dios una moneda de cambio por sus beneficios inmediatos o más bien es nuestra obediencia indiscutible a su Palabra la prueba de amor más grande y fiel que podamos manifestar? Si anhelamos esa paz en medio de las tribulaciones no basta sólo con expresar exteriormente con la voz que amamos al Señor, sino hacerlo real mediante las obras y la obediencia. Cuando Dios nos observe fieles a su Palabra, entonces vendrá el Consolador a hacer nido en nuestros corazones.

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.” (Juan 14:21)

Dios nunca nos propone una relación de beneficios e intercambios. Él no espera dinero como demostraciones de fe, tal como se oye en muchos sectores. Actualmente vemos muchas jovencitas que entregan su cuerpo demasiado pronto a personas incorrectas fuera del tiempo, el lugar y la formalidad necesarios por la exigencia de una “prueba de amor”. Aunque esto nos escandalice, a veces la iglesia, la esposa del Señor, entrega su cuerpo de la misma manera. Mediante las estratagemas de falsos ministros que buscan ganancias deshonestas, muchos dan ofrendas de “fe” para doblar el brazo de Dios y obligarle a bendecir. Nada más lejos de la verdad. Dios no nos pide comprar sus favores con dinero ni obtener su Presencia mediante pagos materiales, pues ha dicho: *“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche.”* (Isaías 55:1) El mismo David, uno de los hombres más adinerados del mundo, dijo: *“¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?”* (Salmo 116:12) Lo que el Señor nos propone es una relación de amor a través de la obediencia, de la fe, de la confianza en lo que ha dicho. La forma más eficiente de demostrar fidelidad a Él y de confiar que nos sostendrá en todo tiempo es garantizar una vida de sujeción a sus mandamientos. ¿Queremos paz y consuelo en la vida? La obediencia es el camino.

“Bienaventurado el hombre que TEME A JEHOVÁ, Y EN SUS MANDAMIENTOS SE DELEITA EN GRAN MANERA. Su descendencia será poderosa en la tierra; la generación de los rectos será bendita. Bienes y riquezas hay en su casa, y su justicia permanece para siempre. Resplandeció en las tinieblas luz a los rectos; es clemente,

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

misericordioso y justo. El hombre de bien tiene misericordia, y presta; gobierna sus asuntos con juicio, por lo cual no resbalará jamás; en memoria eterna será el justo. No tendrá temor de malas noticias; su corazón está firme, confiado en Jehová. Asegurado está su corazón; no temerá, hasta que vea en sus enemigos su deseo. Reparte, da a los pobres; su justicia permanece para siempre; su poder será exaltado en gloria.” (Salmo 112:1-9)

La obediencia no es una imposición acaecida sobre aquellos que buscan formar parte de las filas del Señor, sino una reacción inmediata al amor de Dios sobre nosotros. La obediencia a su Palabra es un reflejo instantáneo a la experiencia de su Presencia; es una respuesta de amor.

“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.” (Juan 14:23-24)

El Espíritu Santo

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.” (Juan 14:16-17, 26)

El Espíritu Santo, el *soplo de Dios* (ruaj hakodesh), es una de las secciones de Dios, y Dios en sí mismo. Su manifestación y conocimiento se hizo más evidente desde la sexta dispensación (la de la gracia) y ha ido cobrando cada vez más auge en relación a sus evidentes virtudes. Sin embargo, como es de habitual costumbre en los seres humanos, fue víctima de las consideraciones extremistas de ciertos grupos: algunos sectores

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

le consideran como una expresión metafórica de algo intangible e inexistente como ser, y otros le perciben como una manifestación constante en cada paso de la vida y las experiencias humanas. Mientras unos consideran que nada de lo que sucede en las congregaciones es responsabilidad del Espíritu de Dios, otros identifican absolutamente cualquier experiencia, sentir y movimiento como acción del mismo. El texto del apóstol Juan expone mejor su función y características. La pregunta en realidad es: ¿qué vino a hacer el Espíritu Santo? No vino a solucionar todos nuestros problemas ni a librarnos de nuestros apuros. Muchas reuniones reclaman un mover del Espíritu Santo que trabaje de esta manera, cuando la Biblia enfatiza otras funciones muy específicas. Si bien el Espíritu de Dios puede obrar en áreas inesperadas de maneras maravillosas, sus acciones principales son consolar, mostrarnos la verdad y enseñarnos la Palabra.

Cuando Cristo está por dejar a sus discípulos a expensas de tiempos turbulentos que harían mella en sus corazones, Jesús no les cubre de palabras esperanzadoras sujetas a la nada sino a una promesa inigualable plantada en la firmeza de su enunciado divino: Él enviaría al Espíritu Santo para mostrarles un fiel camino por seguir. La obediencia sería la senda que conservaría sus almas en paz y mirando al Señor de continuo. En el momento en que Jesús asciende al Padre, todos sus cercanos se quedaron mirando al cielo esperando algún evento nuevo o a punto de presenciar un fenómeno celestial. Cuando las nubes velaron su imagen, dos varones con vestiduras blancas le exhortan: *“¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.”* (Hechos 1:11). Jesús no les promete una magnitud desmesurada de experiencias sensoriales y fenómenos celestiales (independientemente de que

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

puedan ocurrir), sino que busca afirmar seguridad y paz en sus vidas mostrándoles el camino de la obediencia a su Voz a través del regalo de Espíritu de Dios. Una vez más, la paz que tanto anhelamos en nuestros días sólo va a provenir de una relación estrecha y continua con la Voz del Señor que escuchamos al leer su Palabra y recibir el susurro del Espíritu Santo que, como nuestra guía y enseñante, nos conducirá por sendas de paz y justicia.

La paz de Cristo

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.” (Juan 14:27)

Jesús no les deja a sus discípulos una solución, como tampoco a nosotros. En algunas ocasiones podremos ver algunos de nuestros conflictos concluir en un bienaventurado final, a una enfermedad desaparecer ante el toque divino de sanidad, pero no será ninguna resolución positiva la que nos dará paz perpetua. En este mundo podemos adquirir bienes y beneficios que a menudo Dios también nos provee. En tiempos de escasez financiera el Señor puede soltar recursos para salir a flote, pero muchas personas se recuperan de su penosa condición con mucho esfuerzo. Muchas enfermedades son sanadas milagrosamente por la intervención del Señor, pero muchísimas otras son exploradas y tratadas por la medicina hasta el punto de poder encontrar muchas curas. El Señor nos tiene que haber dejado algo mejor, irremplazable, inigualable a nada de este mundo. No es que el Señor no tenga entre sus prioridades solucionar los problemas de la humanidad, sino que vino a solucionar el peor de todos: su vínculo roto con Dios por causa de la desobediencia. Si el hecho de no obedecer a los mandamientos del Padre es lo que trajo como consecuencia una actualidad funesta de

LO QUE DIOS ME DIJO PAZ EN LA ESPERANZA Y OBEDIENCIA

turbación, intranquilidad y calamidad, es de lógica deducción que la obediencia restaurada nos traerá de nuevo la paz perdida. Por eso, Jesús no les deja una solución inmediata a sus discípulos ni tampoco a nosotros: Él nos deja paz. Paz no es tranquilidad implícitamente, sino reconciliación con Dios. El hecho de conservar un camino de santidad y gratitud a Él, aun sin ver un remedio a una mala situación, es lo que nos otorgará la paz que tanto anhelamos.

Imaginemos por un momento que vivimos en una casa demasiado pequeña para nuestra familia y la situación se torna muy incómoda para todos. Entonces, oramos a Dios para que nos provea una casa más grande creyendo que entonces, y sólo entonces, tendremos paz al obtener lo deseado. Supongamos que la casa más grande es provista. Ahora deberemos trabajar más para cuidarla y repararla, además de colocar elementos de seguridad para evitar intrusos y robos. Lo mismo sucedería con autos más caros y mejores, o con posesiones más valiosas. Al final, nos daremos cuenta que no era la provisión aquello que nos daría paz. ¿Cuál es el remedio para el flagelo del alma entonces que repetidamente acaece sobre nosotros? La solución es mantener una relación viva, fluida, real y orgánica con el Señor, obedeciendo a su Voz en todo tiempo. A través de esta confianza la paz llenará nuestras vidas sabiendo que Él tiene el control de toda situación. Recordemos: la paz no se obtiene con las oraciones contestadas, sino con una firme obediencia a su Palabra que ligue nuestra alma con el corazón de Dios. La paz no proviene de las soluciones; la paz es la solución.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS**

VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

LO QUE DIOS ME DIJO VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

“Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da por herencia, y tomes posesión de ella y la habites, entonces tomarás de las primicias de todos los frutos que sacares de la tierra que Jehová tu Dios te da, y las pondrás en una canasta, e irás al lugar que Jehová tu Dios escogiere para hacer habitar allí su nombre.” (Deuteronomio 26:1-2)

Una lectura rápida de la travesía de los israelitas en el desierto a los capítulos bíblicos que relatan tal epopeya no llega a hacer justicia de la magnitud de la tarea que llevaron a cabo. Avanzando por las páginas de los libros de Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, podremos trazar una línea que une puntos geográficos que pueden dar la ilusión de estar yuxtapuestos. Por ejemplo, al leer el capítulo 23 del libro de Números las expresiones son del tipo: *“Salieron de Elim y acamparon junto al Mar Rojo. Salieron del Mar Rojo y acamparon en el desierto de Sin. Salieron del desierto de Sin y acamparon en Dofca. Salieron de Dofca y acamparon en Alús.” (vs. 10-13)*. Los versículos adyacentes y las demás lecturas que contienen la travesía desértica de los israelitas ocultan entre sus líneas el día a día que vivieron, las largas caminatas, el empleo de sus recursos semana a semana, la elaboración de sus alimentos diarios, y muchas experiencias más que por su minimalista detalle no se incluyeron en la Biblia pues la extensión de la misma sería inmensurable y perdería su propósito. Sin embargo, es importante considerar que desde un punto a otro que los israelitas se dirigieron ocurrieron un sinnúmero de eventos que rellenan esos espacios vacíos entre las historias más importantes. El fin de comprender esta facción de la historia es considerar el cúmulo de experiencias y vivencias que les precedieron hasta llegar a las puertas de la tierra prometida por el Señor desde Egipto hasta este punto. Tal vez ellos ya albergaban en su corazón cientos de sueños y proyectos que no tardarían en concretar apenas hubieran puesto un pie en ese deseable

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS**

territorio. Sin embargo, Dios no improvisa en ningún momento, habiendo ya predestinado las actividades que realizarían sistemáticamente en pos de la conquista de aquel sitio. Tanto es así que Dios había determinado cuál iba a ser la primera tarea que llevarían a cabo: podrían en una canasta los primeros frutos de la tierra y las entregarían al Señor como ofrenda.

Podremos ver en los siguientes libros que la historia de Israel tiene varios giros lamentables que dan a luz continuas situaciones de fracaso e inmoralidad. Un pueblo que ingresa en un momento con cierto desconcierto y desconocimiento a la tierra que el Señor juró a sus padres, acabaría torciendo el propósito de la conquista de los pueblos, asociándose con ellos y corrompiendo el camino de santidad. Una historia tan distante en la geografía y el tiempo que, sin embargo, su eco resuena en nuestra vida. Conocer a Dios es adentrarse en un ambiente totalmente desconocido por nosotros. Quizá hasta podríamos tener conocimiento de las congregaciones evangélicas y saber cómo trabajan, pero la Presencia de Dios permanece tras un velo de desconocimiento oculto en el lugar santísimo. Luego, el amor de Dios nos seduce y atrae con sus cuerdas para abrazar nuestra alma con fieles promesas de consuelo y restauración. Empero, el tiempo y la vorágine del mundo comienzan poco a poco a hacer mella en el corazón, buscando ahogar y matar la semilla de la Palabra que el Señor plantó. Así, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, cierto sosiego inalterable del alma, una dinámica regular y perenne, una costumbre de vivir inmersa en las preocupaciones de esta vida y las prioridades de este mundo, comienzan a ofuscar la llama de la fe, extraen poco a poco el oxígeno que requiere el fuego de la pasión por el Señor que otrora encendido permanecía por todo lo referente a Él. Las canciones, los servicios, los ministerios, el salón de encuentro, la compañía de los hermanos

LO QUE DIOS ME DIJO VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

y hermanas, el gusto y placer de disfrutar la Presencia del Señor en todo tiempo, las oraciones espontáneas al cielo frente al amanecer o hacia las infinitas estrellas, los cánticos alegres en la ducha, el gozo que colocaba una sonrisa en el rostro a mitad de la calle sin avisar, el amor desbordante por el Señor al punto de no saber cómo expresarlo de manera que las lágrimas se convertían en el idioma del afecto entrañable e incontenible; todo ello, poco a poco, permanece sólo en las primeras páginas de nuestra historia con Dios. Luego, así como los israelitas, al avanzar por la historia hay ciertos sucesos importantes y el resto es vida común ligada a los quehaceres diarios por la cual nos deslizamos como una larga y ligeramente inclinada ladera que nos conduce lentamente hacia el fin de nuestros días. Claramente, el primer amor es apenas un pábilo humeante que apenas sobrevive a las inclemencias de este mundo. El sufrimiento, la pena por esta situación, es notoria cuando nos damos cuenta de ello. Cuando encontramos esta profunda diferencia entre nuestros primeros días llenos de inocencia, pureza, ánimo y asombro por Dios, y los días actuales que son como un frío manto que cubre algún atisbo de religión, sabemos que no estamos bien, que no amamos como antes, que la llama de pasión y ternura por el Señor ha agotado todos sus recursos. Y duele. Duele saber esto. Sabremos que es demasiado tarde cuando incluso ni siquiera produce sufrimiento el no amarle, así como olvidamos el placer de hacerlo. Sin embargo, hay esperanza. Su Palabra dice que *“la caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará”* (Isaías 42:3; Mateo 12:20). La pregunta es: ¿cómo volver a empezar? ¿Cómo regresar al primer amor? ¿Cómo entregar aquellos primeros frutos?

La honestidad frente al espejo será nuestra mayor aliada a la hora de dar el primer paso para regresar al tiempo de los primeros

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

frutos. Replantando nuestra situación actual en comparación con aquellos momentos en que rebosaba nuestro corazón de amor por su Presencia, tendremos la perspectiva más adecuada para comenzar un tiempo de restauración. Este término, *restauración*, es una palabra clave para reconstruir nuestras almas y regresar al tiempo de los primeros frutos. Empero, este proceso de restauración va a ser mayormente ajeno a nuestras capacidades. La reconstrucción de nuestro ser interior es trabajo que sólo el Alfarero que nos creó como obra de barro entre sus manos puede llevar a cabo. Así como un automóvil no puede repararse a sí mismo, o un electrodoméstico no puede cambiar sus repuestos y funcionar por su cuenta, los seres humanos estamos a expensas de la intervención de un Ser superior que nos conozca más que nosotros mismos, que pueda operar en nosotros con sabiduría y conocimiento suficientes para entender el funcionamiento del organismo y del alma. El primer paso será, pues, entregarse en las manos de Dios reconociendo plenamente cómo el tiempo ha ido apagando la llama de pasión que albergaba nuestro ser antaño. A través de una oración sincera, honesta y sin orgullo, podemos venir a Dios reconociendo nuestra falta.

Los primeros frutos

“¿Ay de mí! porque estoy como cuando han recogido los frutos del verano, como cuando han rebuscado después de la vendimia, y no queda racimo para comer; mi alma deseó los primeros frutos.” (Miqueas 7:1)

El profeta prorrumpe con esta exclamación que expone su condición ante las desavenencias que acaecieron sobre Israel por causa de su frágil fidelidad. La maldad e impiedad se habían convertido en la personalidad intrínseca de una nación que despreció la Ley del Señor. El paso del tiempo, la confianza en la propia fuerza y las alianzas enemigas cultivaron en los israelitas

LO QUE DIOS ME DIJO VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

un divorcio espiritual con su Creador. Miqueas se duele profundamente con esta condición haciendo referencia a las primeras cosechas de la región. Mientras que en el verano de aquella región (septiembre/octubre) se realizaban las cosechas habituales, existía un período corto pero muy fructífero de frutas anterior a este tiempo, en junio. En esta época se recogían las mejores cosechas, las cuales eran consagradas a Dios, tal como leímos anteriormente en Deuteronomio 26:1-4 al comienzo de este mensaje. Estos primeros frutos entregados al Señor era un recordatorio permanente por sus generaciones de gratitud y favor demostrados por Dios al entrar a la Tierra Prometida. El profeta denuncia la falta de los primeros frutos y también de los últimos. Alguien los ha quitado; algún criminal los ha obtenido por la fuerza tal vez, o algún intruso durante la quietud de la noche se los llevó. El problema es que ya no hay más. El fruto que demostraba amor y devoción está ahora ausente de todas las ramas de los árboles. Pensemos en esto por un momento. Muchos de nosotros permanecemos sirviendo en la obra del Señor, aunque el primer amor haya pasado ya. La pregunta es: si ya no servimos por amor, ¿por qué lo hacemos? Esto quiere decir que ya no tenemos frutos de amor, sino frutos de esfuerzo. Anteriormente tocábamos un instrumento, o predicábamos, evangelizábamos, u obrábamos en construcción, talleres, educación o cualquier otro servicio con una entrega pasional por la gratificación de servir al dueño de nuestras almas. Sin embargo, si bien no abandonamos aquellas tareas, acabamos haciéndolo con esfuerzo, por compromiso con líderes, o porque no hay nadie más que lo haga. ¿Cómo podemos regresar a ese tiempo? ¿Cómo poder volver a amar a Dios con nuestros primeros frutos, en lugar de servir por esfuerzo?

Mirar y esperar

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

“Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá.” (Miqueas 7:7)

La intervención de Dios en tiempos de desidia espiritual no representa simplemente una ayuda exterior que colabora con nuestra necesidad. La mano de Dios es el recurso todo suficiente y todo necesario para la restauración de un creyente. Dios no vendrá a *ayudarnos*, sino a hacer el trabajo completo. Así es; no hay en nosotros una capacidad suficiente de levantarnos por nuestra cuenta, de manera que la gloria de una vida puesta de pie siempre será del Señor. Con esta perspectiva, podemos tomar la actitud de Miqueas al poner la mirada y la espera en Él. En medio de un mundo que provee ofertas a tiempo completo para el sosiego del alma a través de lo sensorial, sólo Dios puede operar desde las entrañas del espíritu, de adentro hacia afuera, para ablandar el corazón y enamorarnos de nuevo de Él. Sólo el Espíritu de Dios puede ingresar en nuestra morada, nuestro ser, y barrer, ordenar, limpiar, desinfectar y, al final, encender fuego en el hogar para traer el calor perdido. Luego del reconocimiento sincero de nuestra condición, es menester una mirada genuina de fe y plena confianza en el Dios que oye nuestra oración.

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” (Hebreos 12:1-2)

La comparación de la vida del creyente con el ejercicio de la carrera en la Antigua Grecia es otra de las presuntas afirmaciones de la autoría paulina de este escrito. Fuera de este paréntesis, es necesario contextualizar el formato de este deporte. En aquellos

LO QUE DIOS ME DIJO VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

tiempos y regiones, cuna de los Juegos Olímpicos que perduran hasta el presente, las carreras a pie no sólo eran de carácter físico, sino también científico, filosófico y hasta religioso. Los corredores solían andar desnudos y ello requería despojarse de cualquier elemento que incorporara peso o incomodidad en su desempeño a fin de garantizar las mejores condiciones para la victoria. Había varias motivaciones para los corredores, que incluían generosos aportes de donantes adinerados y galardones de victoria al final. Este premio era visible para los participantes causando un brío en ellos que les impulsara a llegar primeros. Haciendo uso de esta alegoría, el autor de la carta a los hebreos anima a los creyentes, nosotros incluidos, a correr en esta carrera espiritualmente desnudos, esto es, dejando atrás todo aquello que cause un peso contraproducente o añada incomodidad en el avance, mirando a Jesús como el galardón que coronará nuestro apremiado final. La gran nube de testigos representa a muchos grupos, como a las generaciones que seguirán nuestros pasos, los familiares y amigos que verán el testimonio de vida que conservamos, aquellos que albergan planes de mal contra nosotros y cualquier otra persona que encuentre en nuestra carrera motivos para seguir avanzando. A esto nos llama Dios: a continuar la carrera, sin resignación, sin desánimos permanentes, sobreponiéndonos a las vejaciones de la vida manteniendo una mirada de fe sin mácula sobre el Señor. Aun en tiempos en que aquel primer amor parece disminuir su luz en nuestro pecho, el consejo es continuar corriendo con paciencia la carrera que tenemos por delante. Los corredores de aquella época debían correr lo más velozmente posible para obtener el premio, pero en nuestro caso todos aquellos que lleguen al final lo obtendrán. Esto requiere tomarse el tiempo de avanzar un paso a la vez, pero sin detenerse. No es sabio hacer un paso al costado e incorporarse a esa nube de testigos que simplemente contemplan

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

a los que corren, sino continuar, heridos o angustiados tal vez, corriendo la carrera. A veces avanzaremos con el ímpetu del vendaval, otras ocasiones con una tranquila caminata, a veces con una displicencia notoria mirando el camino restante, y en momentos esperando en el camino, pero nunca saliendo de él. Esperar no significa ser pasivo e inerte, sino saber entender los tiempos de Dios. Así como el árbol da sus buenos y primeros frutos en su mejor temporada, no nos extrañe que en ocasiones debamos pasar por el otoño que desprende una a una nuestras hojas, y el invierno que nos deja desnudos en la carrera. Los árboles no mueren durante la invernada, sino que aprovechan este tiempo para reforzar sus raíces, la cuales no se ven. Por lo tanto, no mengüemos al sentir en ocasiones que el primer tiempo de la canción y la primavera se han apagado, sino confiemos en que Dios trabaja sobre nosotros para la próxima temporada. Si sentimos el primer amor cundir ante las presiones de este mundo, refugiémonos en el Señor, dejemos que desnude nuestra alma y que refuerce las raíces.

Reconocimiento

“Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá. Tú, enemiga mía, no te alegres de mí, porque aunque caí, me levantaré; aunque more en tinieblas, Jehová será mi luz.” (Miqueas 7:7-8)

Al reconocer los tiempos de quietud o desasosiego espiritual como parte de la vida del creyente, cundirá paz en nuestro corazón y alimentará la confianza en el Señor que todo lo sabe. Caerse también es parte del camino, así como las tinieblas que pueden abrazarnos en momentos inesperados. Sin embargo, en Dios no hay caídas permanentes ni tinieblas eternas. Así como hemos caído, nos levantaremos; y así como ha venido oscuridad en nuestra alma, Dios será la luz que ilumine nuestro ser. Nuestra

LO QUE DIOS ME DIJO VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

batalla, la que debemos pelear día a día, no es contra persona alguna, sino contra el mismo fracaso; el fracaso de haber conocido a Dios, recibir un llamado de su parte, y perder todo el propósito en el camino. Debemos ver al espejo y enfrentar a uno de nuestros mayores enemigos: nosotros mismos. Somos seres imperfectos habitando un mundo imprevisible y hostil. Tenemos la capacidad innata de recibir y provocar maldad en igual medida. El Señor ha dispensado una salida para todas aquellas acciones y actitudes que han torcido nuestro camino, que han enfriado el amor por su Presencia y que causaron dolor a nuestros próximos:

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” (Isaías 1:18)

Este texto invita a “*venir luego*”. ¿Luego de qué? De haber probado un camino inexacto, de haber transitado por las sendas de la autosuficiencia con la guía del orgullo. Hemos probado tomar las riendas de la vida con nuestros vanos esfuerzos, carentes de toda previsión válida y conocimiento de las eventualidades históricas que se suscitan fuera de nuestras capacidades reales. Por esto, Dios invita a, luego de haber intentado con nuestras fuerzas, reconocer el poder y conocimiento plenos que posee para aprender a confiar en Él, despojándonos del peso del pecado que hemos cometido, obtener su perdón y ser sanados de adentro hacia afuera. Si confiamos en el Señor de esta manera, el amor regresará. Es hora de regresar al Padre, levantándonos de este sueño permanente, de esta desidia frente a la vida, y acercarnos al trono de gracia y permanente misericordia.

“[...] Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.” (Efesios 5:14)

Crecimiento

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

¿Por qué deberíamos regresar a ese primer amor? ¿De qué sirven los primeros frutos? ¿Acaso no basta con cumplir con nuestras obligaciones en la iglesia? Miqueas profetiza una respuesta a estas interrogantes:

“Viene el día en que se edificarán tus muros; aquel día se extenderán los límites.” (Miqueas 7:11)

Reconciliación con Dios significa transformación y crecimiento. En primer lugar, un vínculo genuino con el Señor transformará nuestra forma de ver la vida, a Dios, a la obra y aun a nosotros mismos. Las *obligaciones* se convierten en *obra de amor*, las imposiciones en decisiones personales, los compromisos en ofrendas voluntarias, y las demandas en sacrificio vivo, santo y agradable. Pasamos de “tener que estar” a “querer estar”, de “tener que hacerlo” a “no poder evitar hacerlo”, de “cumplir con un compromiso” a “buscar comprometerse”. Una transformación del corazón es una transformación de las actitudes, acciones y actividades. Cuando comenzamos esta empresa de reconciliarnos con el Señor, volviendo a esos primeros frutos que antaño identificaban una vida apenas conquistada por los lazos de amor de Dios, el crecimiento es inevitable. Así como los muros de Jerusalén serían reconstruidos y sus límites ensanchados, también nuestras vidas recibirán un crecimiento notorio y fructífero ante la Presencia de Dios en el alma. No somos llamados a ocupar un lugar en la iglesia, sino a *ser* la iglesia. No se trata de cumplir con las obligaciones que hemos adquirido al pertenecer a una religión, sino a mirar la cruz que representa la máxima entrega de amor por nuestras vidas y corresponder con acciones del mismo amor como respuesta a tal sacrificio. Todo lo que hacemos, por mucho que represente, no es una iniciativa personal, sino una respuesta a lo que Dios ha hecho en primer lugar.

LO QUE DIOS ME DIJO VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo. El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.” (Efesios 4:22-32)

Al entregarnos a un tiempo de renuevo espiritual, se renueva la mente, la manera de pensar y aun soñar. Es necesario hacer un alto en el camino y considerar cómo está nuestro corazón respecto a las expectativas de Dios. Según el apóstol Pablo, la nueva persona regenerada por la obra del Espíritu Santo es transformada para parecerse más a Dios. *Creado según Dios* implica que Dios se vio a sí mismo para formar criaturas bondadosas, misericordiosas, cubiertas de amor, pacientes, benignas. Estos parámetros deberían alojarse en nuestro ser de manera que podamos emular el carácter de Dios. Cristo es Dios hecho carne que nos ilustra a la perfección al hombre que es según Dios y refleja sin defecto sus atributos, bellos y perfectos como son.

Volver a empezar

“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

en misericordia. El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados.” (Miqueas 7:18-19)

Dios está dispuesto a perdonar. No ha acortado su mano para traer a sí a sus escogidos y limpiar sus maldades y errores. El camino transitado puede haberse corrompido y haber torcido sus sendas en pos de actitudes y lugares que no son conformes a la mente y el corazón del Señor. Sin embargo, hay un camino que no se borra jamás: el que Cristo ha abierto con su sacrificio para volver al Padre y reconciliarnos con Él. Ya no nos acusará por el pasado cuando la Palabra nos ha convencido de nuestro error. Tanto si hemos cometido pecados muy evidentes o como si la pasión y devoción por Él han decaído, Dios nos recibe otra vez por su gran misericordia. Jesús dijo que vino a traer una paz diferente a la del mundo (Juan 14:27). Para la humanidad actual, “paz” significa *estar tranquilo*; según la Palabra de Dios, “paz” es *estar bien con Dios*; paz es reconciliación. La reconciliación comienza por el arrepentimiento, palabra que en la Biblia significa “regresar”. Podemos estar acumulando obras y a la vez dejar al primer amor a un lado. Podemos conectarnos con las oraciones ajenas, pero olvidar la oración personal con Dios.

“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.” (Apocalipsis 2:2-5)

LO QUE DIOS ME DIJO VOLVER A LOS PRIMEROS FRUTOS

Volvámonos a Él, y Él se volverá a nosotros para perdonarnos y comenzar una nueva historia de amor renovado y primeros frutos que hablen de una vida que le sigue, no por obligación, sino con la respuesta de amor genuino al sacrificio más grande que dispensó hace dos milenios por nuestras almas.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

¿QUÉ TE DETIENE?

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

“Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento.” (Hechos 28:30-31)

Estas palabras conforman la última información que poseemos del apóstol Pablo, un hombre sin comparación con una claridad muy notoria del plan de salvación de Dios. Mientras muchos creyentes judíos estaban tratando de entender quién fue Jesús y cuál era realmente la obra que vino a llevar a cabo, Pablo poseía un entendimiento pleno del “misterio de los gentiles”. Luego de anunciar por viajes y cartas de los misterios del Reino de los Cielos, acaba sus días en Roma, su último paradero. La historia recoge la información que allí es ejecutado, dando por concluida su tarea en este mundo.

Las últimas palabras de esos versículos encierran más historia de la que jamás podríamos abarcar. El hecho de que Pablo esté predicando “abiertamente y sin impedimento” no es algo para dar por sentado en consideración de todas las luchas, desafíos, enemistades, peligros y desventuras que debió atravesar. Pero todo ello condujo el camino del apóstol a poder predicar de esta manera. Vemos en este siervo del Señor a una persona con una determinación inquebrantable al seguir en la misión que se le había encomendado sin perder por un instante su galardón ni el propósito de su llamado.

El llamamiento y el que llama

Cuando hablamos del llamamiento hablamos, por supuesto, de alguien que llama. Pero, ¿de qué llamamiento estamos hablando? La Biblia da ejemplos contundentes de personas que han hablado con el Señor cara a cara, recibiendo directivas precisas acerca de una misión que debían llevar a cabo. A Dios no le falta poder, sin duda, para hacer lo que Él quiera, tal como en la Creación y todas

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

las obras que podemos ver y gran parte que no. Sin embargo, Él mismo ha decidido efectuar un plan de redención que incluya a los mismos seres humanos, dotándoles de una misión, de un objetivo, de poder y de confianza.

El primer llamamiento que Dios hace es a la restauración de Israel. Este es el “misterio de los gentiles” al que Pablo hace referencia.

“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, Que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, Cuando yo quite sus pecados. Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.” (Romanos 25-29)

Estas palabras las dirige Pablo hacia el remanente de Israel que quedó en la tierra por causa del amor de Dios a David. Si hacemos un poco de historia, veremos que luego del reinado de Salomón sobrevino una división en el reino de Israel por causa de la dureza de su hijo, el rey Roboam. Este rey, al morir su padre Salomón, consultó con los ancianos y luego con sus amigos jóvenes y ociosos cómo debía proceder con el pueblo en cuanto a los impuestos. Los ancianos recomendaron aliviar la carga al pueblo, pero los jóvenes les instaron a ser aún más duro con ellos. Roboam no lo pensó dos veces y prefirió el consejo de sus inexpertos e incautos amigos, aplicando con dureza impuestos aún más altos. De las doce tribus de Israel, diez le dieron la espalda a Roboam por causa de su mal proceder y se apartaron para formar una nación aparte. Estas diez tribus fueron el Reino

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

del Norte, o Israel. Las dos tribus que quedaron, formaron el Reino del Sur, o Judá. La historia continúa con una sucesión de reyes que olvidan las leyes de Dios repetidamente y caen en idolatría y prácticas perversas. De los treinta y nueve reyes que tendrán estos dos reinos, sólo nueve harán lo correcto delante del Señor. Así, Dios determina un tiempo concluyente para ambos reinos que permite que dos imperios les invadan y venzan. Los babilonios invaden el reino del sur y convierten a Judá en una provincia, pero los asirios invaden el reino de norte, arrasan con la tierra, y esparcen a todos sus habitantes por el mundo, sin derecho a que regresen a su tierra. Esta parte de Israel son los de la dispersión, mezclados entre los pueblos, habitando en calidad de gentiles por causa de que perdieron la tierra, el Templo, Jerusalén, y a Dios.

Ahora podemos entender mejor el misterio al que Pablo hace referencia. La “planitud de los gentiles” son todos aquellos que deben regresar como el hijo pródigo a integrarse al remanente que quedó. El evangelio, la buena noticia, es que Jesús ha venido a reconciliar nuevamente a los dos pueblos: el que quedó y el de la dispersión. Este evangelio pone de manifiesto que ellos son extranjeros, gentiles, apartados de todos, un pueblo ajeno a Dios, pero que son traídos de nuevo por gracia del mundo al Reino de los Cielos. Son amados por causa de que en su sangre permanece la relación con sus padres: Abraham, Isaac y Jacob. Y Pablo concluye con un hermoso enunciado: “irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”. Nada evitará que Dios reúna a su pueblo, que forme a Israel una vez más y para siempre. Nada ni nadie detendrá su mano. ¿Por qué? Porque ese llamamiento tiene como base la promesa, el pacto incondicional, de Dios hacia Abraham. Dios no miente ni se arrepiente:

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

“Dios no es hombre, para que mienta, Ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Números 23:19)

Sabiendo cuál es el llamamiento, el poder del mismo, y la determinación de quien lo hace, podemos estar completamente seguros que su llamada no fallará y que su sustento no faltará. Por mucha dificultad que presente un desafío, si es Dios que está llamando, ¿qué es lo que nos detiene?

El pecado

“Pero hubo algunos que estaban inmundos a causa de muerto, y no pudieron celebrar la pascua aquel día; y vinieron delante de Moisés y delante de Aarón aquel día, y le dijeron aquellos hombres: Nosotros estamos inmundos por causa de muerto; ¿por qué seremos impedidos de ofrecer ofrenda a Jehová a su tiempo entre los hijos de Israel? Y Moisés les respondió: Esperad, y oiré lo que ordena Jehová acerca de vosotros. Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, diciendo: Cualquiera de vosotros o de vuestros descendientes, que estuviere inmundo por causa de muerto o estuviere de viaje lejos, celebrará la pascua a Jehová. En el mes segundo, a los catorce días del mes, entre las dos tardes, la celebrarán; con panes sin levadura y hierbas amargas la comerán.” (Números 9:6-11)

Estos versículos muestran un caso particular en cuanto a la celebración de la pascua. La misma debía celebrarse el primer mes del año, el día catorce. Así fue el mandato de Dios. Sin embargo, el haber adquirido la condición de inmundo por causa de muerto o estar lejos de Jerusalén, hacía que la celebración de la pascua se celebrase más tarde, un mes después, pero sin faltar a tal ocasión.

Estos “algunos” que estaban inmundos, que su interacción con el mal y la muerte les había manchado el alma, somos todos

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

nosotros. Cada uno alberga dentro de sí el mal desde el nacimiento y cada día aumentamos la copa de ira con nuestros pecados, injusticias y blasfemias. Con el mayor de los esfuerzos podemos tratar de conservar una línea de buen comportamiento, pero luego de unos momentos nos daremos cuenta que estamos fallando a la Ley del Señor. No somos ni seremos jamás dignos de sentarnos a la mesa con el Señor y celebrar la pascua. No somos dignos de participar de su cuerpo y su sangre porque nuestro pecado nos repele. Sin embargo, esa misma sangre derramada y ese mismo cuerpo molido y quebrantado nos dieron el acceso hacia esa bendita morada de su Presencia. Cada uno de nuestros pecados encuentran la purga, la limpieza, el perdón, en la cruz del Calvario donde uno Santo murió por los pecadores, para que los pecadores pudieran ser llamados santos.

Entonces, ¿qué nos detiene para atender al llamado de Dios?

“Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó.” (Hechos 8:36-38)

“Cierta agua” es la que llegó a nuestras vidas igual que a la samaritana junto al pozo. En Juan 4 podemos ver la historia del encuentro de Jesús con una mujer despreciada, olvidada, discriminada, pero que halló en Jesús la respuesta que necesitaba. Esa “cierta agua” que salta para vida eterna es su Palabra, la cual está cerca de nuestros corazones para escucharla y atenderla (Deuteronomio 30:14). El eunuco venía leyendo el texto de Isaías que hace referencia al siervo sufriente del Señor, Jesús. Esa Palabra fue el agua que se derramó por el Espíritu Santo en el corazón del eunuco y conquistó su alma. “Aquí hay agua”, dijo

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

el eunuco y sin duda que tenía razón. “¿Qué impide que yo sea bautizado?”. Como sabemos, el bautismo es un nuevo nacimiento, un retorno al pueblo de Israel para su restauración. Así, constituye parte del llamado irrevocable del Dios.

Repetimos la pregunta: ¿Qué impide que respondamos al llamado de Dios y cumplamos nuestro propósito en Él? Esto podemos saberlo tanto desde los diferentes llamamientos que hizo Dios de manera directa a diversas personas como a los fracasos de muchos de ellos. Sólo nos limitaremos a un ejemplo en el presente mensaje: Moisés.

Los límites

Pies sucios

“Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es.” (Éxodo 3:5)

Aquí vemos el llamamiento de Moisés. Antes de ir a enfrentar al faraón en Egipto, hubo una conversación entre Dios y este hebreo que dejó de manifiesto las condiciones previas que limitan el llamado. Dios le ordena quitarse el calzado porque está en un sitio santo, donde está manifiesta la Presencia de Dios. Asimismo, el primer límite que tuvo Moisés, y que podemos tener nosotros, es el contacto con el mundo. Traer delante de Dios nuestros hábitos y costumbres adquiridas por la tradición, la historia y la cultura donde estamos inmersos hará de limitante ante el mero acercamiento al Señor.

Si hacemos un poco de historia veremos que toda la cultura de Israel trató de ser ofuscada por el imperio griego. Si bien este imperio pudo doblegar a los israelitas desde la revuelta de los macabeos, la cultura central no se perdió por completo, sino que el pensamiento judío prevaleció aun en cautividad. Luego, la

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

invasión de Roma sometió a los griegos, tomando todo control como ningún imperio anterior. Judea quedó como una provincia en su interior, pero el pensamiento griego heredado al imperio romano comenzó a hacer mucha fuerza en el pensamiento hebreo. En parte, pudo hallar cabida y mezclarse con algunas corrientes y escuelas. Después del período apostólico, especialmente hacia el tercer siglo de nuestra era, el imperio romano que conjugaba su poder en la silla del Papa en Roma, buscó por todos los medios por acabar con el pensamiento judío y todas sus costumbres. El período de la Santa Inquisición, especialmente en España, dio uno de los más fuertes golpes contra la integridad del pueblo de Israel. Hoy día, hemos heredado un conjunto de prácticas y formas de pensar tan corrompidos que una de las más arduas tareas del creyente es comenzar a desenmarañar todo el sistema que nos envuelve en pos de buscar la verdad bíblica.

“Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma.” (Jeremías 6:16)

Muchos de los creyentes tienen pasados de costumbres religiosas de diversas procedencias, de distintas prácticas ocultistas, de santería, hechicería, sectas, brujerías, y mucho más. Hay una carga espiritual que se trae como una pesada mochila en los hombros. Viejos hábitos, enseñanzas de tíos sabiondos, técnicas heredadas, antiguos ídolos, y muchas costumbres que arrastramos como un lastre hasta llegar a los pies de Cristo. El desafío hoy es obedecer a las palabras del Señor que nos demanda descalzar nuestros pies sin excusas ni reservas, sabiendo que al venir a su Palabra estamos ingresando en terreno sagrado y santo. Si vamos a obedecer al llamamiento de Dios, debe ser en sus términos, y no en los nuestros. ¿Qué debo hoy

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

quitar de mi vida para que la Palabra encuentre plena cabida en mi mente y corazón? ¿Qué antiguas prácticas y enseñanzas se han apoderado de mí al punto de no poder caminar correctamente en las sendas del Señor? El capítulo 13 del evangelio de Juan relata la curiosa historia de Jesús lavando los pies de sus discípulos. Dice la escritura que *“Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?”* (Juan 13:6), y, acto seguido, se negó completamente a que Jesús, su Maestro, le lavase los pies a él, un discípulo. Cristo le responde: *“Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.”* (Juan 13:8). Aquí entendemos que no es hasta pasar este proceso de purificación que sólo Jesús puede hacer en nuestros corazones (y nadie más) que podemos tomar parte en el Reino de los Cielos. Por eso, es menester responder como Pedro: *“Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.”* (Juan 13:9).

¿Quién soy?

“Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?” (Éxodo 3:11)

Definirse a uno mismo es una de las tareas más complejas en las que uno podría adentrarse. Quizás sin pensar mucho creamos tener en claro cuáles son los marcos de nuestra identidad, pero cuando nos adentramos un poco más allá, descubrimos que hay un mar inexplorado en el que podemos ahondar y descubrir quiénes realmente somos.

Antiguamente, los misterios de la naturaleza eran explicados por medio de mitos, leyendas y personajes más bien espirituales, que tenían poderes para crear y controlar los fenómenos naturales. Sin embargo, la mente humana se ha dedicado sesudamente a indagar en principios físicos y químicos que expliquen lo que sucede a nuestro alrededor. Hoy llamamos a esta actividad como ciencia. Ahora bien, hay un aspecto del ser humano que, al

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

descubrirse, una nueva área de la ciencia tuvo que ver la luz para dedicarse a ella por completo: la psicología. Nos guste o no, esta ciencia es real y ha hecho descubrimientos asombrosos en torno a la mente humana. Las conexiones nerviosas en la materia gris, con una complejidad que ni siquiera la ciencia más avanzada ha podido empezar a descubrir, da evidencia de una formación desde el nacimiento que determina dos grandes sectores: el consciente y el inconsciente (aunque hay un tercer sector, el pre consciente). El consciente es la parte de nuestra psiquis que podemos controlar, aquello que sabemos que estamos haciendo y pensando. El inconsciente es la parte de la cual ignoramos casi siempre qué posee y qué está haciendo. Es un sector que almacena nuestros recuerdos y experiencias más recónditos. ¿Por qué nos referimos a este tema ahora? Porque la Biblia ya había mencionado todo esto desde el comienzo. Teniendo en cuenta al inconsciente, recordemos las palabras del rey David: “¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos.” (Salmo 19:12). Y otro versículo de mayor interés dice: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.” (Proverbios 22:6). ¿Cómo llegamos a ser quienes somos hoy? Según cómo hemos crecido es lo que somos hoy. Nuestra existencia actual es el resultado manifiesto de una vida moldeada por las circunstancias y las personas que nos rodearon y afectaron. Esto produce personas radicalmente diferentes unas de otras, construyendo una identidad única y perfectamente diferenciada de otras que nos dota de ciertos valores y capacidades para transcurrir en el camino de esta vida. Ahora bien, nuestra biografía se ha redactado tanto con experiencias gratas como con situaciones que han puesto en juego nuestra integridad y bienestar. Todos, algunos más y otros algo menos, hemos atravesado circunstancias que no fueron fáciles, que incluyen abandono, traición, violencia, pérdida, y mucho más que

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

caracteriza al mundo actual y de siempre. Nuestro *yo* es el resultado de todas esas experiencias y deja como resto una persona inmensamente insuficiente ante las expectativas de Dios. Así como Moisés, encontramos limitaciones profundas en nosotros mismos. Por ejemplo: cuando no hemos disfrutado en nuestra infancia del amor paternal necesario, al ser mayores nos resulta muy difícil poder amar y ser amados, pues nuestra mente y corazón no saben interpretar los gestos, actitudes y valores que encierra el amor. Cuando llegamos al encuentro de Dios y estamos, como todo ser humano, carentes de muchas virtudes y alimentados de costumbres banales, nos sabemos insuficientes ante la altura del llamado de Dios. ¿Quién soy yo para que Dios me llame? ¿Qué ha visto en mí para que Él me utilice? En este punto, encontramos una gran consolación: Dios no nos salvó por nuestras obras de bien o por tener un gran corazón, sino que *“Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”* (Romanos 5:8). Si nuestra salvación no dependía de nuestras habilidades o condiciones, tampoco Dios esperará perfección en nosotros a la hora de llamarnos. Si esto te detiene, ¡olvídalo!, y sirve a Dios.

¿Quién es Dios?

“Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” (Éxodo 3:13)

Si conocerte a ti mismo puede representar un escollo para tomar acción, cuánto más un ser infinitamente insondable como Dios. ¿Quién es el que envía? La situación espiritual y mental de los israelitas había encontrado su punto más bajo al desconocer por completo al Dios de sus padres: Abraham, Isaac y Jacob. Cuatrocientos años habían pasado ya en cautiverio egipcio.

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

Cuatrocientos años que borraron todo vestigio de relación con su Creador al punto de desconocerle por completo en medio de una multitud de dioses egipcios. Pensemos esto un instante. Moisés replica al mandato del Señor que los israelitas, el pueblo de Dios, población históricamente monoteísta, iba a interpelar a Moisés respecto a *qué dios* le envió. Imaginemos un momento que el pastor de una congregación cristiana toma su lugar en el púlpito en una reunión general y comienza su discurso diciendo: “Hoy hablaré acerca de Jesús”. Podríamos especular una escena donde los creyentes respondan: “¿Cuál Jesús?” “¿Cómo cuál Jesús?”, respondería el predicador, “¿cuántos Jesús conocen ustedes?”. Así de inverosímil sería el interrogante de los israelitas, preguntando por *cuál dios* tomaba lugar en el llamado de Moisés. Había pasado tanto tiempo desde que comenzó el cautiverio en Egipto que sus mentes y corazones se habían transformado al punto de olvidar al Dios de sus antepasados, al único Dios Verdadero. Tanto así, que incluso los dioses egipcios comenzaron a recibir servicio de los mismos israelitas (Josué 24:14). No es de extrañar, pues, que al instante de avanzar hacia los propósitos de Dios para nuestro destino hallemos a Dios como un completo desconocido. Pablo percibió esta actitud en los griegos de areópago, los cuales habían edificado un altar a un dios para ellos desconocido pero que sin duda merecía adoración (Hechos 17:22-23). Esto implica que podríamos estar sirviendo y adorando a Dios, empero vivir con una completa ignorancia de su persona. No es lo mismo servir a Dios que conocer a Dios: servir a Dios es cumplir con obligaciones impuestas por compromisos religiosos mientras que conocer a Dios incluye amarle y servirle de corazón, alma y cuerpo, y ser enviado por Él a sitios extraordinarios. Los fariseos y saduceos, sectas religiosas por demás celosas de la Palabra de Dios y su servicio, fueron juzgados por Jesucristo como seres cubiertos de obras de bien

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

por fuera, pero sin vida por dentro, muertos, con labios que le honran, pero con corazones lejanos (Marcos 7:6).

¿Cómo superar esta barrera entonces? Con el formato de diálogo que por siglos el Señor ha establecido para con los humanos: hablar con Él en la oración y recibir su Voz por su Palabra, la Biblia. Al estudiar este precioso libro y dedicarle el mayor tiempo a una comunión constante con Él, le iremos conociendo y descubriremos la hermosura de su Presencia y el deleite de su compañía. Jesús advirtió que en los últimos tiempos muchos reclamarán a Dios haberle servido con constancia, reclamando el acceso al Reino de los Cielos. Entonces, el Señor les respondería que no los conoce (Mateo 7:21-23). Jesús tiene pleno conocimiento de los suyos, cuya marca de identidad con el Señor no es el desespero por cumplir con obras religiosas sino por saber escuchar la Voz del Buen Pastor y obedecerle en todo (Juan 10:27-28).

Pre fracaso

“Entonces Moisés respondió diciendo: He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido Jehová.” (Éxodo 4:1)

Este mal ha aquejado a la humanidad desde su existencia; incluso fuera de las esferas de la fe. Considerar la probabilidad del fracaso, aun antes que este ocurra, nos ubica en sendas de corta distancia que pierden toda esperanza. Cualquier intento de lanzarse al futuro es cortado por una fuerza contraria que detiene paulatinamente los esfuerzos hasta acabarlos. ¿Por qué nos aferramos más a la esperanza de un fracaso que del éxito? Lamentablemente, los mismos humanos nos hemos formado mentalmente de esta manera. Cada determinado tiempo, elegimos a nuestros líderes: desde los que ocupan sus lugares en presidencia, senado, gobernación e intendencias; hasta quienes

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

quedan a cargo de la dirigencia del club deportivo o el grupo de lectura. Fecha tras fecha, sólo vemos ascender al poder a la corrupción, la sed de poder y el abuso de la posición. Miles de partidos políticos debaten entre sí, así como sus militantes, pero no hacen más que acabar demostrando ser muy parecidos entre sí. Teniendo ideas diferentes, los países continúan con problemas políticos, sociales, económicos y ambientales. Los clubes toman malas decisiones, los políticos trabajan por debajo de la mesa para adquirir mayores bienes de los que pueden consumir, y así sucesivamente. Amén de algunos de ellos que poseen buenas intenciones, la mayoría demuestra una y otra vez a las personas que el fracaso es la mayor probabilidad de cualquier intento de mejorar un sistema. Incluso los dirigentes que poseen buenas intenciones no logran cambiar sustancialmente al mundo. Ese mismo diseño mental lo traemos delante del Señor y tenemos la plena certeza que al obedecer al llamado de predicar su Palabra y anunciar su venida, no tardarán en llegar la vergüenza, el temor, la persecución, el fracaso, el desmérito, y muchos resultados funestos más. Con Dios no es así: sus palabras a la hora de llamar son las mismas que expresó a Gedeón. Dijo el Señor: “¿No te envío yo?” (Jueces 6:14). Si Dios es el que envía, no hay que doblegarse al *pre-fracaso*, a la sensación de que no se logrará el cometido.

Falta de capacidad

“Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua.” (Éxodo 4:10)

Moisés fue reiterativo en las limitaciones ligadas a su propia identidad y condición. A menudo se refiere a este texto para identificarle como tartamudo, pero no es seguro. Lo que resulta evidente es un corazón temeroso de cara a un desafío muy grande

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿QUÉ TE DETIENE?

que tiene como añadidura el regreso a un pasado que quedó casi en el olvido. Cuarenta años pasaron ya de vivir en el palacio y huir por causa de un asesinato causado por un acto de justicia por mano propia. Ese temor se convirtió en un gigante que le hizo retroceder, exponiendo sus debilidades como escudo ante el llamado. Parece inverosímil, pero es cierto, que usamos nuestras mayores limitaciones y pesares para escudarnos ante las demandas del Señor. Somos indignos, débiles, no hablamos correctamente, no somos demasiado inteligentes, no somos muy diestros ni tenemos una fama considerable. Límites como estos son expuestos con la tentativa de abortar los planes de Dios. El absurdo radica en pensar que una debilidad humana es capaz de frenar la potencia de Dios. Si Él decide alojar su poder en nosotros, ¿quién le detendrá? ¿Qué recurso humano podría poner freno a los propósitos divinos? Nuestra capacidad de bendecir vidas por ser usados por Dios no será exclusivamente por la excelencia de obras personales ni por condiciones áureas de nuestra persona, sino por la potencia de Dios que actúa poderosamente en nosotros (Colosenses 1:29).

Mejor, otro

*“Y él dijo: ¡Ay, Señor! envía, te ruego, por medio del que debes enviar.”
(Éxodo 4:13)*

¿Quién mejor que tú para el propósito que Dios ha diseñado para tu vida? Muchas excusas podremos poner al Señor intentando responder al título de este mensaje: ¿Qué te detiene? Pecado, ignorancia de Dios, ignorancia de nosotros mismos, fracasos en potencia, carente capacidad, y cientos de planteamientos más. Pero hay un elemento de la ecuación que no podremos eliminar cuando se trata de un llamamiento de Dios: nosotros mismos. Al fin y al cabo, la obra de Dios siempre va a quedar finalizada por

LO QUE DIOS ME DIJO ¿QUÉ TE DETIENE?

su infinita sabiduría y capacidad; con o sin nosotros. Pero aquello para lo cual las sendas de nuestra vida están destinadas a concluir no será para nadie más.

¿Qué te detiene? ¿Cuál es tu excusa? Dios te hará apto para lo que ha determinado para con tu vida. Déjate empujar por las promesas de Dios hacia un maravilloso destino que tiene para contigo. Recuerda el testimonio de Moisés, que, planteando muchas limitaciones, Dios hizo maravillas con su vida. Recuerda el poder de Dios para lograr todo lo que se propone. Y, sobre todo, recuerda y aprópiate de las palabras del Señor a Josué:

“Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé.” (Josué 1:5)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **BASTA**

BASTA

LO QUE DIOS ME DIJO BASTA

Basta es el título del presente mensaje. ¿Por qué a finales de este año cuando muchas personas se proyectan hacia nuevas iniciativas del año entrante hoy tenemos que decir “basta”? En cierta manera, tendemos a considerarnos como seres permanentemente incompletos, lo cual es cierto, pero en vista de buscar la completitud permanentemente ignoramos la necesidad de vaciarnos de muchos elementos y cortar con ciertas actitudes. No cabe duda que Dios manifestará, como siempre lo hace, nuevos afluentes de su gracia en favores, dones y bendiciones hacia quienes le aman y le sirven, pero ¿nos encontramos en condiciones de recibir todo eso? A veces le pedimos más y más al Señor, pero no tenemos siempre en cuenta la capacidad de nuestro vaso para contener aquello que estamos solicitando. Antes de proseguir hacia las virtudes futuras de un Dios que ha destinado bendiciones para nuestras almas es necesario limpiar nuestro interior y exterior de pasiones desordenadas, actitudes vacilantes y contrarias, condiciones exteriores que podemos controlar, y limitaciones interiores sobre las cuales podemos actuar.

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.” (Salmo 139:23-24)

Por eso, antes de decir “más” al Señor vamos a decir “basta” sobre algunas áreas personales. ¿Por qué un período de limpieza? ¿Por qué es necesario preparar nuestras vidas para otra cosa? Lo que se viene pertenece al plan que Dios viene dispensando durante las eras de este mundo, y los tiempos que corren demandan vidas dispuestas a darlo todo en pos de anunciar la venida de Cristo y los últimos momentos que le restan a este siglo. Así que, antes de expandir este tema, es necesario considerar los tiempos que vive este mundo de cara al 2020 que

está finalizando para luego operar en las acciones correctas que apunten al desafío que tenemos por delante.

El año 2020 ha sido un tiempo de profundos cambios, no sólo en las áreas económicas, sociales, industriales y ambientales, sino también en todo aspecto mental y emocional. Muchas de las noticias que nos parecieron ajenas a nosotros donde distintos males aquejaban a países distantes hoy han salido como jinetes cabalgando sobre desastres a lo largo y ancho de la Tierra. El Covid-19, la pandemia mundial, la caída de la Bolsa y el precio del petróleo, los incendios en Australia y Chernóbil, las inundaciones en Indonesia, las erupciones de los volcanes Krakatoa y Taal, los terremotos en Turquía y el Caribe, las plagas de langostas en África Oriental, la presencia del avispon asesino en la costa oeste de EEUU, el brote de sarampión en América Latina, vientos huracanados, plagas de insectos e incendios forestales en Canarias, una serie de tornados al sur de EEUU, el ciclón Amphan en Asia, el ciclón Nisarga en el sur de Mumbai, India, un terremoto en Oaxaca, México, el descubrimiento de un nuevo virus porcino en China (G4 EA H1N1), un ciclón extra tropical al sur y sudeste de Brasil, un rebrote de la peste bubónica en Ulán Bator, Mongolia, inundaciones mortales del río Brahmaputra en India y Nepal, un terremoto en la península de Alaska, el huracán hanna en el Golfo de México, un terremoto en Esmirna, Turquía, el huracán Eta en la costa de Nicaragua, una nueva variante del coronavirus se descubre en Reino Unido, y varios eventos más. A nivel social, no faltaron situaciones de tensión y preocupación, como las tensiones entre EEUU e Irán con la muerte del espía iraní Qassem Soleimani y el derribo del avión ucraniano de pasajeros, los disturbios comunales en Delhi, las explosiones en Lagos, Nigeria, y Beirut, Líbano, los disturbios en EEUU por el asesinato del afroamericano George Floyd por

LO QUE DIOS ME DIJO BASTA

parte de la fuerza policial en Minneapolis, EEUU, que inició el movimiento de Black Lives Matter, las tensiones bélicas entre Armenia y Azerbaiyán, las guerrillas civiles en Medio Oriente, ataques de terrorismo en Reino Unido, el ataque a la embajada estadounidense en Túnez, el ataque en Kabul, Afganistán, la separación de Reino Unido de la Unión Europea, y de EEUU de la OMS, y otros. Además, hubo eventos celestiales muy particulares, como la conjunción de Marte, Júpiter, Saturno y Plutón en marzo, y Júpiter y Saturno de noche en diciembre, caída de meteoritos en Perú y Reino Unido, cuatro eclipses lunares penumbrales, un eclipse solar anular, y un eclipse solar total.

Cuando consideramos el conjunto de estos eventos, y muchos más que sólo extenderían indefinidamente el presente mensaje, se enciende una alerta en nosotros sobre la significancia de los tiempos que estamos viviendo. No son tiempos fáciles ni deben de ser pasados por alto. La pregunta gira en torno al mensaje que está comunicando el devenir de estos acontecimientos. ¿Deberíamos preocuparnos? ¿Nos dan a entender estos eventos que algo está cambiando? Por supuesto que sí, y todos estamos siendo llamados a participar de esta última dispensación de la gracia de Dios sobre la tierra. Como vimos en otras ocasiones, Dios se ha manifestado de diferentes formas sin perder el sentido de la Ley a fin de alcanzar a su pueblo y salvarle. En las últimas horas del tiempo de la tierra Dios sigue llamando a sus mensajeros y soldados para tomar lugar en la última batalla. Curiosamente, hay un consenso generalizado entre los grupos creyentes en el Señor que llama poderosamente la atención. Si ponemos atención en las divergencias doctrinales (trinidad, predestinación, deidad de Cristo, virgen María, etc.) vemos cómo las ramas denominacionales se van separando, pero un vistazo a

las convergencias (existencia de Dios, gracia, congregación, Ley mosaica, etc.) ira uniendo los afluentes teológicos en algunos puntos. Esto no en vista de fomentar un movimiento ecuménico, sino para observar un acontecimiento en especial: la segunda venida del Señor. Los estudios de las profecías de Daniel, Ezequiel, Apocalipsis, aun Jeremías, y las palabras de Jesús respecto a los tiempos finales, han dado lugar a coincidencias contundentes que nos dejan en vilo. No es el propósito de este mensaje ahondar en los aspectos escatológicos más profundos, pero no pasamos por alto una concordancia que nos abre los ojos: las setenta semanas de Daniel y la higuera como analogía de Israel. Dios envía al ángel Gabriel para anunciar los tiempos proféticos de la venida del Mesías para reinar.

“SETENTA SEMANAS están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.” (Daniel 9:24)

Todos los comentaristas coinciden, por el devenir los sucesos, que las setenta semanas corresponden a 7 tiempos de 7 días, y cada día es un año. Es decir que 70 semanas en los tiempos proféticos son 70 períodos de 70 años=490 años. Este período comenzaría con la reconstrucción de Jerusalén, lo cual sucedió en 445 a.C. por la orden de Artajerjes de Persia (Nehemías 2:1-8). Utilizando el año judío de 360 días (calendario lunar), el primer período de esta profecía (69 semanas, 483 años) acaba en el 30 d.C., que coincide con la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (Mateo 21:1-9) y acaba con su muerte y la destrucción del Templo (Daniel 9:26), lo cual ocurre en el 33 d.C. y el 70 d.C., respectivamente. De esas 69 semanas sólo resta una, un período indefinido que mantiene “pausado” el reloj profético hasta que Israel regrese a su tierra y se reconstruya la nación desde los

LO QUE DIOS ME DIJO BASTA

países del mundo. La fecha en la cual el reloj ha comenzado su marcha nuevamente ya sucedió. El Señor trajo la profecía por boca del mismo Jesús cuando habló de Israel representada por la higuera.

“De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.” (Mateo 24:32-34)

Jesús anunció que Israel, la cual estaría disperso por entre las naciones sin tierra ni Templo un día sería traído y restaurado a su territorio. ¿Cuándo sucedería esto? Y, sobre todo, ¿cómo? Israel lo había perdido todo: su Templo, su tierra, su lengua, su Ley, su tradición. Sin embargo, Dios dejó la esperanza de restauración con una señal contundente: Israel sería restaurada en UN SOLO DÍA.

“¿Quién oyó cosa semejante? ¿quién vio tal cosa? ¿CONCEBIRÁ LA TIERRA EN UN DÍA? ¿NACERÁ UNA NACIÓN DE UNA VEZ? Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos. Yo que hago dar a luz, ¿no haré nacer? dijo Jehová. Yo que hago engendrar, ¿impediré el nacimiento? dice tu Dios. Alegraos con Jerusalén, y gozaos con ella, todos los que la amáis; llenaos con ella de gozo, todos los que os enlutáis por ella;” (Isaías 66:8-10)

Esto parecería una profecía ficticia de imposible cumplimiento, pero el mundo pudo atestiguar el renacimiento profético cumplido del retorno de Israel como nación en un solo día el 14 de mayo de 1948. Desde entonces, el reloj volvió correr para culminar el último tiempo de la dispensación de la gracia antes de la Gran Tribulación. Jesús dijo que cuando veamos a Israel, la higuera, reverdecer no pasaría una generación hasta que llegue el

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ BASTA

fin. El salmo 90 considera una generación como la vida media de una persona hasta la edad máxima que puede alcanzar. En estos tiempos esa edad queda comprendida entre 70 y 100 años. Solo sacar unas cuentas nos podrá en perspectiva del tiempo que vivimos y lo poco que queda para que Cristo regrese. Esto no implica atinar a ciertas fechas especulativas, pues la Biblia lo prohíbe (Mateo 24:36) y la forma en que Cristo regresará y cómo será la restauración completa de Israel también arroja bastante misterio. Pero hay algo que la Palabra nos advierte sin ningún tipo de negociación o diferente interpretación:

“Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo.” (Marcos 13:33)

Esas tres interpelaciones de este versículo hacia nuestra condición deben sacudir nuestro entendimiento: MIRAD, VELAD y ORAD. Esas tres expresiones demandan toda nuestra atención, todo nuestro tiempo y todo nuestro esfuerzo. Si los hijos de Dios estaban esperando la hora final para actuar y darlo todo es ahora. Por eso es necesario decir BASTA. Basta a muchas actitudes, decisiones, influencias y elecciones que están perjudicando nuestra tarea en este mundo; tarea que exige morir a diario a nuestras pasiones y encaminar todas nuestras intenciones al propósito mayor de conducir a las ovejas perdidas hacia el Señor.

Primer BASTA

El versículo citado comienza diciendo MIRAD. Nuestra observación debe ser dirigida hacia los tiempos de Dios y las manifestaciones de su pronta venida. Ya el espejo ha recibido demasiada de nuestra atención y el pseudo evangelio que orienta las bendiciones del Señor en su totalidad a la comodidad del creyente ya no tiene lugar entre nosotros. Dios no nos quiere

LO QUE DIOS ME DIJO BASTA

cómodos, tranquilos y que nada nos moleste u ofenda. Por eso, debemos decir BASTA a nosotros mismos, a nuestros egoísmos, a nuestros afanes y demandas hacia Dios en cuanto a todo aquello que queremos para estar felices y tranquilos. Basta de levantar nuestra mano exigente hacia el cielo y hacia los demás para reclamar derechos auto determinados y poner los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12:2). Basta de preferirnos a nosotros mismos por sobre los planes de Dios para con la humanidad. Basta de manipular nuestras emociones como moneda de cambio ante los demás, determinando aquello que los demás nos deben o lo que nosotros no debemos, decidiendo a quién debemos perdonar y a quién no, y cómo los demás tienen su “cuenta” respecto a lo que nos deben. Basta de determinar a los demás en qué deben hacer y qué no y comenzar a mirar nuestras propias acciones pensando en qué podemos hacer por ellos y por mejorar nuestro servicio a Dios.

“Nada bagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.”
(Filipenses 2:3-4)

Por esto debe primar el amor en nuestros corazones; el amor que apaga toda envidia, contienda, celo o división. El amor cubre multitud de pecados.

Además, haciendo referencia a nosotros mismos, también debemos decir basta a nuestros pecados debilidades y aún situaciones de las que tenemos control. Si nosotros no aprendemos a dominar ciertas situaciones, éstas nos dominarán a nosotros. Lo mismo ocurre con pecados recurrentes, emociones y pasiones desordenadas. Nuestro lema es el del apóstol Juan: *“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que*

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ BASTA

peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.” (1 Juan 3:6,9)

Segundo BASTA

La segunda demanda del Señor es VELAD. Basta de dormir e ignorar los tiempos que atravesamos y nos atraviesa. El mundo va encaminándose por un camino ancho y espacioso hacia un fin de eterna destrucción y a menudo quedamos como meros espectadores de tal destino o incluso desatendiendo los sucesos. Ante la consideración de lo que está pasando, Jesús nos recuerda el momento en que los discípulos estaban delante del suceso más crucial de la historia de la humanidad, su pronta entrega por la redención de los creyentes, y sus seguidores no pudieron quedarse despiertos por unos momentos.

“Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (Mateo 26:40)

Una hora nos pide el Señor. Soportar estos tiempos con los ojos abiertos y atentos a lo que sucede y actuar en consecuencia, tomando parte de la batalla que se nos presenta. Por eso es vital decir BASTA a la falta de operación, a la inacción, a la contemplación con desidia de los contextos sociales que nos rodean y demandan que hagamos algo, despojándonos de nuestras pasiones desordenadas y caminar como viendo a invisible.

Tercer BASTA

La oración a menudo se la conoce como la llave que abre todas las puertas. Analizando esta analogía más en profundidad veremos que esta llave no abre las puertas, sino las cerraduras, y las llaves activan los mecanismos internos de las puertas para

LO QUE DIOS ME DIJO BASTA

permitir su acceso. Pero hay que hacer una salvedad a lo cual debemos decir BASTA. La oración, a considerarse como una llave de acceso, se la utiliza para entrar a los tesoros de los cielos y obtener cosas para nuestro beneficio. A esto debemos decir basta. Basta de recurrir a Dios como un proveedor material, como alguien que se acerca con su camión repartidor a nuestro almacén o como un personaje mitológico que viene una vez al año a dejarnos presentes. La oración no es una llave que nos da acceso a las bendiciones de Dios, sino a DIOS MISMO. La oración establecerá un vínculo de amor con nuestro Señor a través de conocerle día a día cada vez más. Basta de acercarnos al trono con nuestra lista de pretensiones y exigencias, de dar gracias genéricas y peticiones específicas. Basta de buscar los presentes en las manos de Dios y elijamos mejor tomarnos de ellas, sentir su calidez y fuerza, sabiendo que todo saldrá bien. Basta de limitarnos a lo material, incluyendo las posesiones, dinero, y aun la salud y la familia, y busquemos lo trascendental. Al respecto, hay un testimonio de una mujer que al conocer al Señor tenía dos hijos pequeños y recurrió al Señor con una oración muy particular. En medio de una sociedad que se acerca a Dios sólo para exigirle y traerle peticiones muy específicas sobre sus necesidades, ella dijo al Señor: “Padre, si mis dos hijos no te sirven cuando sean adultos y, por el contrario, se apartasen de tus caminos, te pido que te los lleves ahora mientras duermen”. No es fácil orar de esta manera. Sin embargo, Dios la escuchó, viendo cómo prefirió al Señor que a sus propios hijos y les permitió vivir muchos años hasta el momento del presente mensaje. Estos dos pequeños crecieron, se casaron y tuvieron hijos, pero lo mejor de todo es que ambos son pastores que sirven al Señor fielmente.

El desafío

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ BASTA

Sin duda que estamos viviendo los tiempos finales y el Señor está llevando a cabo la última llamada para el regreso a Israel, a la casa del Padre. La llamada final está en acción y no hay tiempo que perder en costumbres, hábitos, decisiones y pecados que nos alejen de nuestro propósito. Este no es tu año, no es tu temporada ni es el tiempo del propósito de tu vida para ti mismo: es el año agradable del Señor (Lucas 4:19), es la temporada de Dios (Mateo 21:34), y no el mi propósito para mi sino su propósito para conmigo (Salmos 138:8).

No somos llamados a permanecer quietos ante los tiempos actuales.

“[...] Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arboles el cielo nublado. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!” (Mateo 16:2-3)

Concluimos con las palabras del apóstol Pablo a la iglesia en Tesalónica respecto a la venida del Señor. No estamos en tinieblas pues somos hijos de la luz.

“Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de

LO QUE DIOS ME DIJO BASTA

nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él. Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis.” (1 Tesalonicenses 5:1-11)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **EL MAL QUE MORA EN MI**

EL MAL QUE MORA EN MI

LO QUE DIOS ME DIJO EL MAL QUE MORA EN MI

“El diablo a todas horas” es una novela negra de Donald Ray Pollock. Desde el gótico norteamericano ambientado entre los años 50 y 60, el autor desentraña las oscuridades viscerales más intrínsecas de la humanidad. Aquellos actos, actitudes, pensamientos y hábitos que se suelen esconder detrás de telones, rumores y tabúes, son expuestos de la manera más cruda posible. No es un libro redactado más precisamente para lectores sensibles pues extrae lo peor de la humanidad para presentarlo en sus páginas: muerte, enfermedad, sacrificios de sangre, golpes, violencia, corrupción, asesinato, engaño, mentiras, y todo un infecto agujero capaz de devorar todo ápice de dignidad y bondad humana.

¿Qué hace tan difícil de leer este libro? ¿Por qué causa tanta impresión en sus lectores? La razón es más simple de lo que podríamos especular: este tipo de literatura abre la puerta que esconde las verdades humanas que más queremos esconder. Como si hubiera otra especie inteligente alienígena contemplando nuestro planeta, procuramos escandalizarnos de las maldades del mundo, hacer la vista a un lado delante de las injusticias, y pretender cada noche ir a dormir creyendo que nuestra conciencia está limpia de todas esas manchas que salpican al planeta a diario.

Este quizá sea uno de los mensajes más difíciles que haya tenido que predicar, el cual es altamente confrontativo, especialmente para quien lo comparte. Por eso, trataré de seguir la línea bíblica más sólida, coherente, teológica y comprensiva que el Espíritu de Dios me enseñe, sabiendo que soy el primer receptor del mensaje.

El origen del mal

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ EL MAL QUE MORA EN MI

Para comenzar, es necesario ir al principio mismo de la humanidad; su génesis en este planeta y esa extraña situación que enlaza el corazón del hombre con el mal durante milenios. Nos referimos al fatídico tercer capítulo del primer libro de la Biblia, Génesis. Nos encontramos al final de la creación de Dios de un mundo idílico que acuna al reciente ser humano en un ambiente utópico. Todo parece ser perfecto y no parece faltarles absolutamente nada para su subsistencia y felicidad. Empero, la astucia de la cual fueron dotadas las creaturas de Dios no tenía comparación con la najash, la serpiente antigua. Ésta atacó directamente el eslabón más fuerte de la cadena familiar y al elemento más importante del universo: la mujer y la Palabra de Dios.

“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la MUJER: ¿Conque dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” (Génesis 3:1)

La mujer

Las sociedades de todos los tiempos han mantenido un denominador común que, por más que la historia haya querido ocultarlo, no deja de ser evidente aún hasta nuestros días: la mujer imprime su propio carácter en la familia. El hogar se forma alrededor de ella en materia de formas de vivir, decoración, formas de proceder en muchos aspectos. El hombre ha sido formado por Dios para ser cabeza del hogar en sentido de sacerdocio, mas no de organización, procedimientos, ideas, proyectos e ideales. La mujer imprime su carácter y personalidad en todas partes. Las únicas ocasiones en donde esto no sucede han sido aquellas ocasiones en que la mujer ha sido -y es- silenciada, censurada, violentada. El hombre es cabeza del hogar, pero el hogar es de la mujer. La serpiente sabía que atacar al

LO QUE DIOS ME DIJO EL MAL QUE MORA EN MI

hombre no sería ni remotamente tan efectivo como atacar a la mujer, pues ella difícilmente desoiría sus propios instintos ante una extraña propuesta como probar un fruto prohibido, pero el varón sería más tendiente a ceder ante la propuesta de la mujer. Y allí atacó la *najash*. Por eso este presente mensaje quizá ponga en estado de alerta aún más a las mujeres, aunque no poco a los hombres. Todos estamos expuestos a la posibilidad de ser engañados y que nuestra alma reciba la mordida venenosa del mal, pero la serpiente sabe que la efectividad de afectar a la mujer es mucho mayor.

La Palabra de Dios

“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿CONQUE DIOS OS HA DICHO: No comáis de todo árbol del huerto?” (Génesis 3)

El segundo elemento que fue atacado por la *najash* fue la misma Palabra de Señor. “Conque Dios os ha dicho...”, es la frase que da pie un momento de incertidumbre por las palabras de Dios. Cuando Dios crea al hombre, Él mismo le da el mandamiento de alejarse del árbol de la ciencia del bien y del mal, pero la mujer recibe esta directiva del hombre. El fenómeno que se da lugar en el huerto del Edén se repite constantemente hoy día, en un contexto donde las personas no recibimos las Palabras directamente de Dios, sino que hay otras personas que retransmiten lo que han recibido del cielo. Los problemas asociados a esta situación son varios. Adquirir el hábito de escuchar constantemente a personas y no leer la Palabra directamente nos hace vulnerables a todo tipo de interpretación. Por otra parte, leer únicamente la Palabra y no recibir la guía de otras personas más experimentada nos puede dar el pie para acariciar la idea del gnosticismo (la idea de ser los únicos

iluminados por Dios). En este caso, la mujer no consultó al hombre ni a Dios respecto a la propuesta de la serpiente. Si tuviéramos que definir el momento en que la humanidad se separó de Dios no fue el morder el fruto, ni al cortarlo de su rama, sino cuando el ser humano tomó su primera decisión sin Dios: allí se hizo dios a sí mismo, atendiendo a la idea de la serpiente, “seréis como Dios”.

Tres elementos

El apóstol Juan va a hacer una observación de este hecho, cuando el mal ingresa al corazón de la humanidad, y lo va a exponer como el *modus operandi* del pecado en todas sus formas.

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.” (1 Juan 2:15-17)

Como hemos visto varias veces, el mundo ha sido la habitación de las diez tribus esparcidas de Israel. El desplazamiento de todas estas personas y sus descendencias por el mundo se asemeja a una red que se extiende y va arrastrando varios elementos del mar (siendo el mar, en la Biblia, sinónimo de “naciones”). De esta manera, Israel en la dispersión ha adquirido diversas costumbres, diferentes hábitos, que le han llevado a ver las leyes de Dios como algo distante e imposible de cumplir. Pero lo peor de todo es que en esa dispersión se ha dado lugar al amor por todo aquello. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo es que el amor que Dios demandaba por sí mismo se ha desplazado hacia los elementos que conforman a un mundo material y desechable, al punto de que “cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible” (Romanos 1:23)? Juan lo explica

LO QUE DIOS ME DIJO EL MAL QUE MORA EN MI

en tres sencillos pasos: el hombre es impulsado por LOS DESEOS DE LA CARNE, LOS DESEOS DE LOS OJOS y LA VANAGLORIA DE LA VIDA.

Las teorías de la psicología y el psicoanálisis tienen su origen en el austríaco Sigmund Freud, hijo de padres judíos. Con el paso de los años, varios teóricos se sumaron a estas teorías y las expandieron. Una de los descubrimientos que han hecho fue el origen del deseo y de las pulsiones. Todos los seres humanos llevamos inexorablemente una tendencia a suplir demandas internas que se imponen sobre nuestra voluntad. Aquello que hemos experimentado en el pasado, incluyendo el período de lactancia, va a ir moldeando nuestro impulso interior para satisfacer deseos que quedan de manera indestructible en nosotros. Este tipo de descubrimientos, como cristianos, no deben sorprendernos, ya que la Biblia habla de ellos desde hace milenios. Tanto la experiencia de Eva como el análisis de Juan dan fe de aquello que la psicología describiría como “deseo”.

Se ha descubierto, pues, que todas las personas pasamos diferentes procesos psicológicos aun desde bebés. En el instante inicial de vida se da la díada madre-hijo, donde se forma un vínculo entre ellos que ubica a la madre en un lugar privilegiado para dar a su hijo todo lo que necesita y generar en el bebé un estado de ilusión. Gradualmente, a medida que pasa el tiempo, la madre se va alejando de su hijo, enfocándose en otros quehaceres de la vida (pareja, hijos mayores, trabajo, etc.) haciendo que el niño ya no sea de atención exclusiva. Cuando esto sucede muy pronto, el desarraigo es demasiado brusco; y si no sucede a tiempo, el niño verá dificultado su crecimiento porque no aprenderá a ir valiéndose por sí mismo. Este es el paso inicial del niño a la realidad que le rodea.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ EL MAL QUE MORA EN MI

¿Qué sucedió en el Génesis? Los seres humanos, en un período de relación estrecha con Dios del cual proceden todas las cosas y la satisfacción de todos los deseos, decidieron cortar abruptamente esa relación. El deseo que era plenamente satisfecho por Dios fue buscado en otro lugar: el fruto prohibido. Juan lo dice claramente y se compara con lo que sintió Eva:

“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer (LOS DESEOS DE LA CARNE), y que era agradable a los ojos (LOS DESEOS DE LOS OJOS), y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría (LA VANAGLORIA DE LA VIDA); y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.” (Genesis 3:6)

El pecado fue engendrado por una búsqueda de la satisfacción del deseo por fuera de Dios. Impulsados internamente, eligieron cortar con su relación divina y encontrar por sí mismos aquello que creían era lo mejor. Este deseo o pulsión interior se ha hecho más que evidente en todas las personas desde entonces hasta esta parte. Uno de los expositores más claros de esto fue el apóstol Pablo.

“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:15-24)

LO QUE DIOS ME DIJO EL MAL QUE MORA EN MI

¡Miserable de mí!, exclama el apóstol. Esta declaración le deja desprovisto de toda apariencia de piedad y le muestra desnudo ante su condición de pecador. Esa actitud se puede ver expuesta y diferenciada de una fachada de justicia en la historia de Lucas 18, donde un fariseo y un publicano se presentan delante del altar. El fariseo hizo justicia de sí mismo y se agradece a sí mismo delante de Dios el ser tan justo y recto en base a sus hábitos y costumbres. El publicano, en cambio, reconocía una condición vergonzosa delante de Dios y de los hombres. Así como Pablo se dice a sí mismo “miserable”, el publicano se llama a sí mismo “pecador”. Ese reconocimiento no será el último que hará delante del trono del Señor, cada vez que venga de su camino habiendo interactuado con un mundo que le tocó y le manchó hasta el alma.

Siempre pecador

Existen diversos grupos sociales que buscan ayudar a quienes han sido presa de diversos vicios, como el alcoholismo o la drogadicción. Una de las reglas que estos grupos tienen, y con justa razón, es la forma de saludar y presentarse. Luego de decir su nombre, cada participante debe declarar su condición abierta y perpetuamente, es decir, quién es y qué es. Por ejemplo, en el grupo de alcohólicos debe decir: “Hola, soy José. Soy alcohólico.” ¿Por cuánto tiempo deben hacer esto? Para siempre. Toda la vida deben presentarse de esta manera ante sus pares. Aunque pasen años e incluso décadas que no vuelven a tocar una botella, ellos deben presentarse como alcohólicos. ¿Por qué? Porque el día que se manifiesten libres del alcoholismo, y piensen que ya no lo son, abrirán la puerta a ciertos “permitidos”, aflojarán en su persistencia, y caerán de nuevo en el vicio. Un alcohólico siempre será un alcohólico. Un drogadicto siempre será drogadicto. Un adúltero, adúltero. ¿Y un pecador? Ciertas

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ EL MAL QUE MORA EN MI

premisas axiomáticas en el ámbito cristiano nos impulsan a hacer declaraciones prematuras que tarde o temprano desembocan en la frustración. A veces decimos: “Antes era un pecador, pero ahora soy salvo. Antes pecador, y ahora santo.” La verdad que esto es cierto y falso al mismo tiempo. Delante de Dios, la Sangre de Jesucristo nos ha limpiado, perdonado, y borra todo pasado, presente y futuro pecaminosos, de manera que podemos declararnos justos delante de Él; no por nuestras propias obras o habilidades, sino por causa del mediador que se interpone, recibe nuestro castigo, y nos viste de su justicia. Sin embargo, delante del espejo, seguimos siendo nosotros, carne vendida al pecado. De cara a Dios, justos; de cara a nosotros mismos, pecadores. Y pecadores para siempre. Aun si dejáramos de pecar (cosa en extremo difícil), seguiríamos siendo pecadores. En el momento que pensemos que ya no somos pecadores, comenzaremos de nuevo nuestro camino de fallas, decepciones, heridas y frustraciones.

Por esta razón Pablo dice: ¡Miserable de mí! ¿Qué dijo el profeta Isaías cuando vio al Señor sentado en su trono? “*¡Ay de mí! Que soy muerto porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.*” (Isaías 6:5). David dice: “*Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.*” (Salmo 22:6). Así, todos los que estuvieron en la Presencia del Señor se consideraron muertos, se tuvieron en poco, sabiendo que estaban ante el Rey de reyes y Señor de señores.

¿Qué sucedió en el huerto del Edén? Volvamos al Génesis y analicemos las reacciones de los tres expuestos al juicio de Dios: Adán, Eva y la najash. ¿Alguno expuso su condición de pecador como algunos ejemplos que hemos visto? Dios confronta al hombre por su falla, y éste responde: “*La mujer que me diste por*

LO QUE DIOS ME DIJO EL MAL QUE MORA EN MI

compañera me dio del árbol, y yo comí.” (Génesis 3:12). La culpa es dirigida por Adán hacia dos direcciones: Dios y la mujer. La mujer, por cuanto le dio de comer; Dios, por cuanto le dio a la mujer. ¿Y respecto a la mujer? Ella responde a la interpelación: *“La serpiente me engañó, y comí.”* (Génesis 3:13). Esta vez la culpa es hacia el enemigo. Por último, queda la serpiente. La relación entre ésta y Dios precede por mucho al evento que estamos analizando. El diablo y Dios se conocen desde hace demasiado tiempo como para que Dios le pregunte algo y como para que el diablo emita respuesta. Dios lo sabe todo, el diablo sabe esto y sabe también que nada se le puede responder a un juicio divino más que aceptarlo tal como es. Lo que Adán y Eva debieron responder fue: ¡Miserables de nosotros! ¡Se propicio a nosotros, pecadores! ¡Somos inmundos! Sin embargo, este fenómeno ocurre más a menudo de lo que quisiéramos aceptar. Nuestros errores nos acorralan y respondemos como animales salvajes y asustados en un rincón. Evadimos nuestras fallas, las escondemos, las disfrazamos o las desplazamos. Hacemos culpable a Dios por habernos hecho así o por permitir ciertos eventos. Culpamos a nuestro próximo por hacernos tropezar, por hacernos caer. Culpamos al diablo que siempre está tramando nuestro mal y está planificando cómo vencernos. Pero casi nunca aceptamos que somos nosotros lo culpables, somos nosotros los protagonistas de nuestra historia. Nosotros decidimos qué relación tener con Dios, qué influencia tienen sobre nosotros las personas que nos rodean, hasta donde pueden afectarnos las acciones del diablo. El hecho del génesis nos deja en una posición sin salida donde nosotros somos culpables de lo que hacemos, el próximo es culpable de sus hechos, el diablo es culpable ante Dios, y Dios sólo es culpable de amarnos y buscarnos celosamente para que regresemos a Él. Su vos nos aterroriza, como cuando llama a Adán en el huerto y éste se

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ EL MAL QUE MORA EN MI

esconde. Eso hace el pecado: huir de Dios y correr hacia nuestras justificaciones.

Luego del final de la Segunda Guerra Mundial, el ojo del juicio cayó sobre Adolf Hitler, quien lideró el imperio germano que arrasó con varias naciones de Europa y África del Norte. Fue culpable del genocidio de 17 millones de personas. Durante los juicios de Nuremberg, los líderes del partido nazi que participaron en los crímenes de lesa humanidad fueron acusados por todos los cargos contra la paz, la guerra y contra la humanidad. Su defensa fue alegar que sólo cumplían órdenes y que no eran responsables de sus actos. El desarrollo del existencialismo, que ubica al ser humano como determinante de sus propias acciones, no permitió tal defensa, y se les acusó como culpables pues actuaron en contra de su propia consciencia.

No todo está perdido

¿Está todo perdido? ¿Somos pecadores culpables sin salida ni remedio? En absoluto. Luego del pensamiento de Pablo acerca del mal que mora en el interior, justo después de declararse un miserable sin remedio, añade:

“Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.”
(Romanos 7:25)

Jesucristo siempre es la respuesta. En la composición musical de la historia de la humanidad con base en todos menores y disonancias, Cristo es el allegro que incorpora los acordes mayores y el cambio de compás. Jesús da un curso nuevo a todo el pasado, presente y futuro, y reescribe con la tinta de su Sangre un nuevo destino para nosotros, los miserables. Su Presencia en la historia enmarca un nuevo estado para todos nosotros. Pablo

LO QUE DIOS ME DIJO EL MAL QUE MORA EN MI

sabía esto a la perfección. Él estaba seguro que su mente siempre iba a buscar la Ley de Dios y agradecerle, aunque su cuerpo siempre sería pecador. Hablando de Cristo, dice:

“Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro.” (Colosenses 1:21-23)

En Jesús encontramos la reconciliación con el Padre mediante la cruz. Somos aceptados aun siendo pecadores y malvados cuando le preferimos a Él. No vino a buscar a los sanos y perfectos (Mateo 9:12), sino a los pecadores (Romanos 5:8). El apóstol nos da una solución a los deseos e impulsos carnales de nuestro cuerpo:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.” (Romanos 12:1)

Jesús promete cargar con nuestras culpas y dolores en la cruz del calvario para reconciliarnos con los Cielos.

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” (1 Juan 2:1)

Todos somos pecadores, y siempre lo seremos en tanto vivamos en estos cuerpos mortales. Viviremos frustrados, enojados y perdidos en tanto no aceptemos nuestra condición y vivamos a la defensiva. Pero si tomamos la actitud de Pablo, de Juan en Apocalipsis, de Isaías ante el Señor, del publicano en el templo,

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **EL MAL QUE MORA EN MI**

y tantos más que reconocieron su pecaminosidad, Él se inclinará en misericordia y sanará toda herida y dolencia.

HACIENDO LAS PACES

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ HACIENDO LAS PACES

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” (Isaías 1:18)

El profeta da inicio a sus escritos en una dispensación de Dios de cara a la condición de su pueblo. No tendría una extensión de 66 capítulos Isaías, ni 66 capítulos la Biblia, si Dios simplemente procediera al justo juicio de la humanidad toda, que concluiría en su aniquilación por su maldad, traición, incumplimiento de pactos y rebeldía, sumado a inmoralidad, depravación, crimen, atentado, discriminación, destrucción del ambiente y las sociedades, corrupción ética, idolatría, y un largo etcétera. Tal es el prontuario de los seres humanos que el destino eterno de condenación es inevitable. Al menos en términos humanos. Pero si la justicia no es humana, tampoco la escapatoria a esta sanción. La intervención de Dios en la historia ha tenido dos propósitos finales: glorificarse a sí mismo y redimir a la humanidad.

De esta manera, la Biblia es la expresión del trato de Dios con una humanidad rebelde que insistió en su condición hasta la muerte del Hijo de Dios en la cruz para redimirle de la única manera posible, ante la imposibilidad de sus propios medios. El primer capítulo de Isaías manifiesta en tres secciones el proceder de Dios: la observación, la intención y la acción. La observación es la etapa donde el ser humano queda descubierto y desnuda su condición ante un Dios santo que no tendrá por inocente al culpable (Números 14:18). Analiza en profundidad hasta lo más sucio y macabro de la humanidad, trayendo a memoria sus iniquidades y presentando sin cabida a refutación su vergonzosa condición. En la intención, el plan de redención de Dios es evidente partiendo del principio de “estar a cuenta” con Él. La multitud de pecados que se agolpa en la conciencia y en el destino del hombre encuentra su purga en un pacto salvífico donde Dios

LO QUE DIOS ME DIJO HACIENDO LAS PACES

introduce su gracia como un bálsamo de sanidad y perdón. En la acción hay un propósito, pues se manifiesta la decisión final de Dios como el juicio determinante del destino eterno, pero con el perdón ejercido por la misericordia mediante, este destino puede ser de gloria con el propósito de salvar al ser humano. Así, vemos cómo el capítulo 1 de Isaías hace una transición tan fuerte de *“¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados!”* del versículo 4, a *“Restauraré tus jueces como al principio, y tus consejeros como eran antes; entonces te llamarán Ciudad de justicia, Ciudad fiel”* del versículo 26.

Ciudad de paz

El autor del salmo 137 escribió: *“Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sion. Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños? Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría.”* (vv. 5-6)

Jerusalén fue centro de la adoración y devoción de Israel en todas sus generaciones. Desde su asentamiento allí por el rey David y la construcción del primer Templo por su hijo, el rey Salomón, los israelitas han mirado a Jerusalén como el sitio de perdón, gracia y misericordia de Dios. Podían perder fortalezas, ciudades, aldeas y ejidos, pero no estaban dispuestos a dejar ir a su amada Jerusalén. El nombre de esta ciudad es una construcción de términos hebreos: IR (ciudad), U (nuestra), SHALOM (paz), IM (plural); por lo que IRUSHALAIM viene a significar “nuestra ciudad de las paces”. Las palabras de Dios al decir “venid, y

estemos a cuenta” se hacen patentes en este sitio. Las primeras tradiciones de la Biblia hebrea alegan que Adán vivió donde fue años más tarde Jerusalén, que Abel ofreció su sacrificio allí, y que Sem, el hijo de Noé, acabó reinando en el mismo territorio. Además, se dice que Abraham fue probado a sacrificar a su hijo en el monte Moriá, en el mismo lugar del altar del Templo de Jerusalén. La literatura rabínica tiene miles de referencias a Jerusalén, alrededor de la cual gira todo el conjunto de leyes redactado a lo largo de los siglos, especialmente la Menorah. Los cristianos no somos ajenos a esta apreciación, pues Jerusalén es considerada por nosotros como el inicio de la nación de Israel que se magnifica y diversifica entre los gentiles y a toda la humanidad, y que se proyecta proféticamente en la ilustración de la “nueva Jerusalén” o “Jerusalén celestial”. En el Nuevo Testamento, Jesús viaja allí de niño, allí limpia el Templo de ladrones, también predicó y sanó a muchos, el incluso el Pentecostés se desarrolla aquí. En la zona de Jerusalén Jesús es arrestado, enjuiciado, crucificado, colocado en la tumba, resucitó, ascendió, y aquí promete volver. La primera iglesia se funda aquí, en Jerusalén, con Jacobo, el hermano de Jesús, como el pastor principal.

De esta manera, la literalidad de Jerusalén se amplía hacia un concepto espiritual donde Dios edifica un sitio de acercamiento a Él. *“Jehová edifica a Jerusalén; a los desterrados de Israel recogerá. El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.”* (Salmo 147:2-3). La iniciativa de Dios por hacer un sitio de restauración para sus creaturas es clara. Dios desea acercarse a nosotros en plan de redención, de perdón, de derramar su gracia abundante. Pero siempre respetando ese orden de pasos; un proceso de observación, intención y acción.

Paces con el pasado

LO QUE DIOS ME DIJO HACIENDO LAS PACES

En la etapa de la observación hay una gran dificultad para avanzar, pues el orgullo, la reputación y el honor quedan profundamente heridos al exponer las debilidades y pecados que nos han definido por tantos años.

En psicología hay una expresión que se utiliza de manera fundamental, en prácticamente todas sus ramas: desde el tratamiento clínico hasta la docencia. Esta expresión es la construcción del sujeto. Se parte de la idea de que todas las personas somos diferentes y que hay una razón para ello. Más allá de las diferencias genéticas con las cuales son concebidos y que inexorablemente influyen toda nuestra vida, hay muchos factores que afectan nuestra formación intelectual desde que nacemos hasta el presente. Todo lo que sucede y lo que no, las personas con las que interactuamos, las ideologías que nos rodean, la demografía que nos incluye y la idiosincrasia que nos configura terminan determinando la persona que llegamos a ser hoy.

Mirando hacia atrás podemos tomarnos un tiempo para meditar cómo llegamos a este sitio. Y muchos de esos recuerdos serán gratos y otros no tanto. Veremos que cargamos éxito en nuestras mochilas, pero también fracasos, errores, tristezas y hasta tragedias, que en conjunto marcaron nuestro corazón y acaban también por definirnos. La Biblia, como siempre, se adelantó a todo descubrimiento humano, exponiendo nuestro hoy como el resultado de nuestro ayer. Hebreos 10:32 anima a traer a memoria los días pasados. Todo el libro de Deuteronomio es un gran recordatorio para Israel de los tiempos de antaño que les han definido como el pueblo de Dios de entonces. Dios quiere trabajar individualmente con el alma de cada uno para colocar de su Espíritu allí y conducirlo a su propósito: *“Él sana a los que tienen roto el corazón, y les venda las heridas.”* (Salmo 147:3)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ HACIENDO LAS PACES

Esto demanda un tiempo de exploración y conversación con nuestro pasado, tanto por las ocasiones de dolor infringidas hacia nosotros como las que hemos hecho a otras personas. Nuestra crianza es un factor crucial de consideración, pensando en el lugar donde crecimos, la familia, las influencias y los saberes adquiridos. Desde nuestra infancia y juventud hemos asimilado una forma de vivir y de interactuar con el mundo. Absorbemos las personalidades de nuestros padres, con una poderosísima influencia de los géneros cruzados (madre sobre hijos y padres sobre hijas). El hogar que tuvimos de pequeños ha configurado nuestra mente, y por esto Jesús dice *“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis”* (Mateo 19:14). Un niño expuesto a la Palabra de Dios no sólo adquiere conocimiento, sino que su mente se va ajustando a los parámetros bíblicos. Cuando hablamos y actuamos no hacemos más que reflejar aquello que está construido dentro de nosotros: *“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca.”* (Lucas 6:45). Por esto, no debemos dejar de expresar aquello que permanece escondido en nuestro interior y manifestarlo a nuestro mismo Creador. Él promete recibir nuestra confesión para tomarnos en sus manos como el Buen Alfarero y trabajar en nuestras vidas. *“Te he manifestado mis caminos, y me has respondido; enséñame tus estatutos. Hazme entender el camino de tus mandamientos, para que medite en tus maravillas.”* (Salmo 119:26-27)

Paces con el presente

Como el pasado determina nuestro presente, hoy día podemos llegar a ver resultados que no nos agraden mucho. En la etapa de la intención, Dios manifiesta un proceso de pacto y promesas que otorga una potencial salida para el pecador. El orgullo muchas veces no nos deja ver al punto en que hemos llegado;

LO QUE DIOS ME DIJO HACIENDO LAS PACES

incluso considerando algunas características nefastas de nuestra personalidad como objeto de reconocimiento y reputación. El orgullo termina siendo como el mal aliento: todo el mundo lo nota, menos nosotros.

Así, el primer capítulo de Isaías hace la invitación para el tiempo presente: venid y estemos a cuenta. ¿Quiénes nos rodean? ¿A dónde hemos llegado? ¿Cómo es nuestro presente? Si bien hemos aceptado a Cristo en el pasado, el presente no se soluciona de un día para otro. A veces nos sujetamos al texto: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”* (2 Corintios 5:17). Pero este texto apunta a la renovación del entendimiento de Cristo, no según la carne sino según el espíritu. Así, nuestro presente también debe ser reconciliado con Dios y con las personas. Buscar perdón y la restauración en ambas direcciones. La restauración del presente no se va a dar si no aceptamos nuestro entorno tal cual es; no para conformarnos, sino para entenderlo y tomar acciones decisivas.

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.” (Ezequiel 36:26). Dios va a hacer un proceso de conversión completo en nuestras vidas, Jesucristo mediante, para cambiar nuestro corazón. Pero en ese cambio de corazón se genera una sensibilidad para comprender el daño que hicimos y nos hicieron, y el presente que nos rodea e identifica hoy.

Paces con el futuro

En la etapa de la acción hay que conceptualizar el futuro desde una perspectiva bíblica, especialmente por la distorsión del término que se ha dado y cómo se ha esparcido de esa manera en muchas congregaciones. Desde que el evangelio ha tenido una

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ HACIENDO LAS PACES

concentración antropocéntrica, actuando de cara a los beneficios individuales de los creyentes como su propósito final, muchas personas se han mantenido corriendo detrás de castillos en el aire traídos a sus realidades como zanahorias sujetas a un palo y el mismo atado a la espalda de un conejo. Muchos profetas y apóstoles extraen lo material de los creyentes prometiéndoles lo material. Tal paradoja parece desapercibida por muchos de manera que alimentan la fama y reconocimiento de estos falsos maestros y profetas, dejando de soslayo las verdades de Dios que miran hacia el futuro de una forma diferente.

Para hacer las paces con el futuro es necesario entender mejor qué es lo que viene; nadie puede hacer las paces con un desconocido. *“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.”* (Jeremías 29:11) La intención de Dios cubre aspectos mayores que la inmediatez material, no siendo excluyente. La condición de los cautivos en Babilonia era mucho más que una necesidad básica; se extendía hacia una necesidad total. En los versículos siguientes se manifiesta tal intención: *“Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros, dice Jehová, y haré volver vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé, dice Jehová; y os haré volver al lugar de donde os hice llevar.”* (Jeremías 29:12-14)

Nuestro futuro en Dios habla del pan del día de mañana, pero también del legado que dejamos, de la familia que construimos, de los tesoros celestiales que almacenamos, de lo que nos encontraremos al finalizar nuestras vidas.

LO QUE DIOS ME DIJO **LA POSTA**

LA POSTA

El deporte, tal como lo conocemos, tiene su origen atribuido a la Antigua Grecia, por causa de que es allí donde se crean los Juegos Olímpicos en el año 777 a.C., en la ciudad de Olimpia, y se celebran cada cuatro años desde entonces. Ya los chinos, egipcios y persas tenían varias prácticas deportivas, sin olvidar a las culturas mesoamericanas, como los mayas. La destreza física y el desempeño superior estuvieron ligados a la humanidad por motivos de caza, recolección, milicia, cortejo y entretenimiento.

Al leer la Biblia, vamos a notar que sus escritores redactan desde su entorno sociocultural, lo que imprime en sus palabras relaciones directas a elementos circundantes de la sociedad en la que se encontraban. Además de otros escritores, lo podemos notar en el apóstol Pablo, describiendo la armadura del creyente en Efesios 6 con relaciones inequívocas a la vestimenta militar romana; vestimenta que observa en el guardia que vela por el en prisión. Los deportes griegos no son la excepción: Pablo llegó a decir que el ejercicio físico aprovecha poco (1 Timoteo 4:8) en relación a la costumbre de los deportistas griegos que desempeñaban destrezas físicas en pos de agradar a los dioses locales. Es en este tipo de contexto que podemos encontrar una referencia deportiva que nos puede dejar una gran enseñanza, incluso, de carácter trascendental.

En 1912 surge en los juegos olímpicos de Estocolmo una nueva disciplina deportiva llamada Carrera de relevos o Carrera de postas. Se trata de carreras de a pie donde los participantes corren en equipos de cuatro o más. El primer participante de cada equipo sale de la línea de largada con un tubo en la mano llamado *testigo*. Luego de recorrer 100 metros a la mayor velocidad posible, entrega este tubo a un compañero que le está esperando justo a esa distancia. Esto ocurre con cada uno de los cuatro participantes de cada equipo. Estas carreras son tan intensas que

LO QUE DIOS ME DIJO LA POSTA

todo el movimiento de testigos entre participantes suele acabar por completo alrededor de los 40 segundos.

Pensando en esto, toda persona que llega al camino del Señor debe entender que se está integrando en un sistema muy similar. Nadie corre en soledad los senderos de Dios, sino que encuentra entre sus hermanos y hermanas compañeros de lucha y avance. El autor del libro de Hebreos dijo:

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1)

¿Por qué con paciencia? Porque difícilmente tendremos sólo 40 segundos para acabar nuestra carrera en este mundo. Salvo casos muy contados, cuando el Señor nos llama a su redil estamos de cara a un camino largo por delante.

Ahora bien, un detalle muy curioso de este versículo es el conector consecutivo que da inicio: Por tanto. Estas dos simples palabras sirven de vínculo con el capítulo anterior; el conocido capítulo de Hebreos 11, el cual es una disertación muy completa acerca de la fe.

¿Qué es lo que demanda Dios de nosotros? Cuando leemos Hebreos 11 acerca de la fe y de sus héroes, ¿cuál es la enseñanza subyacente a todas esas historias y testimonios, y su vinculación con este término tan fundamental para nosotros? ¿Cuál es la carrera que el autor de esta epístola ve en el andar cristiano y la relaciona con el camino de la fe? Para comenzar a entender esto, es conveniente analizar algunos pases de testigo que se dieron en la Biblia.

Deuteronomio 31 muestra uno de los pases de posta más representativos, en el tiempo en que el pueblo se acerca a la tierra

prometida por el Señor, la cual heredarían en posesión. Los días de Moisés, ya muy anciano, se están acabando, sumado a la prohibición de Dios de permitirle entrar sino sólo verla de lejos. Moisés le dice al pueblo de Israel: *“Josué será el que pasará delante de ti”*. Las palabras de ánimo de Moisés a Israel y a Josué dan testimonio de alguien que conocía a Dios en profundidad, sabiendo que Él no los dejaría huérfanos y a la deriva, sino que cumpliría fielmente su promesa de introducirlos con éxito a la nueva tierra.

Hay un evidente proceso en este cambio de mando. Lo primero es el reconocimiento de Moisés de su condición actual que le inhabilitaba para continuar. Siendo un líder tan prominente, es de sumo reconocimiento su humilde actitud de reconocer que su tiempo había llegado al final.

“Fue Moisés y habló estas palabras a todo Israel, y les dijo: Este día soy de edad de ciento veinte años; no puedo más salir ni entrar; además de esto Jehová me ha dicho: No pasarás este Jordán.” (Deuteronomio 31:1-2)

Esa hora nos llegará a todos. El verdadero desafío consiste en lo que hemos logrado, lo que hemos alcanzado como cristianos, y qué testimonio poseemos en nuestras manos que dejaremos a la siguiente generación o a quien siga nuestros pasos. El gran problema es que no hay retorno ni segunda oportunidad para rehacer la vida y la fidelidad al Señor; lo hecho, hecho está. Así como Moisés, un día llegará el tiempo de dejar a quienes siguen lo que haya en nuestras manos.

Ahora bien, Dios no se desentiende de este procedimiento. Por el contrario, demuestra su amor incondicional hacia su pueblo cuidándoles en todo tiempo, sabiendo que vendría un tiempo muy complicado para ellos. Las palabras de Moisés al respecto dicen:

LO QUE DIOS ME DIJO LA POSTA

“Jehová tu Dios, él pasa delante de ti; él destruirá a estas naciones delante de ti, y las heredarás; Josué será el que pasará delante de ti, como Jehová ha dicho. Y hará Jehová con ellos como hizo con Sehón y con Og, reyes de los amorreos, y con su tierra, a quienes destruyó. Y los entregará Jehová delante de vosotros, y haréis con ellos conforme a todo lo que os he mandado.”
(Deuteronomio 31:3-5)

El Nombre de Dios iba a ir por delante de ellos, y esa fue la mayor seguridad con la que contaban para alcanzar el propósito final. “Jehová tu Dios” es una expresión de pertenencia, de propiedad, de una dependencia exclusiva hacia un Dios que se manifestó de múltiples y gloriosas maneras a lo largo de todo el camino desde Egipto hasta este lugar, de cara a la tierra prometida. La expresión “él pasa delante de ti” va a ser adquirida por Josué, cuyo nombre significa “Dios salva” o “Dios es salvación” (*Yehoshúa*); el mismo nombre de Jesucristo. Así, la continuidad del trabajo de Dios quedaría en manos del salvador del pueblo, Josué, como un clarísimo tipo de Jesús para nuestros días. La promesa es que la obra no se detendrá, sino que muchas victorias vendrán, tal como han sucedido en el pasado. Este detalle es sumamente importante, pues Moisés no está entregando a Josué un pueblo inexperto, sin capacidades, sin habilidades, sino que se ha encargado de llenar todos los espacios de su historia con la Ley de Dios y con experiencias que le acerquen más a Él. Moisés le entrega a Josué el fruto de sus manos, el resultado de una intensa labor.

“Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.” (Mateo 25:29-30)

La enseñanza aquí es contundente: aquello que poseemos como baluarte de nuestras vidas (la familia, la obra, el ministerio, el

testimonio y toda la historia que nos precede) son provisiones de Dios para nuestro camino; provisiones en las cuales deberemos invertir tiempo, esfuerzo, constancia y sacrificio. Todo esto resultará en una prueba final donde Dios mismo demandará de nuestras manos aquello por lo que hemos trabajado, y todo será debidamente probado para ver si aprovechamos la vida que se nos dio como regalo y oportunidad, y qué es lo que estamos dejando a la siguiente generación.

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.” (1 Corintios 3:11-15)

Todo está listo para el relevo de Moisés. Todo el pueblo contempla el evento organizado por el Señor mismo, anunciando la retirada de su antiguo líder y pasando el mando al nuevo dirigente. Moisés anima al pueblo a esforzarse y no temer, anticipando que el camino no será fácil. Cuando se da el paso del testigo, como en la carrera de relevos, aun no acabó la competencia: simplemente continúa en manos de otro. Ahora, las palabras serán para Josué.

“Y llamó Moisés a Josué, y le dijo en presencia de todo Israel: Esfuérzate y anímate; porque tú entrarás con este pueblo a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar. Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides.” (Deuteronomio 31:7-8)

LO QUE DIOS ME DIJO LA POSTA

En los últimos momentos de Moisés, Dios no se reservó la mala noticia que habría de acontecer más adelante ya en la tierra prometida: el pueblo se corromperá, caerá en idolatría, se olvidará de su Dios y andarán como errantes en aquel lugar. ¿Por qué Dios le diría esto a Moisés? ¿Por qué no dejarlo morir en paz creyendo que todo iba a estar bien? Por una parte, no debió ser una noticia extraña para Moisés, puesto que él ya conocía a la perfección la rebeldía sujeta a los corazones de ellos. Pero además de esto, Dios le encomienda una última tarea: escribir y enseñar una canción. El propósito de esta canción es muy curioso.

“Ahora pues, escribíos este cántico, y enséñalo a los hijos de Israel; ponlo en boca de ellos, para que este cántico me sea por testigo contra los hijos de Israel.” (Deuteronomio 31:19)

Así como el testigo que se pasa de una mano a la otra en la competencia como evidencia del relevo, la canción de Moisés serviría como elemento testimonial de todo lo que el pueblo aprendió, de las leyes de Dios que recibieron, de la historia que les precede aun desde Abraham, de la fidelidad de Dios en todo tiempo. Cada elemento de la historia del pueblo de Israel, contenido en una canción, pasaría a sus manos como fiel testigo de la providente mano de Dios sobre ellos y de un líder manso y tenaz que luchó por ellos en el desierto, aun a costa de sacrificar su propia entrada a la tierra que fluye leche y miel.

El segundo relevo del que participará Israel es el final de la carrera de Josué. Pero esta historia es radicalmente diferente a la de Moisés. En el capítulo 24 del libro de Josué, el último, él mismo hace un recuento de todo lo sucedido desde Abraham hasta el presente de aquel momento. Pero hay un detalle no menor: no hay continuidad de liderazgo, nadie que tome el testigo para

seguir corriendo y liderando al pueblo. Tal vez fue un descuido de Josué o una falta de personas que tomen esa responsabilidad. ¿Quién iba a seguir corriendo luego de Josué? Él mismo dice:

“Y Josué respondió al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos.” (Josué 24:22)

El pueblo mismo quedaría como testigo y líder de sí mismo. ¿Podemos imaginarnos cómo podría resultar eso? ¿Alguna vez ha salido bien que un pueblo se controle a sí mismo sin ningún tipo de liderazgo? Podríamos arriesgarnos a pensar que las personas pueden gobernarse a sí mismas, pero la historia da cuenta que no hay registros de ello.

En el siglo 18 se dio la Revolución Francesa, una serie de conflictos violentos que acabó con el Antiguo Régimen basado en el gobierno monárquico. La rigidez del régimen monárquico incapaz de adaptarse al mundo cambiante, la aristocracia aferrada a principios feudales, el auge de la clase burguesa, la exasperación de las clases urbanas y del campesinado empobrecidos por la subida de precios y el continuo aumento de impuestos, la regresión económica y la quiebra financiera provocada por la mala administración fiscal, la desigualdad de impuestos, los gastos de la Corte, los costes de guerra y problemas de hacienda, conformaron una olla de presión a punto de estallar al menor conflicto. Así, se formó la Asamblea Nacional Constituyente que no representaría a las clases pudientes, sino al pueblo mismo. La monarquía, como era de esperarse, cerró las puertas a esta auto convocación, sólo logrando que se reúnan en otra parte. Las malas decisiones de la realeza condujeron a fuertes movilizaciones en las calles. La revuelta se tornó cada vez más violenta hasta que finalizó en la toma de la Bastilla, una fortaleza

LO QUE DIOS ME DIJO LA POSTA

que protegía parte de París. Luego del derrocamiento de Luis XVI la gente no se contuvo. Siglos de impotencia y miseria alimentaron una furia intensa que se desató como una tormenta. La Asamblea, que movilizó todo esto en un principio, no pudo contener tal expresión de ira. La Guardia Civil lanzó disparos al aire para detener las manifestaciones violentas, pero tal fue el fragor de la revuelta que recibieron órdenes de disparar a los manifestantes. La masacre recién comenzaba. Tanto el rey Luis XVI como su esposa, la reina María Antonieta, fueron ejecutados. La guillotina, inventada justo allí por el cirujano francés Joseph Guillotin, fue usada por el grupo de los jacobinos para cortar las cabezas de más de 10.000 personas acusados de contrarrevolucionarios, dando origen al reino del Terror, durante cuyo final se dio la muerte con la misma herramienta a entre 35.000 a 40.000 personas, incluyendo al mismo Guillotin. Todo esto en nombre de la razón y la ilustración. El pintor español Francisco José de Goya llegó a decir que “el sueño de la razón produce monstruos”. Sólo el establecimiento de nuevos órdenes de gobierno acabó con tanta violencia y estableció un orden general.

Historias reales como esta se dieron muchas veces como testimonio de la incapacidad de los seres humanos de gobernarse a sí mismos. Este problema ya surgió en Edén.

“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” (Génesis 3:4-5)

La tentación fue garantizar al ser humano su capacidad de auto gobernarse. Sin duda que la historia misma condenó este resultado exponiendo la maldad y la corrupción de la humanidad.

No tenemos más opción que recurrir permanentemente a una fuente de autoridad. Y no hay mayor autoridad que la del Señor. Esta es una de las mayores enseñanzas que nos dejó el rey David. En el procedimiento del traspaso de mando de David a su hijo Salomón como el heredero y constructor del Templo, las palabras del rey son notorias.

“Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscases, lo hallarás; mas si lo dejas, él te desechará para siempre.” (1 Crónicas 28:9)

¿Qué pasaría si Dios te dijera que a partir de tu persona surgirán grandes obras del Señor? Te sentirías genial, sin dudas. ¿Y si sólo tus descendientes participaran de esas obras? Seguramente no sería lo mismo. David tuvo un fuerte deseo de construir una casa para el Señor. Si bien Dios jamás había solicitado tal cosa de su pueblo, encontró en David un corazón deseoso de agradarle. En el momento que Dios reconoció y aceptó su deseo, pero le dijo que su hijo sería quien hiciera la obra, David no renegó ni se molestó de esto. Por el contrario, se puso en campaña de ocupar los años que le quedaban de vida para preparar todo para la construcción del Templo que haría su hijo. Recaudó madera, plata, oro y piedras preciosas de los botines de guerra, de ofrendas voluntarias del pueblo y de su propio tesoro personal. David sabía que no estaba desperdiciando sus años de vida y todo aquello serviría para que su hijo siga en el camino del Dios.

¿Estamos haciendo lo mismo? ¿Invertimos tiempo, esfuerzo y sacrificio por dejar el mejor testimonio a quienes nos sigan? ¿Sólo estamos cuidando aquello que Dios nos dio, o estamos trabajando lo suficiente para devolverlo multiplicado? Aquellos que sigan nuestras pisadas, ¿orarán más? ¿trabajarán más?

LO QUE DIOS ME DIJO **LA POSTA**

¿amarán más al Señor? Un día pasaremos el testigo en esta carrera de relevos y todo por lo que hayamos trabajado será la herencia que dejemos y el testimonio delante del trono de Dios por el cual seremos juzgados.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS**

LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

LO QUE DIOS ME DIJO LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

“Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.” (2 Corintios 7:10)

Pablo fue utilizado por Dios de una manera muy poderosa, siendo él un gran bastión de la Palabra de Dios. Su trabajo misionero es sobremanera notable, trabajando con los discípulos en las diferentes congregaciones nacientes. Es muy curioso el trato de Pablo con cada iglesia desde las cuales se manifestaron diferentes actitudes, pensamientos, reacciones y tratos con la sociedad y los principios de Cristo. Tesalónica fue creciendo rápidamente, fieles a la Palabra del Señor. Galacia se encontró lidiando con los judaizantes, a quienes Pablo atacó, defendiendo a la congregación. Así, cada congregación fue muy particular y, de alguna manera, todas ellas representan las diferentes facetas de la iglesia actual. Unas centradas, otras un poco torcidas, algunas liberales y otras legalistas, y muchas variedades más.

Sin duda, una de las iglesias que más conflictos le presentó al apóstol fue la iglesia de Corinto, a la cual redactó dos cartas; dos cartas que expresan una gama de sentimientos tan profundos y opuestos que una lectura rápida de esta sección lo pasará por alto. En esta misma carta, como en varias otras, las noticias que recibía Pablo de una congregación que seguía firme sirviendo al Señor le era motivo de consolación.

“Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros.” (2 Corintios 7:16)

Pero este último versículo de este capítulo de Pablo a los colosenses le costó muchas lágrimas, momentos de angustia, clamor, oración y hasta enojo. Nada en este mundo tenía más importancia para Pablo que la iglesia crezca y conozca al Señor en profundidad.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros.” (Filipenses 1:21-24)

Entendiendo a Corinto

La iglesia fundada en la región de Corinto estaba pastoreada principalmente por Pablo, pero también por Timoteo y Sóstenes. Esta ciudad griega del Peloponeso era por demás importante, dotada de una historicidad notoria. Estaba ubicada en una zona de cruce de caminos terrestres y marítimos, haciéndola protagonista de intercambios comerciales. El estilo de arquitectura corinto se le debe a esta región. Se enfrentó bélicamente con Atenas en la Guerra del Peloponeso y más adelante en la Guerra de Corinto contra los espartanos. Fue destruida por los romanos, y luego reconstruida por los mismos con sus sistemas arquitectónicos y culturales. Tenía su propio ágora (mercado), dos golfos con muchísima producción marítima y un crisol de pueblos muy extenso. Sin duda, una ciudad con mucha riqueza, pero también muy famosa por su inmoralidad. La expresión “joven corintia” significaba “prostituta”, “corintiziar” significaba vivir una vida inmoral, y “corinto” se llegó a utilizar para designar a un borracho.

Todo este trasfondo nos da las pautas necesarias para entender que la iglesia incipiente estaba lidiando con circunstancias que ponían en jaque la santidad de los corintios. Vivían en una gran ciudad, bulliciosa, famosa, mercantil, idólatra (Apolo, Afrodita) y profundamente inmoral. La primera carta de Pablo a los corintios es una epístola dura, con una crítica directa hacia conductas indeseables de los creyentes, y la invasión de malas costumbres a

LO QUE DIOS ME DIJO LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

los hábitos de la iglesia. El apóstol no se reserva ninguna exhortación hacia lo que había recibido de ellos como noticia, amonestando acerca de importantes divisiones en la congregación, distintos pecados muy groseros como causa de orgullo, pleitos, problemas sexuales, problemas de casados, divorciados y solteros, alimentación de lo idólatrico, vestimenta indecorosa, la participación de la Cena del Señor de manera injusta, el mal uso de los dones y falsas enseñanzas. A los corintios prácticamente no les quedó nada inmoral por hacer. Y Pablo fue muy duro al respecto.

La vida cristiana

¿Cuál era el problema de la iglesia de Corinto? Esto continúa en acción hasta el presente. La forma de recibir el Evangelio muchas veces puede confundirnos si no comprendemos realmente qué sucede con nosotros. ¿Qué es la vida cristiana? Para entender esto es necesario primeramente entender la salvación.

El proceso de salvación es la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas a través del regalo del arrepentimiento. Cuando oímos acerca del amor de Dios derramado sobre la humanidad a través de la Cruz del Calvario, Dios opera en nosotros trayendo convicción de pecado, de justicia y de juicio. Sabemos que somos pecadores, que hemos fallado profundamente a Dios con nuestros actos y pensamientos. Nuestra historia nos condena delante de la santidad de Dios y no queda más opción que rendirnos a sus pies y recibir el maravilloso regalo de su perdón al ver nuestra condenación clavada en la Cruz para siempre. Así, Dios nos regala la vida eterna, la cual mora en nosotros para siempre (conversión de Mateo). Pero esto no es el fin de todo sino, por el contrario, el comienzo. Si todo acabara aquí, Dios nos quitaría del mundo y nos llevaría a su morada celestial por la

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

eternidad, donde viviremos una plenitud de gozo interminable. Sin embargo, al recibir a Cristo comienza la vida cristiana. ¿Qué es la vida cristiana entonces? Es el tiempo que nos resta en la Tierra luego de recibir a Cristo antes de partir. En esta vida va a darse lugar un proceso, un aprendizaje, un largo camino por andar.

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1)

Vivir una vida cristiana no es sobrevivir el día a día. No es simplemente preocuparse por los afanes de este mundo que, siendo muchos de ellos necesarios para la vida material, no conforman el significado real del creyente.

“Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.” (Mateo 6:25-34)

LO QUE DIOS ME DIJO LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

¿Cuál es el propósito de vivir en este planeta aún? Ahora, la vida cristiana, como dijimos, es un camino de aprendizaje; aprendizaje de Dios, de sus principios, de su carácter y de sus propósitos. Muchos mensajes actuales apuntan al bienestar humano como el destino final del hombre, alimentando el orgullo del oyente. La finalidad de vivir esta vida cristiana es un tiempo de análisis sobre lo que sucede, una observación constante de los eventos que nos rodean, una búsqueda de Aquel que nos llamó, un conocimiento diario de su carácter. Saber que en la vida recibimos buenas cosas y malas también. Saber que el ser humano no es invulnerable, indestructible y está a expensas de sufrir o de sentir felicidad. Todo ello debe constituir el proceso de crecer y aprender; proceso que los corintios debían pasar.

La carta que les escribe Pablo por segunda vez habla muy fuertemente de esto.

“Porque aunque os contristé con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamenté; porque veo que aquella carta, aunque por algún tiempo, os contristó. Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto.” (2 Corintios 7:8-11)

De Dios provino un cambio rotundo en sus corazones que quitó las raíces del mundo arraigadas en los corazones de los corintios, y conduciéndoles hacia la espiritualidad que realmente importa. Ese cambio fue impulsado por situaciones de angustia, tristeza y

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

dolor, que sometieron el poder de la carne a la obediencia a Cristo. Pablo terminó por descubrir que, en medio de la dureza de las dificultades, las almas son probadas y alcanzan un mayor desempeño como creyentes, sabiendo que no hay gozo en la tristeza, pero sí un profundo aprendizaje.

Aprendiendo de la tristeza

Ahora bien, lo más interesante de este asunto es la procedencia de ese proceso. Es Dios mismo quien opera en nuestros corazones para moldearlos cada día más a su imagen. Para proyectar su rostro en nuestro espíritu, es necesario que Él, como un herrero universal, nos trabaje mediante golpes y cambios bruscos de temperatura a fin de obtener un metal fuerte, duradero, bello y, por lo tanto, útil. Cada ocasión que nos encuentre con la guardia baja y que debamos a travérsar circunstancias adversas, es menester comprender el trato de Dios que se manifiesta, algunas veces, de este modo. No es momento de quejas o reclamos, sino de preguntarnos: ¿qué quiere Dios poner, quitar o cambiar en mi vida a través de este proceso? Aquí la meta no es convertir la tristeza inmediatamente en gozo, sino darle significado a esa tristeza; que esa angustia temporal se conjugue en propósitos definidos para nuestro corazón, de manera que la persona que éramos al iniciar el proceso sea diferente a la que sale de ese tiempo. La tristeza que viene de Dios (no del mundo, no del enemigo, no de las personas) tiene el potencial de enseñarnos algo. Es nuestro deber someternos a ese aprendizaje para alcanzar la meta que el Señor ha prefijado.

Toda tristeza pasará. Las angustias producidas por este mundo, por las personas que buscan nuestro mal o las que nos hieren sin quererlo, y por ataques del enemigo, así como las que proceden de Dios, todas acaban en algún momento. La cuestión aquí es:

LO QUE DIOS ME DIJO LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

¿qué me ha quedado de ese proceso? ¿Sólo un corazón rencoroso? ¿Un mal recuerdo que no quiero volver a sacar a la luz? Si la tristeza proviene de Dios y, por lo tanto, es parte de un proceso divinamente orquestado para nuestro beneficio, el resto que nos quedará es una persona renovada, distinta, con paradigmas frescos y reestructurados. Veamos algunos ejemplos inspiradores.

Los entristecidos

En la Biblia no es todo alegría y felicidad constante. No es un cuento de hadas que muestra personas sin problemas y siempre sonrientes. Al contrario: la Biblia relata al ser humano chocando casi todo el tiempo con Dios por causa de sus pecados y rebeliones. Sin embargo, no todas las personas son iguales. Muchos han sufrido por causa de su maldad y otros han debido pasar la prueba del Señor. Los del primer grupo están conformados por personas como Sansón, que acabó en cautiverio, sin ojos, girando en un molino e implorando una última misericordia de Dios antes de morir, luego de una vida de ignorar su propósito en Él. Saúl se encontró solo y abandonado cuando fue flanqueado por los filisteos hasta que tuvo que recurrir a una bruja que invocara a un muerto por él; y todo esto por dar cabida a celos y enemistades que no eran de Dios. El mismo Judas sufrió el final de su vida por el acto de traición que había cometido al punto de quitarse la vida, luego de mentir y robar estando en las mismas filas de Cristo y vendiéndole por dinero.

En el segundo grupo, hay personas que han sufrido pero que buscaron continuamente a Dios. Algunos sufrieron por su culpa inmediata y otros por las sendas del destino que les han conducido a esas circunstancias. Por ejemplo, José, cuya historia

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

vemos en el primer libro de la Biblia, fue un joven que recibía sueños proféticos de parte de Dios, los cuales contaba a su familia. Los celos, la ira, hicieron que acabara arrojado por sus hermanos en una cisterna vacía y luego vendido para ser trasladado a Egipto. Esta tristeza fue parte de un proceso muy fuerte de Dios para con él y toda la región. José pudo haber generado una raíz de amargura en su corazón y odio por sus hermanos. También pudo haber olvidado su tierra y haberse asimilado a Egipto perfectamente. Empero, el reencuentro con sus hermanos mostró a un José que utilizó la tristeza producida por el proceso para llegar aún más lejos y conocer al Señor más profundamente. Sabemos la tristeza que albergaba en su alma por el mismo texto. Lo vemos expresar su dolor al encontrarse con su hermano de sangre, Benjamín: *“Y alzando José sus ojos vio a Benjamín su hermano, hijo de su madre, y dijo: ¿Es éste vuestro hermano menor, de quien me hablasteis? Y dijo: Dios tenga misericordia de ti, hijo mío. Entonces José se apresuró, porque se conmovieron sus entrañas a causa de su hermano, y buscó dónde llorar; y entró en su cámara, y lloró allí.”* (Génesis 43:29-30). Una situación similar ocurrió cuando se da a conocer a sus hermanos: *“No podía ya José contenerse delante de todos los que estaban al lado suyo, y clamó: Haced salir de mi presencia a todos. Y no quedó nadie con él, al darse a conocer José a sus hermanos. Entonces se dio a llorar a gritos; y oyeron los egipcios, y oyó también la casa de Faraón.”* (Génesis 45:1-2). Pero luego vemos el verdadero sentir de José hacia Dios y hacia su familia. No había rencor en él. La tristeza del proceso le había enseñado que Dios tiene sus ojos puestos mucho más lejos de lo que nosotros podemos ver y que tiene un plan mayor. Luego de la muerte de Jacob, su padre, sus hermanos tuvieron temor de José, no creyendo que no tendría ningún rencor en él, sino, por el contrario, una deuda de muerte por cobrar. José les responde: *“No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien,*

LO QUE DIOS ME DIJO LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló, y les habló al corazón.” (Génesis 50:19-21). Así sabemos cómo Dios había obrado en José a través de la tristeza del proceso.

La vida de David no estuvo exenta de situaciones de angustia. Pero si hemos de recordar unos de los momentos que más le quebró por dentro, debemos remitirnos a su transgresión con Betsabé. Dentro del idioma hebreo no existe una palabra tan genérica como el término español “pecado”. De hecho, en el hebreo se utilizan muchas palabras de acuerdo a las condiciones y gravedad de la transgresión cometida. Hay errores que se comenten sin intención, mientras que otros son producidos por una situación fortuita o un impulso momentáneo. El pecado de David está catalogado con el término *pashá*, conocido como “iniquidad”, y es el peor que se pueda cometer. Fue un pecado que involucró adulterio y asesinato con premeditación, alevosía y ventaja. Dios pudo haberle condenado de inmediato, o haberle destituido de su trono, o, incluso, quitarle la vida por tales actos de inmoralidad. Pero Dios trabajó con él de una manera diferente: le provocó dolor; sembró tristeza en su interior por la obra del Espíritu que trae convicción de pecado, justicia y juicio (1 Juan 16:8). De esta manera, envió al profeta Natán, el cual relató una historia de gran injusticia al rey David que le encendió en ira justiciera hasta que el profeta le identificó como aquel merecedor de tal ira. David, acorralado por el descubrimiento de sus actos y el peso de su error, sintió su corazón estrujado por la gravedad de la justicia divina. ¿Qué produjo esta tristeza? En muchos otros, causó poco o nada (como la historia del rey anterior, Saúl). En David, produjo un dolor indescriptible que arrancó de su alma un girón plasmado en las hojas de las

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

Escrituras como el Salmo 51. Esta tristeza que provino de Dios, que fue un dolor interno inmenso, conmocionó al cantor de Israel al punto de transformarle.

El ejemplo más contundente se encuentra en el mismo Jesús. La Palabra dice que *“despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.”* (Isaías 53:10). El vituperio que recibió no fue producto de su desobediencia o infidelidad, pues *“fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.”* (Hebreos 4:15). No hubo mal en Él ni errores del destino. Todo sufrimiento debió pasarlo sin opción. Él mismo se entregó a esta voluntad del Padre al expresar en un gemido de dolor: *“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.”* (Lucas 22:42). En su camino hacia el monte de la Calavera donde le esperaba el tormento de la muerte en la cruz *“angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.”* (Isaías 53:7). Así debía de ser pues *“Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento”* (Isaías 53:10). Pero, ¿qué produjo este sufrimiento, esta tristeza? Primeramente, nos reveló el amor infinito de Dios hacia su creación y la obra de amor de Cristo para con quienes creen en su Nombre. Amén de la tristeza que tenía, la cual reveló a sus discípulos más cercanos (Mateo 26:38), dice la Escritura que fue con gozo a su destino (Hebreos 12:2) por la misión de salvar a sus escogidos e introducirles en el pacto de sangre. Esa tristeza produjo nuestra salvación y perdón ante el Padre. Ese dolor causó la reconciliación con Abba.

¿Cuál es tu tristeza? ¿Cuál es tu sufrimiento actual? No te opongas al Señor ni guardes rencor contra Él o contra tus semejantes. Dios está obrando a través de ese dolor. Así como el aguijón en la carne de Pablo (2 Corintios 12:7) resultó en las

LO QUE DIOS ME DIJO LA TRISTEZA QUE VIENE DE DIOS

cartas doctrinales que poseemos y la obra misionera que resultó de su obediencia a Cristo, el agujijón en tu carne o tu alma producirá vida y buen porvenir mientras aceptes el trabajo de Dios sobre ti y seas guiado por su misteriosa obra. Si estás sufriendo, ¡corre a Cristo! Expresa tu dolor, dile tus sentimientos, pero no te resistas a su trato y al fin verás su gloria. Persevera en sus caminos y tus lágrimas se convertirán en gozo cuando por fin veas la obra que hoy tus ojos empañados por el dolor no logran percibir. Quizás te encuentres es la situación de David al decir: *“Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios? Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí.”* (Salmo 42:3,7). Recuerda las mismas palabras del salmista que concluye: *“Pero de día mandará Jehová su misericordia, y de noche su cántico estará conmigo, y mi oración al Dios de mi vida. ¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío.”* (Salmo 42:8,11).

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿ME AMAS?

¿ME AMAS?

LO QUE DIOS ME DIJO ¿ME AMAS?

“Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.” (Juan 21:15-19)

La conversación entre Jesús y Pedro no es de las más largas registradas en la Biblia. Son tres preguntas contestadas y algunas palabras al final. Pero no debe engañarnos el tamaño de este diálogo, pues el significado que se encuentra contenido en cada palabra tiene el poder de sacudir los cimientos de cualquier construcción espiritual y psicológica. En estas palabras hay mucha historia, muchos sentimientos, hay culpa y dolor, hay arrepentimiento, hay perdón. La experiencia de Pedro frente al Señor en esta ocasión lo marcará de por vida.

Pero para entender lo que está sucediendo en esta ocasión es necesario remontarnos a la vida de Pedro tiempo atrás. Durante el período intertestamentario de 400 años surgieron varios grupos conocidos como sectas judías (el término “secta” no es conocido como en nuestros días, sino que se usaba esa palabra para hablar de distintas divisiones dentro de un mismo grupo religioso). Tal es el caso de los fariseos, uno de los grupos más conocidos del Nuevo Testamento. Éstos eran una poderosa fuerza en Judea, bastante respetada por el pueblo, formada por muchos laicos y algunos sacerdotes. Luego que se destruye el

segundo Templo, se establecen dentro del judaísmo rabínico. Otro de los grupos más famosos de la época, con los cuales también Jesús y los discípulos tuvieron que lidiar, fueron los saduceos. Este grupo se oponía mucho a los fariseos, pues rechazaban la tradición como fuente de ley y negaban la inmortalidad del alma. Eran muy poderosos en Jerusalén, conformando gran parte de la casta sacerdotal, y fueron los que entregaron a Jesús a su crucifixión. Estos dos grupos encontraron en la muerte de Jesús un motivo de unión y trabajo conjunto. El tercer grupo que surge en este período son los esenios. Éstos eran grupos parecidos a los monjes, cuyos líderes eran muy ricos en la ciudad, pero los seguidores se retiraban a las afueras y vivían bajo estrictas leyes de pureza, ayuno y oración. Se dice que de ese grupo vino Juan el Bautista. El cuarto grupo es el que más nos compete en el presente mensaje: los zelotes. Los integrantes de los zelotas eran hombres fanáticos, llenos de celo por cumplir, mayormente, el primer mandato de la Ley: sólo Dios reinará en Israel. Estas personas estaban dispuestas a sacrificar hasta su propia vida. Constituían el ala más radical de los fariseos. Era un fanatismo que involucraba política y religión, y lo expresaban con actos de terrorismo contra los romanos y los judíos que ellos consideraban poco religiosos. Se consideraban el instrumento de venganza de Dios, recurriendo a la violencia repetidamente, y negaban todo poder terrenal. Para ellos, la llegada del Reino de Dios dependía de una acción revolucionaria vehemente. Robaban a los ricos, secuestraban personas importantes, y llegaron al asesinato, ganándose el nombre de sicarios por el pequeño puñal o “sica” que utilizaban. Los romanos los consideraban ladrones y simples bandidos, escondidos en las montañas.

LO QUE DIOS ME DIJO ¿ME AMAS?

Dentro del grupo de los discípulos de Jesús había, según se conoce, sólo dos zelotes: Simón Pedro y Judas Iscariote (el sicario). La historia de Judas nos es por demás conocida. Un traidor de entre sus hermanos, quien se acercó en la hora final hacia el cuerpo de Jesús, como los sicarios solían hacer, para clavar un puñal en el abdomen de Jesús, pero sólo le da un beso y le llama maestro, para entregarle. Sin embargo, la historia de Pedro es tan compleja como los evangelios mismos. Jesús va a tratar con él de una manera especial, progresiva, directa, didáctica, de manera que nos vamos a sentir permanentemente identificados con Pedro.

El Mateo 4 vemos, luego de las tentaciones en el desierto, el inicio del ministerio de Jesús en la región de Capernaum. Allí, su mensaje fue intitulado como la venida del Reino de los Cielos.

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.” (Mateo 4:17)

Dos hermanos fueron los primeros en seguir a Jesús en base a este mensaje, y luego otro par de hermanos. Los primeros fueron Simón (Pedro) y su hermano Andrés. Luego Jacobo y su hermano Juan. La Palabra dice que no hubo duda en ellos para seguirle, aunque es necesario notar que al principio la idea de “Reino” que ellos tenían no era la que predicaba Jesús, lo cual fueron entendiendo mucho después. No es de extrañarnos tal indubitable decisión, pues ya se habían levantado líderes anteriores que iniciaron revueltas contra los romanos, como Teudas y Judas el galileo (Hechos 5:36-37). Ya en el siguiente capítulo de Mateo, el 5, Jesús establece los principios del Reino de los Cielos, en un maravilloso sermón en el monte, donde dio sus nueve bienaventuranzas y acaba con el amor hacia los enemigos. Imaginemos un momento lo que estas palabras

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿ME AMAS?

significaban para un zelote como Simón Pedro. Viniendo de un grupo violento, revolucionario y salvaje, se encuentra siguiendo a un pacificador, un hombre que predica amor, perdón y compasión, y enseña de un Reino de mansos y misericordiosos. Y su discurso continúa, no pareciendo este un mensaje que tenga intenciones de levantar un grupo que se subleve contra el imperio romano. Jesús comparte palabras de este tipo:

- *“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.” (Mateo 5:5)*
- *“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.” (Mateo 5:9)*
- *“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.” (Mateo 5:21-22)*
- *“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:43-44)*
- *“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial” (Mateo 6:14)*
- *“Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.” (Mateo 7:12)*

Entonces, en el capítulo 8 de Mateo, vemos a Jesús que comienza a hacer sanidades. Luego de sanar a un leproso y al siervo de un centurión, no es sino hasta que Jesús efectúa un milagro en la casa de uno de sus discípulos que muchos se desesperan por seguirle. Este discípulo era Simón Pedro. Luego de sanar a su

LO QUE DIOS ME DIJO ¿ME AMAS?

suegra, muchas personas entienden que Jesús era realmente el líder que necesitaban, aunque Jesús permanentemente decía que no tenía dónde recostar su cabeza. La experiencia de Pedro con Jesús alcanza un clímax sin igual, pues debe reconfigurar todo su pensamiento y accionar a los parámetros traídos por su Maestro desde el cielo. Desde entonces, la relación que Pedro va a tener con Jesús va a tener una serie de altibajos que dará a la vida de Pedro una dinámica no siempre segura para él. Es en este punto que hallamos un nexo muy fuerte con nuestras propias vidas. Llegar a Cristo parece el punto final de nuestra historia, donde el conjunto de situaciones buenas y malas que nos precedieron nos condujeron, por la pura providencia de Dios, al punto de llegar a los pies de Jesús y aceptarle como nuestro Señor y Salvador personal. Sin embargo, llegar a Él no es sino el punto de partida de profundos cambios, los cuales van del exterior material, temporal y perecedero hasta el interior trascendental, espiritual y mental. Esto incluye un camino muchas veces incierto, porque pone en jaque la esencia misma de nuestro ser. En este caso, todo lo que Pedro era por dentro y por fuera va a ser sacudido hasta sus cimientos.

Pedro va a ser quien dé un paso sobre el profundo mar de Galilea hacia la presencia flotante del Señor en la distancia. Él va a consultarle por el significado de las parábolas, y quien contestaría a las preguntas de Jesús a la audiencia. Pero algo dentro de él estaba sucediendo que lo cambiaba radicalmente. Cuenta la Biblia el suceso en Mateo 16:

“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿ME AMAS?

respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.” (Mateo 16:13-19)

¿Qué significó esto para Pedro? La perspectiva que tenía del Mesías que habría de venir era de un revolucionario, un líder capaz de levantar una revuelta contra el imperio desde la base de una movilización beligerante. Pero algo salió de él que no pudo retener. Nunca sabremos si Pedro entendió las palabras que prosiguieron a la declaración que acababa de hacer. Asimismo, la revelación de la persona de Jesucristo no es, a menudo, inmediata en nuestras vidas, pues tal grandeza será dispensada conforme el avanzar del tiempo y la experiencia. Experiencias abrumadoras como esta no dejaron de sucederle a Pedro, tal como el evento de la transfiguración de Jesús (Mateo 17). No podemos culpar a Pedro de la lentitud de la comprensión de lo que Jesús es y cuál era el propósito de su misión en este mundo. De hecho, nosotros mismos, a la fecha, no dejamos de comprender el tamaño de semejante obra en favor de la humanidad. Es así como Simón Pedro se interpone entre Jesús y su destino en Mateo 16, recibiendo el apodo de satanás por parte del mismo Jesús. Esta fue una de las lecciones más duras que habría de recibir el discípulo, la cual es igualmente brusca y cortante para todos los que elegimos el camino del discipulado. Cuando anteponemos nuestros sentimientos, pensamientos, opiniones y puntos de vista, no sólo interferimos negativamente el camino del Señor, sino que Él mismo nos llama satanás, que significa adversario u opositor. ¿Podremos hacerles frente a los planes de Dios y lograr detener su curso? Ciertamente que no.

LO QUE DIOS ME DIJO ¿ME AMAS?

La historia de Pedro es muy compleja para resumirla en un mensaje, pero sabemos que ha tenido tantos matices, altos y bajos, y una suma de experiencias tan grandes que Jesús pasó a ser más que un rabí o un líder. Ya Pedro no necesitaba eso, ya no quería derrocar un imperio con la iniciativa de un representante de una fuerza opositora. Ya no quería a un libertador nacional ni a un prócer de la historia. Él encontró en Jesús a su mejor amigo. Logró, con el tiempo y la profunda experiencia, establecer un poderoso vínculo.

Podemos decir que en este punto de la historia Pedro había logrado una afinidad completa, duradera y sincera con el Señor, al punto de seguirle hasta lo último. Pero la historia de Mateo 26 da evidencia del conocimiento de Jesús acerca del corazón de Pedro:

“Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos. Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré. Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo.”
(Mateo 26:30-35)

Todos nosotros estamos seguros de nuestra fidelidad a Jesús. Le llamamos amigo, compañero, salvador, y muchos adjetivos más que glorifican su nombre sobre nosotros. Así mismo se sentía Pedro, y tal vez fue eso lo que anticipadamente causaría la traición venidera: sentir afecto por Jesús sin contemplar el plan divino de Dios sobre la humanidad y el mundo. Muchas veces acabamos demostrando un “amor ingenuo” hacia el Señor,

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿ME AMAS?

creyendo que Él tiene lo mejor para nosotros, pero en nuestros términos terrenales. ¿Qué ocurriría si en medio de una oración devocional el Señor nos dijera sus planes que no se adecúan a los nuestros? ¿Seguiríamos amándole? ¿Seguiríamos sirviéndole? Así pensó Josué antes de su muerte cuando le propuso al pueblo seguir a Dios luego de que él no estuviera entre ellos como líder:

“Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad [...]. Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses. Entonces Josué dijo al pueblo: No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. El pueblo entonces dijo a Josué: No, sino que a Jehová serviremos. Y Josué respondió al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos.” (Josué 24:14, 16, 19, 21, 22)

Josué dudó de la firmeza en la declaración del pueblo, lo cual se hizo evidente en el siguiente libro, Jueces, donde el pueblo de Israel se hundió en las profundas rebeliones e inmoralidades. Josué tenía razón: ellos no podían servir a Dios. Pedro pensó lo mismo, que jamás abandonaría al Señor. Jesús le advirtió: “me vas a traicionar”. Pedro había escuchado la anunciación de la muerte de Jesús. Estuvo ahí cuando Cristo lo llamó a él junto con Jacobo y Juan para decirles: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo.” Jesús abrió su corazón con él como con ningún otro. Sin embargo, sin siquiera pasar página en nuestras biblias, dentro del mismo capítulo de Mateo leemos lo que sigue:

“Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices. Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno. Pero él negó

LO QUE DIOS ME DIJO ¿ME AMAS?

otra vez con juramento: No conozco al hombre. Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aún tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo. Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente.” (Mateo 26:69-75)

La mirada de Jesús en Pedro no debe tener comparación en el universo. La mirada del mejor amigo, que estaba poniendo su vida -literalmente- por él, la mirada de quien le inspiró hacia el mejor camino y sacó de él cosas que jamás imaginó tener; la mirada del amigo traicionado. No debe haber un llanto con tanta amargura como la de Pedro en aquella ocasión, demostrando que Jesús tenía razón: siempre seremos traicionados por nuestras emociones y puntos de vista, y en sólo un instante podemos pasar de un celoso espíritu de zelote a un cobarde que huye entre las fogatas encendidas en la oscuridad de los marginados.

La historia parece acabar aquí. Tal parece que Jesús hubiera muerto sabiendo que su amigo le traicionó y lo dejó solo cuando más lo necesitaba. Las cuentas quedaron sin saldar y el amor que falló quedó así: fallado, quebrado. Pero, como sabemos, la muerte no retuvo a Jesús y venció al sepulcro con la victoria de la vida eterna.

“Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dijo:

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿ME AMAS?

No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo.” (Marcos 16:1-7)

“A los discípulos, y a Pedro”. Jesús tenía una cuenta pendiente antes de morir y no la dejaría así. Pedro fue una de sus prioridades al volver. Sin embargo, apareció dos veces a ellos, los discípulos, pero la tercera vez fue diferente. En el capítulo 21 de Juan, Jesús aparece como un desconocido a la distancia, tal como Pedro cuando estaban llevando a Jesús para su muerte. Allí, en el mar, sucede la pesca milagrosa. Pero al salir todos del mar para encontrarse con Jesús, a quien reconocieron esta vez, quedaron todos en silencio, sin atreverse a preguntarle quién era, pues ya lo sabían. Así, todos estaban comiendo pescados asados en silencios, con la bruma de la madrugada e iluminados por la fogata. Allí, Jesús rompe el silencio y se establece un corto pero contundente diálogo.

“Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.” (Juan 21:15-19)

LO QUE DIOS ME DIJO ¿ME AMAS?

Cuando leemos este texto en español, hay un término que se repite una y otra vez: “amor”. Sin embargo, en el griego original, hay diferentes palabras para estos sentimientos, que expresan diferentes aspectos. Cuando los griegos se referían a la pasión, la relación meramente física o carnal, desde un abrazo hasta la relación íntima en el matrimonio, usaban la expresión *eros*, de donde viene el término erotismo. Luego, para hablar de amistad fraternal, entre familiares o amigos, usaban el término *filos*, de donde viene Filadelfia y fraternidad. Por último, para referirse a una entrega incondicional y completa, en el más alto nivel de completitud y devoción, usaban la palabra *ágape*. Saber esto nos ayudará a entender la conversación entre Jesús y Pedro a un nivel más profundo. Jesús le pregunta:

Ἰησοῦς, Σίμων Ἰωάννου, ἀγαπᾷς με πλεον τούτων

Simón Ioánnou, agapás me pléon tou-ton?

Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?

Aquí, Jesús le pregunta a Pedro por su amor. ¿Sería que ahora, con lo vivido, Pedro tendrá amor *ágape* para con Jesús? ¿Ahora sí estaría dispuesto a todo por Él? Sin embargo, Pedro le responde:

ναί κύριε, σὸ οἶδας ὅτι φιλῶ σε.

naí kýrie, sý oídas óti filó se

Sí, Señor; tú sabes que te amo.

El texto español dice “te amo”, pero Pedro le dice que lo quiere o siente cariño por Él, ya que usa el término *filos*. Después de todo lo que ha pasado, Pedro sólo lo quiere, en lugar de amarlo incondicionalmente.

Σίμων Ἰωάννου, ἀγαπᾷς

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ ¿ME AMAS?

Σίμον Ιωάννου, agapás me?

Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?

Jesús reitera su pregunta, pero ya no le compara con el resto, como antes. Nuevamente, le exige su amor *ágape*.

ναί κύριε, σὺ οἶδας ὅτι φιλεῶ σε.

naí kýrie, sý oídas óti filó se.

Sí, Señor; tú sabes que te amo

Pedro insiste. Aun le estima como amigo o compañero. Le tiene mucho cariño, pero nada más. A la vez recordando lo sucedido.

Σίμων Ἰωάννου, φιλεῖς με

Σίμον Ιωάννου, fileís me?

Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?

Entonces Jesús repite su pregunta una tercera vez: la misma cantidad de veces que Pedro le negó. Y Simón Pedro notó esto. Pero ya no le demanda ese amor *ágape*, sino que le pregunta sencillamente: ¿Sólo me quieres, Pedro? Pedro, sumamente conmovido, se da cuenta que Jesús ha leído su corazón. Esto fue lo que causó la tristeza en el corazón de Pedro. Tiernamente, Jesús le explicó a Pedro que cuando somos jóvenes hacemos lo queremos y anteponeamos nuestros sentimientos a toda circunstancia, pero un día seremos quebrantados por la vida misma, y nos llevarán adonde queramos.

Después de esta experiencia tan fuerte, Pedro da inicio a la dispensación del Evangelio en la nueva iglesia, conformada por todos los creyentes en Jesucristo. Predicó aún bajo amenazas, azotes y cárceles. Aun la tradición dice que no consideró ser

LO QUE DIOS ME DIJO **¿ME AMAS?**

digno de morir como su Maestro, sino que colocaran la cruz donde le crucificaran al revés. ¿Y qué a nosotros? ¿Cómo es nuestro amor por Jesús? ¿*Eros*, *filos*, *ágape*? ¿Hasta dónde llega nuestra fidelidad a Él? El tiempo de entregarnos a la voluntad de Dios es hoy.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

LO QUE DIOS ME DIJO SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

“Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad.” (Eclesiastés 1:2)

El Predicador, autor del libro de Eclesiastés, da inicio a una serie de pensamientos filosóficos desde la concepción de una realidad que le rodea carente de un significado trascendental. “Vanidad” significa *vaciedad*, y es la palabra que emplea este escritor para describir a una sociedad hueca, sin contenido significante. El llamado *Predicador* es el mismo rey Salomón, el hombre más sabio que haya pisado este planeta, luego de Jesús. De cara a la dirigencia del pueblo de Israel, el hijo de David le pide a Dios algo que sabe que no conseguirá en todo el mundo ni en las galaxias más lejanas, aún si dispusiera de toda su fortuna: sabiduría. Dios le dio una sabiduría sin igual, y su conclusión al ver al mundo que le rodeaba con aquella divina capacidad fue: “Todo está vacío, todo es vanidad”. Salomón inicia su pensamiento con una hipótesis que irá verificando a lo largo de los versículos siguientes.

“Y di mi corazón a inquirir y a buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso trabajo dio Dios a los hijos de los hombres, para que se ocupen en él. Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu.” (Eclesiastés 1:13-14)

Este libro, Eclesiastés, es bastante diferente al resto. Si bien está dentro de la categoría de los llamados *sapienciales*, no busca expresar tanto sentimientos (como los salmos), consejos (como los proverbios), o análisis teológico (como Job), sino que hace una búsqueda sesuda de los hilos que construyen el entramado de la sociedad humana y analizar sus inclinaciones y comportamientos, especialmente de cara a la trascendencia. Esta forma de pensar hoy la llamamos *filosofía*. Si bien este término es griego y hasta se llega a denominar a la Antigua Grecia como la

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

autoría del pensamiento racional, abstracto y sistemático, ya podemos ver a Salomón *filosofar* miles de años antes.

La filosofía y los filósofos son necesarios para la humanidad porque exploran la realidad de una manera más profunda y significativa, abriendo caminos de pensamiento hacia la esencia del ser humano y del entorno. Para muchos, pensar en la vida, la muerte, lo trascendente, el ser humano, y muchos temas más, constituye una pérdida de tiempo y no tiene efectos prácticos. Sin embargo, todo el tiempo estamos aplicando la filosofía al pensar en el significado de cualquier cosa. Mejor lo explica la siguiente cita:

“Los filósofos son importantes no sólo por aquello que dicen, sino también por las tradiciones que generan y que ponen en movimiento: algunas de sus posturas favorecen el nacimiento de ciertas ideas, pero, al mismo tiempo, impiden el surgimiento de otras.” (Historia del pensamiento filosófico, Reale y Antiseri)

Por esto, es necesario acompañar a Salomón en este hilo de pensamientos para ver hacia dónde nos conduce y ver qué podemos obtener de allí.

El avanzar de los versículos parece mostrar una concepción negativa, funesta y nihilista de la realidad.

“Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor.” (Eclesiastés 1:18)

Salomón descubre un principio de dolor en la sabiduría y la ciencia, porque descubre y desnuda nuestras carencias y la vanidad de la vida en todos sus aspectos. No la vida en sí, sino en lo que la hemos convertido.

LO QUE DIOS ME DIJO SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

El rey de Israel, como la filosofía, explora el entorno de la manera más cruda, sincera, directa y clara posible, atravesando toda barrera de prejuicio o condición hasta indagar en las profundidades de los elementos. Sin embargo, la sociedad siempre trató de ser silenciada a través de la comodidad, la farsa y el entretenimiento.

“Aunque no hay reglas explícitas que prohíben pensar, algunos medios de comunicación, especialmente las televisiones, tienen especialistas que piensan cómo evitar que la mayoría de las personas piensen. Así pues, se reproduce el dominio de una minoría sobre la mayoría que, por efecto de la socialización negativa, no quiere pensar que vive engañada. Si nos paramos a pensar, es bastante fácil conseguir que la sociedad viva el placer de la ignorancia sin que la mayoría de esa sociedad se dé cuenta. Para ello sólo hace falta cultivar la cultura del consumo y producir ídolos e idolatrarlos para que sean admirados. Así se logra reducir la conducta de masas a la simple ficción y evitar que piense en lo esencial de su vida (quién fue a cenar con tal famosa y qué se dijeron, qué peinado se hizo un futbolista, qué nueva cosa han hecho ciertos jóvenes, qué nueva fórmula política seguirá el ciclo del país). La ficción, en este caso, consiste en no ver que renunciamos a pensar por quien decide lo que nosotros creemos que decidimos.” (Bernardino González-Haller, Sociedad engañada, Diario de León, paréntesis añadidos).

Es extremadamente difícil lograr sumergir a otro en lo esencial de la vida, en las profundidades de lo eterno, porque el engaño no es consciente. La rueda de hámster en la cual corremos es invisible pero real. Y Dios no habita en las sandeces. Empero, Salomón se propuso despojarse de toda significancia en la vida y adentrarse en las banalidades más vacías tanto como pudo para así comprobar si efectivamente es allí que el ser humano encuentra su deleite final. Así como un experimento social, Salomón se arroja a los brazos de todos los deleites materiales de

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

este mundo para así comprobar si es posible adquirir un contentamiento y satisfacción plenos para su cuerpo y alma.

“Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida. Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas; me hice huertos y jardines, y planté en ellos árboles de todo fruto. Me hice estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde crecían los árboles. Compré siervos y siervas, y tuve siervos nacidos en casa; también tuve posesión grande de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias; me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres, y de toda clase de instrumentos de música. Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; a más de esto, conservé conmigo mi sabiduría. No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol.” (Eclesiastés 2:3-11)

Salomón se sumerge en todas las ofertas superficiales de esta vida que eviten todo atisbo de profundidad intelectual o emocional. Más posesiones, más diversión, más música, más consumo, más dinero, más fama, más fortuna, y al fin, nada. La nada es el corazón de lo visible, lo cual es cartel de lo insignificante.

“Aborrecí, por tanto, la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa; por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu.” (Eclesiastés 2:17)

LO QUE DIOS ME DIJO SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

Desde el capítulo 3 de Eclesiastés podemos ver que Salomón vuelve a considerar todo su pensamiento y su observación de la vida, retomando su pregunta inicial:

“¿Qué provecho tiene el que trabaja, de aquello en que se afana?”
(Eclesiastés 3:9)

El Predicador encuentra una propiedad ineludible de la vida y sus elementos que explica en los versículos 2 al 8 del capítulo 3: todo está sujeto al tiempo. El tiempo es un reloj universal que atrae hacia sí toda la materia cósmica y la atrapa entre sus agujas. Podríamos ser los más desdichados o los más felices, podríamos tener toda la fortuna de la tierra o que una caja de cartón sea nuestro hogar, podemos tener una gran familia y amigos o vivir en la más vacía soledad; pero al fin de cuentas, el tiempo transcurre para todos, mide las dimensiones temporales de todas las cosas y absorbe la vida para llevársela consigo. ¿Cuántos años puede vivir un malhechor? No más de 100. ¿Cuántos años vive una persona de bien digna de ser recordada? No más de 100. ¿Cuánto tiempo duran las posesiones materiales? La entropía afecta la consistencia de todo, oxidando, pudriendo, corrompiendo y quemando. El tiempo es implacable ante todo. El interrogante de Salomón gira en torno a algo mayor: tiene que haber algo superior al tiempo, algo que no esté sujeto a su caminar y que trascienda las edades, no en su memoria sino en su esencia. Es decir, que la trascendencia no sea el recordar a alguien sino su existencia perpetua y divorciada del tiempo. Lo que busca Salomón es, sencillamente, la eternidad. En esto reflexiona luego:

“Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.” (Eclesiastés 3:11)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

“En todas las cosas está presente lo eterno”, dijo Wolfgang Goethe; poeta, novelista, dramaturgo y científico alemán. Salomón, el pensador hebreo, encontró la eternidad en un lugar muy particular. No es la fuente de la eterna juventud de las Historias de Heródoto, ni el agua de vida de las Novelas de Alejandro que este emperador buscaba con su siervo. No es la piedra filosofal, la panacea universal, ni el elixir de la vida. La eternidad se encuentra alojada como un tesoro escondido en el corazón del ser humano. Este tesoro es un imán espiritual que le conducirá a buscar a Dios continuamente. Este mismo impulso es el que hacía pensar a Salomón en que debe haber *algo más* en esta vida que lo material y pasajero. Es el mismo impulso que está alojado en cada corazón, deseando un poco más que lo diario y ordinario. La vida debe ser más compleja, profunda y trascendental de lo que aparenta. El trabajar, comer, dormir, estudiar, y todas las demás actividades, no debería constituir el *todo* en el ser humano. Todos estos pensamientos son la eternidad brotando desde el interior, luchando por emerger y significarse.

El problema de la vida ha sido resuelto por la introspección de Salomón: toda la vida y sus elementos son algo vacío y carente por completo de sentido a menos que sea alimentado por una fuente de eternidad. El ser humano es un cuerpo de órganos, carne y huesos que trata de mantenerse en supervivencia hasta su respiro final, pero se transforma en un ser significativo y trascendental cuando es alimentado por la eternidad sembrada en su corazón por el Creador. El trabajo, la escuela, la casa, el deporte, la salud, el entretenimiento, la alimentación, y todo lo que conforma el diario vivir del ser humano se convierte de una aflicción a un constante placer en el momento en que Dios bendice tales cosas.

LO QUE DIOS ME DIJO SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

“Yo he conocido que no hay para ellos cosa mejor que alegrarse, y hacer bien en su vida; y también que es don de Dios que todo hombre coma y beba, y goce el bien de toda su labor. He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios, para que delante de él teman los hombres.” (Eclesiastés 3:12-14)

Dios es quien permite el disfrute de la vida y los deleites. Dios es quien gobierna los corazones y da los tiempos de gracia debajo del sol. Y todo lo que un creyente pueda hacer o decir está enlazado con la eternidad de Dios en tanto que todo lo que el cristiano es y hace, le pertenece. Para quien se resiste a la eternidad de Dios, encuentra en el trabajo una fatiga diaria; en la familia, una molestia; en las amistades, juicio y traición; en el dinero, un estorbo. Cuando el corazón es inundado por la Presencia del Padre, el trabajo es una bendición del Cielo, la familia es un trozo del Paraíso en la tierra, las amistades son fieles y entrañables compañeros de la vida, el dinero es un recurso bien utilizado que provee de la mejor manera. Esto es sumergirse en la eternidad: vivir alimentados por la fuente de la eternidad que emana de las manos del Señor Jesús. Salomón retoma su pensamiento inicial:

“¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. ¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido. No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después.” (Eclesiastés 1:9-11)

Pero ahora, considera a Dios como trasfondo de todo esto:

“He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios, para que delante de él teman los hombres. Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya; y Dios restaura lo que pasó.” (Eclesiastés 3:14-15)

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD

El apóstol Juan siempre fue distinto al resto porque conocía aspectos de Jesucristo que estuvieron velados mucho tiempo para otros, por causa de la falta de contacto espiritual y la consideración eterna de la vida. Su evangelio y sus cartas son diferentes, porque exploran más allá de la humanidad de Cristo (la cual trata en forma) y expone su divinidad:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.” (1 Juan 1:1,3)

No estamos hablando de vivir en un estado permanente de profunda intelectualidad y espiritualidad, sino sumergirse en los océanos de la grandeza y los misterios de Dios para luego retornar a la superficie, trayendo con nosotros lo que hemos visto y oído, y manifestarlo en nuestras vidas. Es un *bautismo* en la eternidad.

“El bautismo es uno de los requisitos más mal entendidos, en su forma fundamental, por cualquiera que intenta seguir a Cristo Jesús. Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo’ (Mt. 28:19) En esencia, Él les estaba diciendo a sus discípulos que sumergieran en el carácter del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a aquellos que calificaran como discípulos. El bautismo es el intercambio de nuestro espíritu, alma y cuerpo con cada parte de la Trinidad. Es una inmersión total en el carácter y en la personalidad de Dios.” (Emerson Ferrell, La mente de Cristo)

Vamos a sumergirnos en el Señor, entregando nuestra voluntad plena a Él y dejando de buscar la satisfacción en la materialidad de esta vida, por muy benignas que fueren. Si Dios alimenta nuestros sueños, nuestro diario caminar, nuestras posesiones y

LO QUE DIOS ME DIJO **SUMERGIDOS EN LA ETERNIDAD**

nuestras relaciones, todo se trasformará y pasará de gris a color, de sombra a luz, finitud a infinitud, y de pasajero a eterno.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **LOS PERFECTOS DE DIOS**

LOS PERFECTOS DE DIOS

LO QUE DIOS ME DIJO LOS PERFECTOS DE DIOS

Cuenta una antigua historia que un gran reino tenía la fortuna de poseer uno de los diamantes más famosos y reclamados por el mundo. Su tamaño, pulido, forma, color y brillo eran únicos. Tal era su increíble valor que se encontraba sumamente custodiado por grupos de guardias que se alternaban para proteger a esta joya a todas horas. Sin embargo, durante un cambio de guardia, uno de los custodios tropezó con el delicado ornamento donde se encontraba reposando este diamante, causando que tambaleara unos segundos. Vano fue el intento de los guardias al abalanzarse sobre él para impedir su caída, pues, al ser tan pesado, cayó con una gravedad inmediata. Todo el estruendo, los movimientos y gritos en medio del castillo, en las cámaras reales, fue tal que atrajo la atención de todos alrededor, incluso del rey mismo. Cualquier ruido semejante proveniente de la habitación del diamante más diáfano de los continentes no fue para menos. Al instante estaban el rey, la reina, todo el grupo de cortesanos, el pueblo y los transeúntes del lugar. “¡Levántenlo!”, exclamó el rey con una mezcla de ira y preocupación. Uno de los guardias lo tomó entre sus manos con la fragilidad de una pompa de jabón. El ponerlo en alto, a la vista de todos, un notorio murmullo de asombro y estupor llenó la habitación y sus alrededores. Efectivamente, el diamante mostraba una rajadura en un costado, una grieta notoria que desvirtuaba los rayos del sol en todas direcciones. El horror se apoderó del rey, quien inmediatamente solicitó una audiencia de urgencia con los mejores joyeros que habitaran esa tierra o cualquier otra. Ningún precio era demasiado alto para la reparación de este baluarte real. Una serie de artesanos de piedras preciosas se hicieron presentes ante la solicitud y se les permitió analizar de cerca al diamante para estimar sus capacidades para repararlo y volverlo a su estado ulterior. Miraron la joya, hablaron entre sí, hicieron cálculos, consultaron libros... al cabo de un buen rato, se dirigieron al rey

con profunda resignación: el diamante no puede ser reparado. En el mejor de los casos, podría cortarse en partes y obtener varias joyas preciosas. El rey, ahora desplomado en su trono, observó que uno de los joyeros no emitió palabra. Intrigado, le preguntó si pensaba lo mismo. “Sí, es muy cierto lo que se propone. Mas hay una segunda opción, pero no podrá ser ese diamante igual jamás”, respondió. “¿Tendrás que romperlo?”, indagó el rey. “No. Puedo trabajar con él al menos una semana, y quedará entero, pero distinto.” “Si no hay más opción, que así sea”, dijo el dirigente. Así, fue encargado a este joyero la reparación de costosísimo diamante. Cada día que pasaba el artesano en aquella habitación a solas, acompañado únicamente del sonido de sus herramientas que operaban con extrema delicadeza, parecía un año entero. Todo el mundo estaba expectante del resultado. La ciudad entera permanecía en vilo vigilando tanto como fuera posible aquel sitio. Luego de una semana, la puerta del improvisado taller se abrió, y emergió el joyero con el diamante entre sus manos. El asombro en las miradas del rey, la reina, los cortesanos y los habitantes valía tanto como aquella piedra preciosa. ¿Cuál fue el resultado? Lo veremos al final.

Sean perfectos

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” (Mateo 5:42)

Este versículo que plasma las palabras de Jesús parece plantear un mandamiento imposible de cumplir. ¿Quién podría llegar a poseer una perfección cabal que agrade a Dios en todos sus aspectos? Una frase que circunda entre la sociedad utilizada para justificar los errores y extravíos del ser humano es “*nadie es perfecto*”. Empero, la Palabra de Dios no nos invita a esta resignación, sino que nos demanda “*sean perfectos*”. A pesar de

LO QUE DIOS ME DIJO LOS PERFECTOS DE DIOS

esto, no es de extrañar que no nos sintamos de ese modo. Son muchas las equivocaciones y yerros que acumulamos en nuestro haber, de las cuales sentimos profundo arrepentimiento. Inevitablemente, nos vemos al espejo con muchas fallas que podemos atribuir a la vida, la crianza, la educación, el sistema, la sociedad, o aún a nosotros mismos. Lo cierto es que no nos sentimos perfectos en lo absoluto y, por lo tanto, no somos consecuentes con este mandato del Señor. “Sean perfectos”, dice Dios, pero parece una meta inalcanzable. ¿Será que Jesús juega con nuestros sentimientos? ¿Tal vez nos propone algo imposible para que seamos unos perpetuos miserables? O tal vez no estemos entendiendo la perfección que Él nos demanda. Esto es lo que exige Dios de nosotros: perfección.

“Perfecto serás delante de Jehová tu Dios.” (Deuteronomio 18:13)

Beneficios

¿Por qué deberíamos ser perfectos? Este es un tema que nos debería preocupar. No podemos mirar de soslayo un estatuto que demanda tanto de nosotros. Por lo tanto, veamos en las Escrituras la importancia de buscar la perfección para luego entenderla mejor y, de ser posible, adquirirla con el tiempo.

“Conoce Jehová los días de los perfectos, y la heredad de ellos será para siempre.” (Salmo 37:18)

La herencia de los hijos de Dios es la motivación principal que tenemos para continuar nuestro camino, por difícil que resulte ser. En el transcurso de dispersar el Evangelio a toda criatura, sobreviviendo a los embates de este mundo que intenta censurar nuestro mensaje, el sólo saber que Jesús nos espera como el galardón al final del camino, la herencia de los santos, es más que suficiente para continuar sin cejar un momento. Sin embargo,

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LOS PERFECTOS DE DIOS

esta herencia está escondida del mundo y reservada sólo para los perfectos. Aquellos que día tras día conservan su mirada en Jesús recibirán la corona de justicia. Este motivo debería bastar para aspirar a la perfección que demanda el Señor, sin la cual pereceremos en un destino sin aquella bendita herencia del Reino de los Cielos.

“El camino de Jehová es fortaleza al perfecto; pero es destrucción a los que hacen maldad.” (Proverbios 10:29)

Como si la vida venidera no fuera suficiente, Dios promete fortaleza para sus escogidos perfectos en Él. Sucumbir en ese desliz social de que “nadie es perfecto” es acarrear destrucción para nuestras vidas, pues los caminos presentados para nosotros son perfección o maldad. No puede haber creyentes imperfectos de acuerdo a las Escrituras; no al menos en el sentido bíblico.

“Abominación son a Jehová los perversos de corazón; mas los perfectos de camino le son agradables.” (Proverbios 11:20)

Una vez más, las únicas opciones para presentarnos frente al trono de Dios son como perversos o como perfectos. La perversión del alma, es decir, las veredas torcidas del pensamiento, la intención y la acción, son abominables para el Señor, totalmente desaprobadas y censuradas. La perfección de corazón resulta agradable para Dios, lo que implica su aprobación, su bendición y su complacencia. Sólo estas tres razones deberían ser suficiente para convencernos de este mandamiento ineludible: debemos ser perfectos.

Términos originales

¿Qué significa *perfección* en el Antiguo y Nuevo Testamento? Indagando en las raíces hebreas, nos encontraremos con la palabra *tam*, la cual se traduce como *perfecto*. En su definición,

LO QUE DIOS ME DIJO LOS PERFECTOS DE DIOS

significa “completo”, “íntegro”, “sincero”, y siempre en un sentido relativo al hombre. Desde su raíz griega, por el Nuevo Testamento, proviene de *téleios*, que significa “completo”, “maduro”, “completamente crecido”, “plenamente desarrollado”, “que alcanzó su propósito”. *Téleios* es madurez en contraste a la inmadurez.

Tomando en cuenta estas definiciones, descubriremos que la perfección no parece una cualidad humana natural. A lo largo de los siglos el ser humano a parcializado sus sentidos y dividido su alma en pos de diferentes ideales y pretensiones. El mismo Señor reclama: “[...] *Se han corrompido, hacen obras abominables; No hay quien haga el bien. Todos se desviaron, a una se han corrompido; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.*” (Salmo 14:1, 3), “*Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.*” (Romanos 3:12). Esta condición ubica a toda persona de manera excluyente a la salvación de su alma. Si sólo los perfectos heredarán la vida eterna, poseerán el favor del Dios y serán agradables para Él, entonces el Cielo será un sitio con demasiadas ausencias. De esta manera, Dios plantea una solución: Él perfeccionará al ser humano.

“Dios es el que me ciñe de poder, y quien hace perfecto mi camino” (Salmo 18:32)

El salmista lo sabía muy bien. El hombre es incapaz de engendrar en sí mismo un ser perfectamente complaciente para el Señor, sino que en su debilidad depende únicamente del Dios providencial que tome el corazón entre sus manos y le dé forma, carácter y propósito. Quien tiene la capacidad de corregir nuestros pasos y conducirlos hacia su voluntad es sólo Él. Una historia dará un contraste evidente entre un corazón que reposa

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LOS PERFECTOS DE DIOS

en el poder de Dios, tal como dice el salmo, y una consecuente desconfianza de la misma persona.

Cambio de opinión

“Durmió Abías con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de David; y reinó en su lugar su hijo Asa, en cuyos días tuvo sosiego el país por diez años. E hizo Asa lo bueno y lo recto ante los ojos de Jehová su Dios. Porque quitó los altares del culto extraño, y los lugares altos; quebró las imágenes, y destruyó los símbolos de Asera; y mandó a Judá que buscasse a Jehová el Dios de sus padres, y pusiese por obra la ley y sus mandamientos. Quitó asimismo de todas las ciudades de Judá los lugares altos y las imágenes; y estuvo el reino en paz bajo su reinado. Y edificó ciudades fortificadas en Judá, por cuanto había paz en la tierra, y no había guerra contra él en aquellos tiempos; porque Jehová le había dado paz. Dijo, por tanto, a Judá: Edifiquemos estas ciudades, y cerquémoslas de muros con torres, puertas y barras, ya que la tierra es nuestra; porque hemos buscado a Jehová nuestro Dios; le hemos buscado, y él nos ha dado paz por todas partes. Edificaron, pues, y fueron prosperados.” (1 Crónicas 14:1-7)

El rey Asa participa en el panteón de los héroes de Judá, siendo un rey benevolente pero determinado, conduciendo a todo el pueblo a servir a Dios con fidelidad. Su reinado inicial se caracterizó por un período de paz fruto de la búsqueda de Asa a Dios con todo su corazón. Este proceder le dio victorias muy notorias como las de los etíopes y los libios.

“Y salió contra ellos Zera etíope con un ejército de un millón de hombres y trescientos carros; y vino hasta Maresa. Entonces salió Asa contra él, y ordenaron la batalla en el valle de Sefata junto a Maresa. Y clamó Asa a Jehová su Dios, y dijo: ¡Oh Jehová, para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas! Ayúdanos, oh Jehová Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre venimos contra este ejército. Oh Jehová, tú eres nuestro Dios; no prevalezca contra ti el hombre.

LO QUE DIOS ME DIJO **LOS PERFECTOS DE DIOS**

Y Jehová desbizo a los etíopes delante de Asa y delante de Judá; y huyeron los etíopes.” (1 Crónicas 14:9-12)

Su reinado parece ir en marcha perfectamente.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS**

LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

La magia del cosmos

Existe un documental muy interesante que, pese a no ser cristiano, aporta invaluable pruebas de la obra perfecta de Dios desde los albores del universo. Esta producción se llama *¿Es la tierra un planeta único?*, de la productora alemana DW, y no tiene desperdicio. A lo largo del video explica que, entre los más de cuatro mil planetas descubiertos por la ciencia, no existe ninguno que reúna las condiciones de vida de nuestro planeta Tierra. Su distancia al Sol está medida con gran exactitud, permitiendo el agua líquida y la vida; si estuviera un poco más lejos, el planeta sería muy frío, y si estuviera sólo un poco más cerca, estaría demasiado caliente. De hecho, el mismo sistema solar es muy particular. Se cita del documental: *“Nuestro sistema solar está rodeado de cierta magia. Tuvieron que suceder muchos eventos aleatorios para que fuera lo que es”*. A lo largo del video se habla sobre la formación de la Tierra, la ubicación de Júpiter, Saturno, los elementos que conformaron al planeta en un principio, la regulación geotérmica de los volcanes en relación al dióxido de carbono y el agua, la tectónica de placas única en nuestro globo que recicla el CO₂, el tamaño correcto del planeta que le permitió enfriarse a la velocidad correcta, el impacto de un cuerpo que ablandó el magma y originó a nuestra Luna, dando y conservando la inclinación de 23 grados al eje de la Tierra y regulando sus mareas y temperaturas superficiales, con estaciones climáticas. Considerando la cobertura magnética que protege al planeta de las ráfagas solares y los rayos UV, la composición actual de la atmósfera, y muchas características más, nuestra Tierra fue claramente creada y sostenida por una mente infinitamente inteligente. Y esto nos hace pensar en la forma en que Dios obra: siempre de manera cuidadosa y controlada.

La motivación de Dios

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

La misión del Mesías, el Hijo de Dios, fue sustituir todas las ofrendas sacrificiales del pasado y suplir todas las demandas de justicia del Cielo ante las faltas interminables y exponencialmente crecientes de la humanidad. Incapaz el ser humano de permanecer en el pacto de gracia que Dios había provisto, fue el Cordero de Dios quien ocupó nuestro lugar en aquel madero de maldición para extender la bendición de la vida eterna hacia quienes han de creer en su Nombre. Amén de toda explicación que se pueda proveer acerca de la obra de Jesús, no hay palabras en el mundo capaces de abarcar la dimensión de la misma. Tal como dijo el apóstol Juan, “[...] *muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.*” (Juan 21:25).

En consideración de la multiforme obra del Padre a través de Jesucristo, cabe preguntarse: ¿por qué lo hizo? Dios es un Ser autosuficiente, completo. Alguien ha dicho por ahí que el Señor se encontraba en soledad y por esta razón dio origen al ser humano. Eso no es verdad. Dios, como Dios es, no necesita compañía que mitigue la tristeza de la falta de amigos. No necesita absolutamente nada del universo, ni al universo mismo. En la unión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no hay carencias por completar ni faltas por suplir. Es decir; no hay imperfección en la perfección divina. Dijo el apóstol Pablo: “*El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.*” (Hechos 17:24-25). Dios mismo llega a decir: “*Si yo tuviera hambre, no te lo diría a ti [...]*” (Salmo 50:12) en relación a los sacrificios animales que se ofrecían en la antigüedad creyendo que servían para satisfacer alguna necesidad de Dios. Ahora bien, al estar habituados a conocer la soberbia del ser

LO QUE DIOS ME DIJO LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

humano en su propia autosuficiencia, creemos que Dios puede pecar de arrogante o soberbio. Sin embargo, es imposible medir a Dios con las reglas de la humanidad ni tomar distancias a su grandeza con las métricas de este mundo. Dios es autosuficiente, lo que le da toda la potestad de hacer lo que Él quiera y como Él quiera, pero lo que Él quiere es perfecto en todas las formas posibles e imposibles. Cuando el ser humano intenta ser autosuficiente se convierte en una criatura ridícula ante sus infinitas limitaciones. Matt Smethurst, editor de Coalición por el Evangelio y autor de libros, dijo: *“Satanás no susurra: ‘Cree en mí’; susurra: ‘Cree en ti mismo’*”. De esta manera, entendemos que Dios es un Ser totalmente independiente de todo cuanto pueda existir (lo cual Él mismo ha creado) y, por consiguiente, no tiene necesidad del ser humano. Arthur W. Pink, predicador de los 1800, decía que *“nuestra fe no le añade nada a Dios y nuestra duda no le quita nada tampoco”*.

Regresamos, pues, a la pregunta inicial: ¿por qué lo hizo? ¿No significa esta independencia completa de Dios de las personas un desprendimiento emocional de su creación? ¿Acaso Dios olvida lo que ha hecho con sus manos y le deja a su ventura pues no necesita de aquello? ¿Dios nos ha olvidado por causa de que no somos en lo absoluto necesarios para Él? Por supuesto que no. Dios ha comunicado a su creación: *“¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti.”* (Isaías 49:15)

Pensemos unos momentos en esto y tratemos de indagar en el corazón del Padre. Él no necesitaba crearnos, pero *“somos hechura suya”* (Efesios 2:10). Él no tenía faltas en su entorno, pero *“se paseaba en el huerto”* (Génesis 3:8) del Edén con sus criaturas. Él no necesitaba procrearse, pero nos *“dio potestad de ser hechos hijos de*

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

Dios” (Juan 1:12). De esta manera, entendemos que el motor de Dios no es la *necesidad*, es el *amor*.

Los últimos momentos

Viajemos en el tiempo a los últimos momentos de Jesús en la tierra antes de ser entregado. Cada momento de su vida estuvo determinado por el reloj celestial. Su nacimiento, el paso por las aguas del bautismo en manos de Juan, su travesía en el desierto para ser probado, el inicio de su ministerio en Galilea, el encuentro con cada persona (enfermos, mutilados, religiosos, judíos, no judíos), y, por supuesto, el momento de su partida, resurrección y ascensión al Padre. La misión de Jesús fue *“buscar y salvar lo que se había perdido”* (Lucas 19:10); esto es, las diez tribus perdidas de Israel por todo el mundo. Al predicar a los líderes de Israel que habían quedado allí de Judá (los judíos), éstos le rechazaron en su mayoría (Juan 1:11). Así, expandió su mensaje a los israelitas que estaban dispersos por el mundo, mezclados entre las gentes (gentiles) y trayéndolos a la fe, la senda antigua, otra vez (Nehemías 1:9; Santiago 1:1; 1 Pedro 1:1; Juan 11:49-54). El extremo de la región conocido en ese entonces (más de dos milenios atrás) no tiene símil al mundo que hoy conocemos con el desarrollo de los mapas por los registros en misiones marítimas (cartografía). Por lo tanto, Grecia se veía como el extremo del mundo en ese tiempo. Los líderes judíos, oyendo que Jesús debía irse, se preguntaron: *“¿Adónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos?”* (Juan 7:35). Precisamente fue Grecia quien estableció el tiempo de la partida del Señor. Una vez que la Palabra de Dios, el Evangelio del Reino de los Cielos, había sido predicado no sólo en Judea, sino también a los expatriados, el tiempo de la entrega del Cordero de Dios había llegado. La Biblia lo relata así: *“Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues,*

LO QUE DIOS ME DIJO LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado.” (Juan 12:20-23). Así se determinó el tiempo que la obra final de expiación comenzaría.

Luego de organizar la cena del Pésaj (Pascua), el espíritu de Jesús se conmueve al anunciar la traición de uno de ellos (Juan 13:21) y, saliendo Judas a entregarle, Jesús da un mensaje final tan poderoso como emotivo comprendido entre Juan 13:31 y Juan 16:33. Les habla del mandamiento del amor, anuncia la negación de Pedro, se establece como el único camino al Padre, promete el Espíritu Santo, se ilustra como la vida verdadera, les advierte del aborrecimiento del mundo, les da esperanza por la tristeza que vendrá y anuncia su victoria sobre la tierra. Al final, ora por todos ellos. Y aquí se evidencia la mayor preocupación de Jesús, la cual observamos en todas las indicaciones previas, pero encuentra su clímax en sus palabras al Padre. Es imperativo reconocer entre las líneas de las Escrituras la tormenta de emociones que embargaban a Jesús. Lamentablemente, los paradigmas insertados durante la Edad Media europea, que moldearon el pensamiento hacia todo el occidente, han esculpido imágenes de Cristo que distan mucho de la cultura judía a la cual pertenecía Jesucristo. De hecho, su mismo nombre ha sido romanizado de Yeshúa a Jesús. La imagen del hombre judío palestino se reemplazó por un europeo caucásico más bien rubio. Todo vestigio de cultura judía fue demonizada y censurada por los tiempos de la inquisición al punto que aun, hoy en día, cualquier mención o referencia al Jesús judío se toma de forma muy negativa y se califica a todo expositor como *judaizante*.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

El Jesús de la Biblia, el Jesús judío, fue un hombre de apariencia popular. Su piel era como la de todos, así como el color de sus ojos o el tono de su voz. Su idioma, probablemente arameo, se derivaba del mismo idioma que sus contemporáneos; aquel idioma transitorio entre el hebreo y el griego en tiempos del cautiverio. Pero lo más importante es la inmensa diferencia entre la cosmovisión europea (que heredamos nosotros) y la de Medio Oriente: mientras que desde Europa la apariencia era lo más importante, conservando rostros inertes y figuras cortesanías; los orientales tenían (y aún conservan) una cultura pasional, emotiva, llena de expresiones sentimentales. La literatura hebrea (como la arábiga o la india, por ejemplo) está cubierta de figuras metafóricas que encierran fuertes expresividades alámicas. Jesús pertenecía a esta cultura. Es imposible figurarlo en un cuadro medieval con una expresión facial seria y carente de emotividad. El Jesús de la Biblia reía, lloraba, se emocionaba, se lamentaba, celebraba y sentía congoja.

Hacia el final de sus días en su misión terrenal no faltó ninguna de estas emociones, aunque se tornaron más lúgubres en perspectiva de los acontecimientos que se avecinaban; y una preocupación tomaba protagonismo en su corazón. Como mencionamos, la llegada de los griegos buscando a Cristo marcó el inicio de su entrega final. El Evangelio había sido anunciado por toda la región de Judea, por Samaria y “hasta lo último de la tierra” (Grecia). Jesús sabía que el trabajo evangelizador habría de continuar con los discípulos y todos quienes crean en Él. Allí radicaba su preocupación: en cierta manera, ellos quedarían solos. Decimos *en cierta manera* porque el Espíritu Santo quedaría en su lugar y sería levantada una serie de líderes que conducirían al rebaño del Señor. Empero, la misma presencia de Cristo palpable, tangible, cercana y estrechamente personal, en términos

LO QUE DIOS ME DIJO LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

humanos, ya no estaría más. Antes de Jesús y después de Él, Dios siempre estuvo presente, pero nunca tan cercanamente como cuando caminó entre nosotros. Juan dijo: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”* (Juan 1:14). El apóstol añadió: *“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.”* (1 Juan 1:1,3).

Teniendo en consideración la próxima partida de Jesús, los discípulos estaban por enfrentar el período más difícil de sus vidas. Inmediatamente a la traición de Judas, quien se levanta de la mesa para llevar a cabo su entrega al Maestro, Jesús dice: *“Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él.”* (Juan 13:31), y seguidamente les anuncia que ya no estará con ellos, gesticulando unas palabras de despedida con una ternura incomparable, diciendo: *“Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir.”* (Juan 13:33). Pedro es el primero en reaccionar ante la peor noticia que parecen recibir, al preguntar: *“¿a dónde vas? ¿por qué no te puedo seguir ahora?”* (Juan 13:36-37). Jesús, comprendiendo el temor que se está apoderando de ellos, le exhorta: *“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.”* (Juan 14:1). Aquí vemos cuál era la máxima preocupación del Señor en aquellos momentos. Sabía que había llegado su hora, que debía enfrentar la prueba más difícil, que en el huerto de Getsemaní estaría batallando con la decisión del Padre, que sería entregado y abandonado, y que moriría con muerte de cruz. Pero en estos momentos, su corazón estaba con ellos, con sus discípulos. Un grupo de hombres débiles e inexpertos que

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

anduvieron con Él, que atestiguaron sus milagros públicos, pero también conocieron al Jesús secreto, al que estaba velado al público en general. Jesús ya los veía sufrir y sufría con ellos.

Acto seguido, como un consuelo fuerte y seguro, les promete una habitación. Jesús no será el rey judío que destrone al César y tome el control de la situación política. Él no pondrá armas de hierro en las manos de sus seguidores, sino clavos del mismo metal en sus manos. No guiará al pueblo a enfrentar al imperio romano, sino que irá Él solo a enfrentar al imperio de la muerte. Pero en esa lucha, sus discípulos quedarían momentáneamente a la deriva, inclinados a perder la fe, sacudidos por la persecución y atemorizados por un sentimiento profundo de derrota y frustración. *“Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”* (Juan 14:3), les dijo, añadiendo la promesa del Espíritu Santo como el Consolador que les cuidaría en su ausencia de manera fiel (Juan 14:16). Las palabras consoladoras de Jesús, aun siendo agradables, aseguran el contraste emocional que les está por sobrevenir, pues no hay consolación necesaria donde no hay tristeza. Jesús les dice: *“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.”* (Juan 14:18). Casi al final de sus recomendaciones y consolaciones, pues satanás está al acecho para acometer su obra (Juan 14:30), reitera su promesa: *“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.”* (Juan 14:27).

Jesucristo insta a los discípulos a permanecer en Él (Juan 15:1-17) en el vínculo del amor, pues los conflictos venideros jalarán desde sus corazones para arrojarlos a las mareas de este mundo. Y precisamente de este mundo les advierte, sabiendo que serán aborrecidos por el mismo, pero profunda y eternamente amados por el Padre (Juan 15:18-27). La tristeza que sobrevendrá por las

LO QUE DIOS ME DIJO LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

persecuciones, los aborrecimientos y la tragedia de la soledad, se convertirá en un gozo perpetuo mientras permanezcan en la fe, pues el mundo, aun con todo su poder, ha sido vencido por el Señor (Juan 16).

La oración

El momento ha llegado. *“Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.”* (Juan 13:1) El verdadero poder del amor se materializó en la obra de Cristo. Nadie en esta tierra amó como Él ni amará jamás. Un amor dispuesto a dar la vida entera y con gran sufrimiento por salvar a pecadores como nosotros. Sólo resta una cosa por hacer: una oración por aquellos hombres temerosos. La muestra de amor no se hizo esperar, pues en ese mismo momento cuando estaba a punto de sufrir todo el peso del castigo del pecado de la humanidad sobre su propia carne, estaba más preocupado por esas personas a su lado a quienes amaba. Él ya sabía que habría de ser glorificado y que regresaría al Padre, y que su predicación ya había surtido efecto (Juan 17:1-8). Pero, ¿y los discípulos qué? Ellos no irían al Padre ahora mismo. No morirían juntamente con Él. Aun el reo que estaba a su lado en la cruz era más afortunado pues se iría literalmente junto con Cristo al Cielo a reinar, pero sus discípulos no. Por esta razón, Jesús ora: *“Y o ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son”* (Juan 17:9). La tarea de los discípulos, a quienes Jesús mismo llama *amigos* (Juan 15:15), no era simplemente acompañarle en sus tareas diarias o sus predicaciones. El verdadero y más tenaz trabajo estaba apenas por comenzar. El mensaje del Evangelio ahora estaba en sus bocas y debía ser anunciado por todo lugar hasta lo último de la tierra (Mateo 28:19-20; Hechos 1:8). La partida de Jesús lanza a estos varones a las fauces del mundo,

183

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

como ovejas en medio de lobos (Mateo 10:16). Jesús explica: *“Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé”* (Juan 17:12). Ahora, en la cruz, Jesús estaría imposibilitado de protegerlos. Atravesando el velo de la muerte iría en búsqueda del acta que nos era contraria para otorgar salvación a los que creen en su Nombre. Mientras tanto, tal vez nadie cuide de ellos. Por eso, la preocupación de Jesús era precisamente eso: mientras estaba Él, estaban bajo su cuidado; ahora, ¿quién los cuidará? El único instante de la eternidad en el cual Jesús debía apartar su mirada de sus escogidos, aunque fuera un solo momento, la oración de Cristo fue: *“Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”* (Juan 17:13-15). Todo el resto de la oración se concentra en estos hombres temerosos de las circunstancias.

Cuidado para todos

Ahora bien. ¿Será este consuelo de Dios un beneficio reservado solamente para sus discípulos inmediatos? Por supuesto que no. La oración del Señor extiende su propósito a todos nosotros, diciendo: *“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.”* (Juan 17:20-21). Todos los que creemos en la obra de Cristo, su misión expiatoria y la obra de gracia que nos da acceso a la vida eterna, podemos percibir estas palabras para nosotros mismos. Pensemos en esto por un momento. Cuando Jesús oraba al Padre, cuando rogaba *“por los que han de creer”*, estaba orando por ti y por mí. Jesús elevó un clamor al Padre por nuestras vidas, considerando las vicisitudes del mundo que nos exponen a peligros y males constantes.

LO QUE DIOS ME DIJO LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

Recuerda: cuando estés sufriendo o pasando un momento de aflicción, Jesús ha orado por ti al Padre para que seas guardado del mal.

Pedro, quien reaccionó primero ante las palabras de Jesús que anunciaban su despedida, comprendió esto con el tiempo. Llegó a exhortar al pueblo: *“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.”* (1 Pedro 5:6-7). Recordemos el motor de acción de Dios: no es la *necesidad*, pues a Él no le hace falta compañía en el Cielo ni busca adoración en la tierra para elevar su autoestima. Lo que impulsa a Dios a crearnos, buscarnos y salvarnos es el *amor*. Por amor nos hizo, por amor nos guarda, por amor dirige nuestros pasos, por amor se revela a nuestros corazones, por amor nos abre la puerta a su Presencia, por amor nos introduce en el pacto, por amor nos conduce a la vida eterna, por amor entrega a su Hijo en la cruz, por amor le resucita, por amor vence a la muerte y al pecado, y por amor reinará por los siglos de los siglos como el Rey de reyes y Señor de señores. Dijo el salmista:

*“Alzaré mis ojos a los montes;
¿De dónde vendrá mi socorro?
Mi socorro viene de Jehová,
Que hizo los cielos y la tierra.
No dará tu pie al resbaladero,
Ni se dormirá el que te guarda.
He aquí, no se adormecerá ni dormirá
El que guarda a Israel.
Jehová es tu guardador;
Jehová es tu sombra a tu mano derecha.
El sol no te fatigará de día,
Ni la luna de noche.*

P. R. FRANCISCO IBÁÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

Jehová te guardará de todo mal;

El guardará tu alma.

Jehová guardará tu salida y tu entrada

Desde ahora y para siempre.”

(Salmo 121)

¿Dónde estaba Dios?

Hay una pregunta que parece cortar este hilo de pensamientos: ¿dónde estaba Dios en el momento que más lo necesité? ¿Dónde estaba mientras padecía ese momento tan doloroso que me dejó inerte frente a los flagelos de la realidad? ¿Dónde estaba Dios cuando me sentí tan solo? Tanto los discípulos en aquel momento como muchas veces en nuestra vida creemos que Dios hace silencio ante injusticias inexplicables, ante sufrimientos que no fueron evitados. Lo más difícil de atravesar es esa sensación de injusticia, de impotencia, de *sin sentido*. James Dobson, doctor y consejero familiar, expone en su libro *Cuando lo que Dios hace no tiene sentido*: “Lo curioso del caso es que no son el dolor y el sufrimiento los que causan el mayor daño. La **confusión** es el factor que hace trizas la fe. El espíritu humano es capaz de resistir una enorme cantidad de aflicciones, incluso el encontrarse ante la perspectiva de la muerte, **si las circunstancias tienen sentido**. Es la ausencia de significado lo que hace que su situación sea intolerable.”

El mundo es un sistema que se empeña en eliminar a Dios de todas sus esferas. Centrándose en el humanismo, desarrollando la ciencia como explicadora de todo lo velado del universo, creando políticas e ideologías que moldeen el pensamiento. Y aun recogiendo diferentes religiones que aplaquen la necesidad espiritual de las personas con un efecto placebo, Dios parece innecesario para la gente. La mayoría de las veces *una idea de Dios* es suficiente. Luego de tantos siglos de que la humanidad se

LO QUE DIOS ME DIJO LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

resista a ser abrazada por Dios, empujando con todas sus fuerzas para arrojarle a su autosuficiencia, las sociedades sucumben ante sus propios fracasos. El ser humano le ha dicho al Señor: “¡Yo puedo! ¡No te necesito!”, y, sin embargo, ha demostrado su impotencia una y otra vez. Dios protestó contra la humanidad habiéndoles demandado oír su voz, *“Pero no oyeron, ni inclinaron su oído, antes se fueron cada uno tras la imaginación de su malvado corazón”* (Jeremías 11:8). Refiriéndose a su pueblo, Jesús expresa un profundo lamento hacia la ciudad capital, diciendo: *“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”* (Mateo 23:37). Por eso, ante la pregunta de “¿dónde estaba Dios?”, deberíamos preguntarnos, más bien, “¿dónde estábamos nosotros?”. Algunos de nosotros no creíamos en Él y muchos otros seleccionamos sólo aquellas palabras que nos convenían. En el capítulo 6 del evangelio de Juan vemos la alimentación de los cinco mil, estando cerca la pascua (Juan 6:4). Luego lo vemos caminar sobre las aguas y, por causa de semejantes milagros, mucha gente estaba buscándole desesperadamente (Juan 6:22-24). Los milagros, los beneficios inmediatos, las soluciones que se ajustan a nuestros requerimientos, nos gustan y hacen que Dios se sienta presente. Pero luego, en el mismo capítulo, Jesús les habla del maná en el desierto. Aquello fue un gran milagro, pero Cristo propone algo mejor, aunque más difícil. Las personas le preguntan: *“¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces?”* (Juan 6:30). El maná en el desierto era calificado como el “pan del cielo” (Juan 6:31), pero Jesús les dice que, aunque fue un gran milagro, no fue el maná el pan del cielo, sino Él mismo que descendió a los hombres para saciar su necesidad (Juan 6:32); y añade: *“Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”* (Juan 6:35). Jesús acaba su

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

discurso diciendo: *“Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.”* (Juan 6:58). Como muchos de nosotros, aquellas personas estaban midiendo a Dios de acuerdo a un milagro. Cuando se habla de la resurrección de Cristo, muchos mensajes hablan de que Dios “resucita tus sueños” o “resucita tus planes muertos”. Sin embargo, lo más importante de la resurrección de Cristo no es la resurrección de tus sueños: es LA RESURRECCIÓN DE CRISTO. Mientras esperamos ver un milagro, mientras nos preguntamos acerca de la ausencia de Dios cuando nuestros planes no iban de acuerdo a nuestras expectativas, mientras la confusión de las circunstancias sin sentido no dejaba desorientados y reclamando al Señor acerca de su silencio, Dios nunca ha dejado de obrar ni dudó en entregar su vida en rescate por todos nosotros. Él no vino a dar un espectáculo asombroso ante fanáticos, sino un espectáculo horrendo de dolor ante los pecadores. Ante estas declaraciones, los discípulos dijeron: *“Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”* (Juan 6:60). La Palabra añade que *“desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él.”* (Juan 6:66). Jesús hace la misma pregunta que nos hace a nosotros: *“¿Queréis acaso iros también vosotros?”* (Juan 6:67). El desafío es responder como Pedro en aquella circunstancia: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.”* (Juan 6:68-69).

La mayor preocupación

Dios no se desentiende de sus hijos. La Palabra dice: *“Jehová te oiga en el día de conflicto; el nombre del Dios de Jacob te defienda. Te envíe ayuda desde el santuario, y desde Sion te sostenga. Haga memoria de todas tus ofrendas, y acepte tu holocausto. Te dé conforme al deseo de tu corazón, y cumpla todo tu consejo”* (Salmo 20:1-4). “Te dé conforme al deseo

LO QUE DIOS ME DIJO LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

de tu corazón.” Como dijimos, el mundo está intrínsecamente formado por sistemas creados por la humanidad que lo único que han logrado es acarrear sufrimiento, soledad, depresión y desidia en las personas. Hay mucha gente que sufre, otra que ha perdido un propósito para vivir o nunca lo han encontrado, y muchas personas viven el día al día de una manera tan mecánica y sistemática que preocupa. Esto explica que, aun creyendo en Dios, vivimos en este mundo percibiendo el daño colateral de aquellos que se resisten a abandonar su autosuficiencia, su inclinación a las modas tan vacías y pasajeras, y volver a Dios, el Creador. Noé atravesó un diluvio universal, aunque era agradable delante de Dios y de los hombres (Génesis 6:8). Daniel acabó en un foso con leones, a pesar de ser fiel al Señor (y a su rey terrenal) en todo (Daniel 1:8; 6:4). Sus amigos fueron arrojados en un horno de fuego por Nabucodonosor, siendo que nunca se doblegaron a vender su fidelidad al Señor de Israel (Daniel 3:17-18). Elías huyó de su tierra hasta quedar completamente solo en el desierto en medio de un tiempo de sequía de tres años habiendo cumplido la voluntad de Dios (1 Reyes 17:1-7). Jesús fue el hombre más fiel en todo el planeta y en toda la historia, perfecto en todos sus caminos como un fiel reflejo de la imagen de Dios ante los seres humanos, y recibió golpes, escupidas, maltratos, burlas, azotes, soledad, miedo, y, al final, la cruz y su tormento sin par. Vivimos en un mundo que hace sufrir, que lastima, que hiere sin misericordia, que demanda ciertas imágenes y comportamientos de nosotros hasta absorbernos la vida misma. Esta fue una situación que enfrentó la iglesia de Corinto, y Pablo les escribe: *“Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre*

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS

falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad.” (2 Corintios 11:25-30) El entendimiento que Pablo poseía de sus debilidades era extraordinario. Fue un hombre que recibió de parte de Dios revelaciones muy poderosas que le pudieron haber exaltado sin medida, pero él trajo a memoria el trato del Señor con su corazón: *“para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.”* (2 Corintios 12:7-10).

¡Dios está trabajando contigo! Aunque duela, aunque sea difícil muchas veces, y aunque no entiendas muchas situaciones dolorosas del pasado, Dios te cuida y te ama profundamente. Aunque sea invisible Dios para ti, ten en cuenta a Moisés, quien se sostuvo viendo al Invisible (Hebreos 11:27). Tú no lo sabes, pero cuando creías estar solo o sola, allí estaba Él contando tus lágrimas, acumulando tus ruegos, para manifestar en el tiempo presente la multitud de su gracia. Aunque Noé sufrió el diluvio, salvó a la humanidad. Aunque Daniel estuvo en el foso de los leones, Dios le salvó y trajo salvación a Israel y a Persia. Aunque los amigos de Daniel fueron echados el horno de fuego, su fe glorificó a Dios y trajo salvación a Babilonia. Aunque Elías vivió en el desierto, Dios juzgó a la nación y salvó a su pueblo de la

LO QUE DIOS ME DIJO **LA MAYOR PREOCUPACIÓN DE JESÚS**

idolatría. Aunque Jesús murió en la cruz de la manera más triste y dolorosa, resucitó para darnos vida, y vida en abundancia. ¡Seca tus lágrimas! ¡Él te ama!

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **BUSCANDO EL ALTAR**

BUSCANDO EL ALTAR

Cambios políticos

Las circunstancias en las que Salomón, el hijo de David, asume el reinado se caracterizan por las fuertes tormentas políticas que se estaban dando en Israel. La aparición del primer rey, Saúl, y la consecución de la dirigencia a manos de David tuvieron un tono más paulatino y natural, y no fueron ni remotamente situaciones tan agitadas como la época que enmarcaba a la sucesión del trono luego del dulce cantor de Israel. ¿De dónde proviene tal agitación? Lejos de justificarse tal ambiente por algún complejo entramado político nacional o internacional, fue sólo una muy mala decisión tomada por David en un momento de debilidad carnal. Como recordamos, David fue denominado por las Escrituras como un hombre *conforme al corazón de Dios* en 1 Samuel 13:13 y Hechos 13:22. Sin embargo, el diáfano testimonio de la vida de este entrañable rey, amado por el pueblo, aprobado por Dios, digno de la fidelidad de sus soldados, fue manchando con la tinta que escribió un pasaje muy oscuro perpetrado en sus cámaras reales. El capítulo 11 de 2 Samuel describe a detalle toda la situación. David envía a sus hombres a la guerra, pero, contrario a su costumbre, él no acude a la batalla y prefiere quedarse en sus aposentos. Esto le permitió cierto tiempo de ocio en el cual pudo ver a una mujer bañándose cerca del palacio real. David inclina su corazón hacia la lujuria, la hace traer a su cámara y materializa aquello que había concebido en su corazón. Sumado a este claro adulterio, la mujer, Betsabé, queda embarazada. Como si no fuera suficiente tal desliz, David urde un plan para esconder su gran error. Envía llamar al esposo de Betsabé, Urías, que se encontraba en la guerra, para que pasara la noche con su esposa y así responsabilizarle por la paternidad del bebé que habría de nacer. En ese momento, Urías demuestra su integridad y fidelidad para con el reino y no acepta bajo ninguna

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ BUSCANDO EL ALTAR

circunstancia ir a su casa mientras estén sus compañeros en el fragor de la batalla. Dispuesto así, David envía a su general Joab a ubicar a Urías en la sección más peligrosa de la pelea entre ambas naciones donde su muerte estuviera garantizada. Así lo hizo Joab, y Urías perdió la vida. Adulterio y asesinato. Luego de todo el relato de este capítulo 11 de 2 Samuel, el último versículo reza: *“Mas esto que David había hecho, fue desagradable ante los ojos de Jehová.”* (v. 27) No tardó en venir palabra de profeta a David en boca de Natán: *“Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungué por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl, y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno; además te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, te habría añadido mucho más. ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol.”* (2 Samuel 12:7-12). El arrepentimiento de David fue notorio. En 2 Samuel 12:13, David pronuncia un *“pequé contra Jehová”*, que se extiende en el penoso y funesto Salmo 51.

Esta historia no cambia el hecho de que David tuviese un corazón como el de Dios y que aun su trono fue considerado como referencia para los reinados sucesivos. Cada rey que continuó la gobernación del pueblo de Israel tuvo la métrica de la calidad de David. Sin embargo, lo hecho, hecho está y sus tributos se mantienen en deber. Aquello que había sido sembrado por un momento de lujuria y desesperación sería cosechado con creces. Los capítulos siguientes van a conformar una amalgama

LO QUE DIOS ME DIJO BUSCANDO EL ALTAR

de victorias de David con duras tensiones y circunstancias entre los integrantes de su familia y allegados. Mientras va a tener un hijo con Betsabé, Salomón, el primer hijo concebido murió al nacer. En tanto que obtiene la victoria de la fortificación de Ramá, su hijo Amnón abusará sexualmente de su otra hija Tamar, hermana de Amnón. Esto desencadenó el plan de venganza de Absalón, hermano de Tamar, que procuró la muerte de Amnón y lo logró. Huyendo éste de Israel, se refugió en ciudades vecinas. Pasado bastante tiempo, David le manda llamar dejando en el pasado la historia acontecida. Sin embargo, los conflictos apenas estaban cobrando tenor pues Absalón se subleva contra David para obtener el trono en sus manos. Absalón contra David, generales contra generales, ejércitos contra ejércitos, y todo dentro de una misma nación. Una nación que tenía sus fundamentos llenos de grietas y sus murallas sacudidas por tiempos muy violentos. De aquel muchacho que buscaba al Señor con su instrumento musical entre las ovejas queda sólo un recuerdo, pues ahora sus descendientes y capitanes sólo median a través de la sangre, la venganza y la guerra.

El momento álgido de esta serie de sucesos encuentra su cumbre en la sucesión del trono de David a su hijo Salomón. En cercanos momentos a su coronación, un hijo de David, Adonías, ve perdida su oportunidad de reinar y decide tomar al toro por las astas proclamándose a sí mismo rey de Israel. Joab, principal general del ejército de David, apoya a Adonías en su decisión. Aun así, David llama a su hijo Salomón y lo nombra rey oficial de la nación. Ahora, todo el poder está en manos del nuevo gobernante. En medio de tantas pujas de poder, traiciones, ventajas, divisiones y determinaciones, Salomón irrumpirá dando fin a todo y colocando a cada persona en su lugar.

Tres varones

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **BUSCANDO EL ALTAR**

Como hemos visto hasta ahora, parece inverosímil que la historia de la Biblia continúe de esta manera. Recordamos a Abraham conversando con Dios, luego a Moisés dirigiendo a Israel a través del desierto con milagros, señales y prodigios, mientras la Presencia de YHWH los acompañaba como fuego de noche y nube de día. La entrada a la Tierra Prometida no es escasa en milagros semejantes y aún la liberación del pueblo con el liderazgo de los jueces tampoco. Sin embargo, desde el tiempo en que el pueblo decide quitar a Dios como su rey y colocar a un ser humano, el pueblo se “carnalizó”, apoyando su credibilidad en las habilidades de un gobernante. Por esta razón, llegamos al período de los reyes con un Dios que guarda silencio mientras su pueblo toma decisiones con la fuerza de su mano y astucia; tarea que sólo ha demostrado fracaso. Es en extremo importante notar esta transición para entender no sólo aquellos tiempos bíblicos, sino nuestra historia personal. El resultado de reemplazar a Dios por nuestras propias capacidades no puede ser menos que nefasto.

En los principios de la historia del reinado de Salomón vemos la historia de tres varones que llevaron a cabo precisamente esta determinación. Amén de todas las circunstancias políticas que rodeaban a Israel, aun se encontraba en medio de Jerusalén la habitación del arca del pacto de Dios con su pueblo. Delante del arca estaba el altar del sacrificio con sus cuatro cuernos, los cuales se utilizaban para atar a la víctima que se ofrecería para expiación (Levítico 4:25; Salmo 118:27). Aquí hay tres hombres que tendrán diferentes actitudes frente al rey, algunos en relación a este altar y sus cuernos, y sus finales no serán nada agradables. Estos hombres son Adonías, Simei y Joab. De ellos podemos aprender mucho, pues nos podríamos encontrar en situaciones

LO QUE DIOS ME DIJO BUSCANDO EL ALTAR

semejantes a las cuales podemos escapar si recapacitamos y enderezamos nuestro corazón conforme a la voluntad del Señor.

El inocente que acabó culpable

En primer lugar, mencionamos a Adonías. Él fue el primer hijo de David, cuya madre fue Haguit. Adonías no cobró protagonismo sino hasta este momento. Siendo David ya anciano, era tiempo que se diera la sucesión mandataria a uno de sus hijos. Adonías tuvo en poco esperar el tiempo suficiente y la manera correcta y, aún antes que muriese David, se auto proclamó rey de Israel. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, no perpetró ningún plan para matar a David (como Absalón), o eliminar a sus hermanos como competencia (como Abimelec, hijo de Gedeón), ni algún otro plan siniestro. Fue quizá hasta con torpeza que usurpó el trono pues su plan no fue más complejo que poner cincuenta hombres corriendo delante de él y diciendo a la gente que él era el nuevo rey. Sin duda, una corona demasiado pesada para su cabeza incapaz de elucubrar una meta más elaborada. Cuando Salomón subió al trono, el temor se apoderó de este ávido pero simple varón. Inmediatamente corrió al único lugar donde podría guardar su vida, escapando de la ira del nuevo rey y de su temible general Benaía hijo de Joiada: el altar del Tabernáculo. Así que *“Adonías, temiendo de la presencia de Salomón, se levantó y se fue, y se asió de los cuernos del altar.”* (1 Reyes 1:50). Cuando le dieron aviso a Salomón que Adonías estaba sujeto a los cuernos del altar, decidió ejecutar su juicio sobre él, diciendo: *“Si él fuere hombre de bien, ni uno de sus cabellos caerá en tierra; mas si se hallare mal en él, morirá.”* (1 Reyes 1:52). Si pensamos unos instantes, como dijimos anteriormente, no hubo un proceder en extremo malicioso por parte de Adonías más que solicitar un puesto que le pertenecía por derecho de primogenitura. Sabiendo Salomón esto, concluye su juicio de la

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ BUSCANDO EL ALTAR

siguiente manera: *“Y envió el rey Salomón, y lo trajeron del altar; y él vino, y se inclinó ante el rey Salomón. Y Salomón le dijo: Vete a tu casa.”* (1 Reyes 1:53). Su historia bien podría haber acabado aquí habiendo salido airoso de un juicio que tal vez le hubiese costado la cabeza en manos de otro tipo de rey que no manifestara la justicia de Dios. Sin embargo, viéndose liberado de un mal potencial escogió permanecer en el camino que ya le había conducido a tal aprieto. Decidió hacer uso de su torpeza y necesidad para jalar de los hilos de misericordia que le fueron tendidos y aprovechar algún otro beneficio para sí en lugar de contentarse con su buena fortuna. Conociendo a Abisag, una concubina que se puso a disposición de David en tiempos de su ancianidad para cuidarle, la codició para sí mismo. Y su codicia llegó hasta las cámaras del rey Salomón, a quien le solicitó la compañía de tal mujer por boca de Betsabé, madre del rey. Al traspasar los límites tan alevosamente, provocó la ira del gobernante, quien exclamó: *“Así me haga Dios y aun me añada, que contra su vida ha hablado Adonías estas palabras. Ahora, pues, vive Jehová, quien me ha confirmado y me ha puesto sobre el trono de David mi padre, y quien me ha hecho casa, como me había dicho, que Adonías morirá hoy.”* (1 Reyes 2:23-24). El fin de la historia de Adonías es lamentable: *“Entonces el rey Salomón envió por mano de Benaía hijo de Joiada, el cual arremetió contra él, y murió.”* (1 Reyes 2:25).

El que olvidó los límites de la gracia

No sólo Adonías tuvo la oportunidad de salvar su vida ante sus actos de injusticia que fueron cubiertos por la gracia de Dios a través de un rey sabio y benevolente como Salomón. Tiempo atrás, como ya lo hemos mencionado, Absalón se sublevó contra su padre David y le hizo padecer angustias terribles. Tanto así que el mismo rey debió huir para salvar su vida. En el camino hacia un sitio de resguardo, David y sus hombres se encontraron

LO QUE DIOS ME DIJO BUSCANDO EL ALTAR

con un varón llamado Simei, quien, lejos de ayudarles de alguna manera, comenzó a vociferar maldiciones contra ellos y arrojarles piedras durante todo el trayecto. Cuando todas estas circunstancias acabaron al ascender Salomón al trono, David dejó varios encargos a su hijo entre los cuales se encontraba el pago que haría sobre Simei: “[...] *no lo absolverás; pues hombre sabio eres, y sabes cómo debes hacer con él; y harás descender sus canas con sangre al Seol.*” (1 Reyes 2:9). La orden era la de exterminar a Simei y borrar su memoria de la tierra por causa de las maldiciones con las que arremetió contra un par de exiliados. Empero, como ya lo hemos observado, Salomón procuraba espacios de gracia a quienes merecían hasta la muerte. Por lo cual, procedió con Simei de la siguiente manera: *“Después envió el rey e hizo venir a Simei, y le dijo: Edificate una casa en Jerusalén y mora ahí, y no salgas de allí a una parte ni a otra; porque sabe de cierto que el día que salieres y pasares el torrente de Cedrón, sin duda morirás, y tu sangre será sobre tu cabeza.”* (1 Reyes 2:36-37). Simei tuvo la oportunidad, así como Adonías, de salvar su pellejo y poder continuar con su vida. Este hombre estuvo sumamente de acuerdo, pero no pasó mucho tiempo hasta que siguió el camino de Adonías. Conociendo los límites de la gracia, decidió extenderse sobre ellos. La Escritura relata de dos siervos de Simei que huyeron de él hacia la ciudad de Gat. *“Entonces Simei se levantó y ensilló su asno y fue a Aquis en Gat, para buscar a sus siervos. Fue, pues, Simei, y trajo sus siervos de Gat.”* (1 Reyes 2:40). Sabiendo esto Salomón, le mandó a llamar y le recordó todas sus palabras. Simei había tenido en poco la misericordia que le fue extendida y atentó contra su propia vida al romper los límites de la gracia otorgada. *“Entonces el rey mandó a Benaía hijo de Joiada, el cual salió y lo hirió, y murió.”* (1 Reyes 2:46).

El que no recibió gracia

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ BUSCANDO EL ALTAR

El tercer varón posee, quizá, la historia más lamentable de estos tres. Joab fue general del ejército de David, quien llevó adelante muchas de sus batallas con gran éxito, considerado uno de los hombres más valerosos de sus filas. Sin embargo, el tiempo y las circunstancias fueron rodeando su corazón de una oscuridad que le sentó demasiado bien. Aprovechando su posición, pasó por alto muchas consideraciones de David y hasta llegó a amenazarle en algunas ocasiones. Lo que es más, actuó detrás del conocimiento de su rey alimentando conspiraciones al trono y quitando la vida de hombres que no lo merecían y de maneras muy cobardes. Cuando llegó su turno de enfrentar el juicio de Salomón, el hombre más sabio de aquel entonces, huyó al arca de Dios, así como Adonías, y se asió a los cuernos del altar. Joab era totalmente diferente a los demás: no era un varón que actuó con necedad y torpeza, como Adonías, ni con ignorancia y arrebato, como Simei, sino con una maldad premeditada y bien calculada, de la cual no tuvo en reparo de hacer uso en cada ocasión. El altar ahora podría darle un lugar de inmunidad ante el rey, más que de misericordia. No fue así. Salomón envió a Benaía a arremeter contra él con su espada, quien en un instante quitó la vida del antiguo general.

La búsqueda del altar

El antiguo altar de Israel en el desierto servía para la sujeción de la víctima de sacrificio, la cual cubriría las faltas del pueblo delante de Dios, el Juez. Aquella sangre derramada serviría de cobertura temporal a los pecados de las personas hasta que se ofreciera un nuevo sacrificio. Adonías encontró misericordia allí, pero luego la despreció. Simei no conoció el altar, pues no era de Israel, aunque la potencia de éste le alcanzó. Joab buscó inmunidad en un momento de desesperación en el cual fue, como se dice, muy poco y muy tarde. La pregunta para nosotros

LO QUE DIOS ME DIJO BUSCANDO EL ALTAR

es: ¿qué vamos a ir a buscar al altar? ¿Inmunidad? ¿Desesperación? ¿Salvación de una situación ante un momento apremiante? ¿Qué es lo que no impulsó a acercarnos al Señor? ¿Qué nos enseñan las tristes historias de estos varones? A Adonías se le perdonó la vida, pues actuó con torpeza e inmadurez, dándosele el perdón al permanecer en su casa. Con el tiempo, olvidó ese acto de misericordia y la lujuria pudo más sobre su carne, lo que le costó la vida. Simei no conocía el altar, pero se le dio la oportunidad de hacerlo al permitirle vivir únicamente en Jerusalén, centro de la adoración. Poniendo de soslayo ese gesto inmenso de gracia, eligió salir de sus límites para buscar su servidumbre. Esto también le costó la vida a él. Por último, Joab actuó con una profunda maldad hasta el último día, y usó el altar como una herramienta de protección en un acto de desesperación. No valoró al altar como centro de misericordia ni apeló al perdón del rey, sino que su orgullo le impidió inclinar su cabeza, y prefirió perder su vida antes que su honor a sí mismo.

Cuando nosotros nos acercamos al altar podemos aprender de ellos. Pero estamos en una situación muy ventajosa. Todos nosotros somos pecadores, todos nos hemos equivocado y hemos elegido caminos que se perdieron por el oscuro entramado de este mundo en lugar de acercarnos a la Luz que fue manifestada a este siglo: Jesucristo. Sin embargo, todos somos invitados a venir al altar y buscar el perdón de Dios. Pero hay algo distinto: las cuatro puntas del altar, la cuales deben ser cubiertas por la sangre del sacrificio y sujetarle fuertemente, ya están ocupadas. Las cuatro extremidades de la cruz están sobre ese altar, sujetando con clavos los pies y las manos del Hijo de Dios, y su Sangre preciosa se derrama sobre la tierra maldita por nuestra causa, sanándola. Cuando queremos asirnos de ese altar ya no podemos, porque hay alguien que se sujetó a él por

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ BUSCANDO EL ALTAR

nosotros, entregando su vida por completo en él y ministrando con su propia Sangre delante del trono de gracia y misericordia. No podemos ofrecer animales allí, no podemos traer víctimas a ese lugar, pues no hay suficientes que borren la rebelión de nuestro corazón. *“Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.”* (Hebreos 10:1-4). Por esto fue necesaria la introducción de Cristo en nuestra historia, para perfeccionar nuestros corazones y hacerlos eternamente aceptos delante del Rey del Cielo, delante del Padre. *“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.”* (Hebreos 10:5-10).

En ese altar fue entregado el justo por los pecadores, el santo por los lejanos de la gracia, para establecer un reino de misericordia sobre nosotros. Desde que su perfecto sacrificio fue aceptado por el Padre, tenemos la posibilidad de andar en un camino de fidelidad para con Él y así nos *“será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.”* (2 Pedro 1:11). Acerquémonos al altar de Dios, pero no en actos de

LO QUE DIOS ME DIJO **BUSCANDO EL ALTAR**

desesperación, no con temor y duda, no como último recurso para nuestras vidas, no en ingenuidad y desconocimiento, ni tampoco con un corazón que no está dispuesto a ser transformado. Si venimos ante Él tenemos que saber que no saldremos de la misma manera de su Presencia, si es que nos entregamos a la obra de gracia del Espíritu Santo en nosotros y aceptamos aquel sacrificio de amor de Jesús como el sustituto perfecto para nuestra condición. ¡Ven al altar de sacrificio y encuentra eterna gracia y misericordia en él!

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL**

CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

Todos queremos estar bien, saludables. No sólo en lo físico, sino también (y primordialmente) en lo espiritual. Si el cuerpo decae es un problema, pero si pierde fuerza el ser interior, es una derrota. Para entender y aprender cómo podemos tener esta salud interior, veamos dos historias: Ezequías y Josías.

La llegada de Ezequías y Josías al trono fue, tal vez, en el período histórico más triste y más funesto del Reino del Sur, Judá. Antes del punto culminante y trágico de la caída final de Jerusalén, la decadencia de Israel toma su inicio en el capítulo 8 de 1 Samuel. Hasta entonces, Israel fue un pueblo tribal guiado por líderes de carácter espiritual que, mejor o peor, guiaron a estas personas a Dios repetidamente amén de sus continuos desvaríos y contradicciones. Tanto la llegada como la estadía en la Tierra Prometida ilustraron una relación turbulenta e inestable de un pueblo constantemente pecador hacia un Dios santo. Su forma de tratar a Israel siempre fue la misma: justicia y misericordia. Si bien Dios es justo en toda su Ley, siempre proveyó caminos de misericordia que le restituyan las bendiciones como antes, sin quebrantar su justicia. Los sacrificios primeramente y las actitudes de arrepentimiento convocaban al pueblo de Israel delante de su Dios para una nueva oportunidad.

Eben-ezer

El último de los jueces, Samuel, fue una prueba contundente que la mano de Dios era más que suficiente para ellos ante toda ocasión de desesperación y temor. En el capítulo 7 de 1 Samuel podemos ver a un pueblo con muchas aristas idolátricas que se conjugaban en un antiguo sincretismo con YHWH, el Dios de los hebreos. Habiendo sido los israelitas asolados por los filisteos, lejanos al Tabernáculo de Dios, con el arca fuera del Lugar Santísimo desde hace veinte años y desconociendo por

completo la Ley de YHWH, Dios levanta a un varón nacido de un milagro para acercar al pueblo hacia sí. Samuel reúne al pueblo y les hace la siguiente propuesta: *“Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a él servid, y os libraré de la mano de los filisteos.”* (v. 3). Los israelitas, esta vez, no dudaron de la propuesta, la cual acataron de inmediato: *“Entonces los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot, y sirvieron sólo a Jehová.”* (v. 4). En este relato podemos observar a Samuel orar por ellos (v. 5) mientras se arrepentían de haber pecado contra el Señor (v. 6). Cuando los filisteos oyeron de los israelitas, fueron a atacarles (v. 7). El pueblo, sintiéndose acorralado ante este ataque voraz de un pueblo imparable, le rogaron a Samuel: *“No ceses de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios, para que nos guarde de la mano de los filisteos.”* (v. 8). La historia finaliza con Dios atormentando a los filisteos, los israelitas aprovechando la confusión para atacarles, y la victoria de parte del Señor como respuesta a su clamor. El broche de oro que cierra esta historia es la acción final de Samuel: *“Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, diciendo: Hasta aquí nos ayudó Jehová.”* (v. 12). Este final feliz podría concluir la historia de Israel de esta manera. Lamentablemente, el ser humano tiene una facultad innata e inexorable de arruinar sus propias circunstancias.

Dios no es suficiente

En el capítulo 8 de 1 Samuel, como mencionamos, el pueblo de Israel se sabotea a sí mismo y busca emular a las naciones vecinas constituyendo un ser humano que les dirija por sí mismo. Hasta ahora, los profetas y jueces actuaban de mediadores entre la población y el Señor, pero un rey tendría depositado sobre sí mismo todo el poder gobernante. Como es de esperarse, esta propuesta de Israel a Samuel no fue de su agrado ni mucho

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

menos a Dios, quien declara al enojado profeta: *“no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos.”* (v. 7). Podemos decir, entonces, que este preciso instante marcó la decadencia total de Israel, cuando eligieron desplazar a Dios de su trono y colocar a un semejante que les gobierne. Así como lo hace milenios atrás y lo sigue haciendo hoy, el Señor libera el curso de las decisiones de los seres humanos siempre en perspectiva de las consecuencias de sus actos. En un intento de volverles a entrar en razón, Dios comunica al pueblo a través de Samuel todas las contras de ser gobernados por un rey humano y la herida que la sociedad recibirá por causa de esto. Poniendo de soslayo todas las advertencias, el pueblo concluye diciendo: *“No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras.”* (vv. 19-20). En otras palabras: “queremos que todo lo que Dios hacía por nosotros, ahora lo haga uno de los nuestros.” Y así fue. El pueblo de ahora en adelante pondrá sus ojos, su fidelidad y su corazón sobre un hombre.

La decadencia nacional

Avanzar por las páginas de la Biblia desde los primeros reyes hasta el período de los últimos antes del cautiverio es adentrarse en un huracán que nos va atrayendo lentamente, vamos cobrando velocidad, empezamos a sentir cada vez mayor caos y con más frecuencia; la situación se torna insostenible, cínica, trágica, dolorosa. De repente todo llega a su final y queda una paz angustiante, un desierto sin vida, una calma inquietante. Desde el primer rey (Saúl) hasta los dos últimos (Oseas y Sedequías), pasaron 41 reyes, de los cuales sólo 8 hicieron lo bueno, aunque algunos con errores, y sólo uno hizo lo malo y luego se arrepintió (Manasés). El trono de Israel no tuvo falta de pecado y abundancia de razón. Tan sólo luego de tres reyes (Saúl,

207

David y Salomón) el reino se parte en dos (Judá e Israel). De los 19 reyes del Norte (Israel), ninguno hizo lo bueno. De los 20 reyes del Sur (Judá), sólo 6 hicieron lo bueno. Estas cifras nos dan cabalidad de algo certero: Israel tuvo un gravísimo problema destilado de su separación con Dios. Como si no hubiesen aprendido la lección de Adán y Eva, ellos concluyeron que el divorcio de Dios era la mejor idea. Nada más lejos de la realidad. Creyendo que Dios no era suficiente para ellos, le reemplazaron con un ser humano. Y cada ser humano fue reemplazado por otro. Así, el pueblo se fue sumergiendo en sus pecados tan natural como cínicamente. El Templo de YHWH fue lleno de estatuas y utensilios de servicios para Baal y Asera, los sacerdotes de la antigüedad ahora servían a estos falsos dioses, enseñaron a la sociedad en astrología, prostituyeron a las mujeres por el favor de estos ídolos, consagraron a sus hijos pasándolos por fuego, construyeron altares en todo lugar, y muchas actividades más. El pueblo se olvidó de Dios.

Los buenos reyes

Quitemos un momento la vista de la condición del pueblo y aún de los reyes que hicieron pecar a Israel y Judá. ¿Qué sucedió con los reyes que hicieron lo correcto? Ciertamente lograron buenas influencias en su tiempo, prestando mayor atención a la voluntad de Dios frente al detrimento de la salud espiritual del pueblo. Sin embargo, hay ciertos factores comunes que identifican su gobierno. Entre los reyes que hicieron lo recto, los cuales sólo fueron 6 (sin contar a David y Salomón), hay dos que se destacan sobremanera: Ezequías y Josías. El reinado de los otros 4 (Asa, Josafat, Amasías y Jotán) fue muy bueno y lograron ciertos cometidos en cuanto a fidelidad al pacto de Dios con su pueblo. Muchos de ellos lograron quitar lugares altos de adoración idolátrica mientras que otros no. Algunos condujeron al pueblo

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

a acercarse a Dios mientras que otros no lo lograron. Así, actuaron de diferente manera. Sin embargo, Ezequías y Josías son dos reyes que, en medio de una situación extremadamente turbulenta para Judá, se acercaron a Dios como ninguno, limpiaron la tierra de la maldad imperante, reestablecieron el culto a YHWH y reformaron la nación de acuerdo a los parámetros de Dios. De ellos podemos aprender dos aspectos que son esenciales para nuestras vidas.

Mirando al hombre

Uno de los más lamentables aspectos de toda esta situación con Israel es la mentalidad que adquirieron, la cual persistió para siempre. Si bien los israelitas tuvieron líderes a quienes seguían (o no) y de quienes dependía en gran parte su fidelidad, no fue sino hasta el período de las monarquías que su mentalidad quedó sujeta a las decisiones y actos del rey. A pesar que Dios responsabiliza a cada persona por sus propios actos (Deuteronomio 24:16; Jeremías 31:29-30), no fue posible para los israelitas divorciar su actitud de la de sus reyes. ¿Y esto cómo llega hasta nuestros días? Pues casi lo mismo. El pensamiento crítico no suele tener vacante entre las religiones más populares. Incluso las sectas más pequeñas, así como los grandes grupos religiosos, suelen tener líderes (o un solo líder) que administra el pensamiento de los feligreses. Los seguidores no sólo tienen prohibido, sino que encuentran alienada a ellos la mera posibilidad de extender hilos de duda sobre el grueso entramado doctrinal que les contiene. El liderazgo que debe conducir al pensamiento o provocar ciertas inclinaciones benéficas por la influencia que produce, a menudo acaba cercenando la capacidad crítica. ¿Cómo saber si nos encontramos en un grupo de este tipo? Es bastante simple. Podemos preguntarnos: ¿pienso lo que

quiero o lo que me dicen que debo pensar? Este tipo de preguntas es peligrosísimo para la estructura de muchos sistemas.

El peligro real y latente de una mentalidad que se encuentra a merced de la voluntad ajena es caer en el mismo error que los israelitas de este tiempo y de muchas personas contemporáneas a nosotros. Al mirar al ser humano y depender de él, estableciendo un reinado en nuestros corazones, dejamos nuestro destino en manos débiles, frágiles, dudosas, errantes. Al desplazar a Dios de nuestros corazones y establecer el reino humano (aunque ese humano seamos nosotros mismos) estamos apoyando toda nuestra confianza en el poder de una criatura que ha demostrado siglo tras siglo ser incapaz de alcanzar la paz y la felicidad; una especie que genera seguridad creando más armas, que establecen la paz mediante enfrentamientos bélicos, que ponderan al más fuerte. No. Los seres humanos somos incapaces de gobernar con eficacia absolutamente nada. Nuestra maldad nos conduce a gobernar con tiranía y egoísmo, y nuestro pecado nos hace fallar aun teniendo las mejores intenciones. Olvidar a Dios y destronarle de nuestras vidas es la peor decisión posible. Por eso, tenemos que observar a dos reyes muy especiales del Reino del Sur, Judá, que buscaron a Dios mediante dos recursos que deben ser inalienables a nuestra vida como creyentes en el Señor.

Cartas a Dios

Ezequías adquirió el trono de Judá luego de su padre Acáz, un hombre que realmente vivió alejado de toda voluntad de Dios. Ezequías no tuvo en su padre un ejemplo a seguir (de aquí la importancia de no ser absorbidos por la voluntad del hombre aun cuando de nuestro padre se tratase). No sólo se inclinó de lleno a la idolatría en los lugares altos y árboles frondosos, sino

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

que llegó a pasar a uno de sus hijos por fuego (2 Reyes 16:1-5). Además, diseñó un nuevo altar y reemplazó al de YHWH. Luego, cambió todo el diseño del Templo para ajustarlo a los requerimientos de los baales y dioses cananeos. El suelo que dejó preparado Acáz para que reinase su hijo Ezequías estaba fracturado, herido, violentado. El nuevo rey tenía todas las condiciones para seguir ese camino, como hicieron otros, según las enseñanzas de su padre. Sin embargo, Dios se encargó de proveer para cada rey un tesoro sin igual que, cuando fue aplicado en rectitud, enderezó los corazones más torcidos: las madres. Si leemos el relato de las dinastías de Israel y Judá, cada nuevo rey es mencionado junto a su madre. Esto es así porque es la madre la que se encargaba de la educación de sus hijos. Y es así que comienza el relato del reinado de Ezequías: *“En el tercer año de Oseas hijo de Ela, rey de Israel, **comenzó a reinar Ezequías** hijo de Acáz rey de Judá. Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y reinó en Jerusalén veintinueve años. **El nombre de su madre fue Abi** hija de Zacarías.”* (2 Reyes 18:1-2). No podemos pasar por alto el nombre de Oseas en estos versículos. El rey mencionado allí será el último que tendrá Israel; luego el cautiverio los arrastrará de su lugar y su tierra será arrasada. Ezequías será testigo de éste desde el reino de Judá. Desde allí verán caer a su hermana, la cual se separó de ellos desde el gobierno del hijo de Salomón. No hay regocijo en esto y ni siquiera desinterés. El Israel amado de Dios, su pueblo escogido (Deuteronomio 7:6), la niña de sus ojos (Deuteronomio 32:10), su tesoro especial sobre los pueblos (Éxodo 19:5), había sido partido y la sección mayoritaria sería esparcida por el mundo.

Entre este terrible suceso de Israel y la buena educación de su madre, Ezequías *“hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre.”* (2 Reyes 18:3). No dudó en

reformular todo aquello que había hecho su padre y lo que fue adquiriendo el pueblo. Ezequías *“quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nebustán.”* (2 Reyes 18:4). La descripción de este rey es magnífica: *“En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés. Y Jehová estaba con él; y adondequiera que salía, prosperaba. [...]”* (2 Reyes 18:5-7). La prosperidad, tan deseada el día de hoy como malinterpretada, estaba en potestad de Ezequías como resultado de una fidelidad hacia el Señor. Quizá haciendo un paréntesis en el presente mensaje, puede ser útil para el creyente mencionar que la prosperidad tiene dos aspectos por aclarar. En primer lugar, la prosperidad no es específicamente dinero. De hecho, el mismo suele ser de tropiezo para andar en el camino de la fe. La prosperidad es el éxito en la relación con Dios y en sus propósitos sobre nuestras vidas. En resumen, ¿qué es ser próspero? Hacer la voluntad de Dios y ser amigos de ese Dios. En segundo lugar, la prosperidad no es ni debe ser un estado natural del creyente. No es la prosperidad algo para dar por sentado si uno está asistiendo a una iglesia o confesando verbalmente la fe en Jesús. La prosperidad debe conseguirse, lograrse, alcanzarse por una actitud de fidelidad y confianza con el Señor. Observando la vida de Ezequías, podemos notar que Dios le prosperó en todo porque imitó la fe de los antiguos (v. 3), eliminó todo lo que le desagradaba a Dios (v. 4), esperó en el Señor en lugar de confiar en el hombre o en sí mismo (v. 5), y siguió fielmente todos los mandamientos divinos (v. 6).

Los asirios tomaron Samaria y la doblegaron, dejando a Israel desecha. Cuando los mismos asirios, liderados por Senaquerib,

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

apuntaron sus armas contra Jerusalén para tomar Judá, hubo una gran diferencia. En Israel gobernaba Oseas, el cual fue un rey que no caminó según Dios y aun la población de Israel anduvo detrás de la idolatría. Al dejar a Dios, Dios les dejó a ellos a merced de sus enemigos. En el caso de Judá, la invasión de los asirios encontró una limitante en Ezequías, quien no se había vendido al pecado de sus semejantes. De esta manera, podemos ver a lo largo de 2 Reyes 18:13-37 y 19 que el Rabsaces, un líder militar asirio, arremete con un discurso a los habitantes de Judá para persuadirles de no seguir a su rey Ezequías. La pregunta inicial del Rabsaces es una que puede mover el suelo donde estamos parados: *“¿Qué confianza es esta en que te apoyas?”* (v. 19). La interpelación que este oficial hace delante de los representantes de Ezequías fue tan contundente que los siervos del rey les solicitaron hablar en otro idioma (arameo) para que la gente nos les entienda y se amedrente. Sin embargo, el Rabsaces alzó su voz y prorrumpió a voz en cuello a todos los oyentes: *“¿Me ha enviado mi señor para decir estas palabras a ti y a tu señor, y no a los hombres que están sobre el muro, expuestos a comer su propio estiércol y beber su propia orina con vosotros?”* (v. 27). El oficial apuntó directo al corazón de Ezequías, allí donde tenía puesta su confianza. Ellos sabían que Ezequías no confiaba en su fuerza, su ejército, su poderío terrenal o cualquier alianza vecina, sino que confiaba totalmente en YHWH. El Rabsaces continuó: *“Así ha dicho el rey: No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar de mi mano. Y no os haga Ezequías confiar en Jehová, diciendo: Ciertamente nos libraré Jehová, y esta ciudad no será entregada en mano del rey de Asiria. No escuchéis a Ezequías, porque así dice el rey de Asiria: Haced conmigo paz, y salid a mí, y coma cada uno de su vid y de su higuera, y beba cada uno las aguas de su pozo, hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas, tierra de olivas, de aceite, y de miel; y viviréis, y no moriréis. No oigáis a Ezequías, porque os engaña cuando dice: Jehová nos*

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

librará. ¿Acaso alguno de los dioses de las naciones ha librado su tierra de la mano del rey de Asiria? ¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim, de Hena, y de Iva? ¿Pudieron éstos librar a Samaria de mi mano? ¿Qué dios de todos los dioses de estas tierras ha librado su tierra de mi mano, para que Jehová libre de mi mano a Jerusalén?” (vv. 29-35). Asiria no promete destrucción al pueblo. Todo lo contrario. La promesa gira en torno a espacios de seguridad y prosperidad terrenal. El Rabshakes les invita a rendirse tranquilamente para ser sometidos en paz. El único precio que deben pagar para no morir y vivir tranquilos es quitar su confianza de Dios y el rey Ezequías. Han pasado siglos y siglos de este suceso, pero la invitación siempre sigue en pie. No olvidemos la propuesta de satanás a Jesús: *“Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares.”* (Mateo 4:8-9). Como podemos notar la propuesta es la misma y conocemos de dónde proviene. La cuestión es: ¿qué decisión tomará Ezequías y su gente? ¿Qué decisión tomará Jesús? ¿Qué decisión tomaré yo y cuál tomarás tú? ¿Acaso vale la pena dejar a Dios a un lado por un beneficio inmediato? ¿Es más fácil dejar de creer en Él y en sus promesas por escuchar voces extrañas? ¿Seremos ovejas del Buen Pastor que escuchan su voz y le siguen, mientras que la voz de los extraños no la conocen? (Juan 10:27). *“Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.”* (Mateo 4:10-11).

Los embajadores provocaron a Judá a desistir en su fe en Dios y buscaron hacer mella en el testimonio de Ezequías. Para esto, enviaron cartas a Ezequías con el mensaje intimidante de Senaquerib. El contenido de las cartas era el siguiente: *“Así diréis a Ezequías rey de Judá: No te engañe tu Dios en quien tú confías, para*

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

decir: Jerusalén no será entregada en mano del rey de Asiria. He aquí tú has oído lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, destruyéndolas; ¿y escaparás tú? ¿Acaso libraron sus dioses a las naciones que mis padres destruyeron, esto es, Gozán, Harán, Resef, y los hijos de Edén que estaban en Telasar? ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arfad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena y de Iva?'" (2 Reyes 19:10-13). El desafío a la fe de Ezequías es el mismo que se nos presenta hoy. Podemos encontrarnos acorralados en muchas ocasiones o en ciertas circunstancias que demanden una decisión por parte de nosotros. A la hora de decidir, ¿qué elegiremos? Este rey vio cómo los dioses vecinos fueron cayendo de a uno bajo la mano del rey de Asiria. Su turno de ser atacado estaba por llegar y el enemigo venía con una fuerza incomparable. Aquí es donde entendemos que la fe se forja en el crisol de las dificultades, en el fragor de la batalla, en los momentos en que no hay plan B por seguir. Muchas veces, Dios mismo nos empuja a situaciones donde no tengamos más que confiar en Él o ser derrotados. Y una de las herramientas más poderosas que tiene un cristiano para enfrentar todo tipo de desafíos, para hacer frente a los embates enemigos y permanecer en pie, para movilizar las esferas espirituales a fin de alcanzar el propósito de Dios, es la oración. Oración fue el recurso del rey Ezequías y no armas, ejércitos o habilidades de estratega. El texto bíblico relata: *"Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores; y después que las hubo leído, subió a la casa de Jehová, y las extendió Ezequías delante de Jehová. Y oró Ezequías delante de Jehová [...]"* (2 Reyes 19:14-15). Esta actitud fue la que anticipó la victoria de Judá. Ezequías no comenzó a hacer cientos de cuentas, pensar en muchas posibilidades, idear planes estratégicos para eludir la intimación de Asiria, ni nada similar. Él simplemente tomó el problema en sus manos y lo expuso delante de Dios y seguidamente oró al Señor, habló con Él para recurrir a quien podría librarle de cualquier situación. No fue en actitud

de demanda o reclamo, sino en apelación a su misericordia. La oración de Ezequías fue la siguiente: *“Jehová Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente. Es verdad, oh Jehová, que los reyes de Asiria han destruido las naciones y sus tierras; y que echaron al fuego a sus dioses, por cuanto ellos no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera o piedra, y por eso los destruyeron. Ahora, pues, oh Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que sólo tú, Jehová, eres Dios.”* (2 Reyes 19:15-19). Al final, lo que buscaba Ezequías no fue tanto ser librado de aquella circunstancia (aunque sin duda lo deseaba) sino más bien glorificar a Dios. Este rey pide a Dios que observe cómo han blasfemado su Nombre, quita toda comparación con dioses falsos, y le pide que se glorifique en esta obra de salvación.

Cartas de Dios

El segundo rey que analizamos hoy es Josías. Al igual que su predecesor Ezequías, la llegada al trono fue también en tiempos turbulentos, y sus antecedentes tampoco fueron de lo mejor. Pasado el reino de Ezequías, asumieron Manasés y Amón que quitaron de nuevo todo culto a YHWH y restituyeron la idolatría con toda su fuerza. Otra comparación con Ezequías, entonces, es que Josías no tuvo un padre ejemplar que busque a Dios. Fue su madre la que intervino en guiarle en camino de rectitud para con el Señor. *“Cuando Josías comenzó a reinar era de ocho años, y reinó en Jerusalén treinta y un años. **El nombre de su madre fue Jedida** hija de Adaía, de Boscát. **E hizo lo recto ante los ojos de Jehová,** y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni a izquierda.”* (2 Reyes 22:1-2).

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

Josías fue llamado el niño rey debido a su cortísima edad al tomar el trono: ocho años. Hay algunos debates aún sobre esto, pues el hebreo original (*shemoné*, שְׁמוֹנֶה) puede indicar *ocho* o *dieciocho*, e incluso puede leerse como *abundante* o *generoso* (*shamén*). Amén de eso, no cabe duda que siguió los caminos de Dios en fidelidad y diligencia. Pero hubo un hecho que realmente transformó su corazón por completo. El capítulo 22 de 2 Reyes, Josías se pone a la obra de restaurar el Templo abandonado por el pueblo o, en todo caso, utilizado para la adoración idolátrica. Para esto, envía a sus siervos a solicitar al sacerdote Hilcías los fondos necesarios que se fueron recaudando y comenzar inmediatamente con la labor (vv. 3-7). En medio de la limpieza del lugar y las refacciones ocurrió algo inverosímil. *“Entonces dijo el sumo sacerdote Hilcías al escriba Safán: He hallado el libro de la ley en la casa de Jehová. E Hilcías dio el libro a Safán, y lo leyó.”* (v. 8). Safán, el escriba del rey, tomó el libro y se fue al palacio real para poner a Josías al tanto de las circunstancias. Luego de declarar que las labores habían tomado su curso (v. 9), le comenta este repentino hallazgo. *“Asimismo el escriba Safán declaró al rey, diciendo: El sacerdote Hilcías me ha dado un libro. Y lo leyó Safán delante del rey. Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos.”* (vv. 10-11). La reacción de Josías ante las palabras escritas antaño para memoria de las ordenanzas de Dios es sumamente notoria. No habían encontrado un libro de cuentos, no era un relato de fantasía, ni tampoco un antiguo libro para vender en la casa de empeños. Josías estaba nada más ni nada menos que frente al corazón mismo de Israel, ante la esencia del carácter de Dios. Un libro que el pueblo abandonó por sus rebeldías y por confiar ciegamente en un líder de turno. Inmediatamente, Josías llamó a sus más allegados y les demandó solícitamente: *“Id y preguntad a Jehová por mí, y por el pueblo, y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que se ha encendido contra nosotros, por cuanto nuestros*

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

padres no escucharon las palabras de este libro, para hacer conforme a todo lo que nos fue escrito.” (v. 13). Estos fueron y consultaron a Dios por medio de la profetisa Hulda. La respuesta de Dios no se hizo esperar: “Así dijo Jehová: He aquí yo traigo sobre este lugar, y sobre los que en él moran, todo el mal de que habla este libro que ha leído el rey de Judá; por cuanto me dejaron a mí, y quemaron incienso a dioses ajenos, provocándome a ira con toda la obra de sus manos; mi ira se ha encendido contra este lugar, y no se apagará.” (vv. 16-17). El juicio había sido declarado sobre Judá y el destino estaba sellado. La multitud de rebeliones había colmado la copa de injusticia, pecado e inmoralidad y el fin estaba cerca.

Reparemos nuevamente en la actitud de Josías. Cuando el sacerdote Hilcías encuentra el libro no reaccionó con pena o lamento en absoluto. Al dárselo al escriba Safán, éste se lo acerca a Josías diciendo que se ha hallado “un libro”. Fue cuando llegó a oídos de Josías que las palabras escritas en esos rollos causaron un impacto fortísimo en el corazón. Un sentimiento de angustia y dolor apretujó el alma de Josías y un lamento por el mal cometido por sus antecesores. Ante tal condición de espíritu, Dios le da una palabra a Él: *“Mas al rey de Judá que os ha enviado para que preguntaseis a Jehová, diréis así: Así ha dicho Jehová el Dios de Israel: Por cuanto oíste las palabras del libro, y tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Jehová, cuando oíste lo que yo he pronunciado contra este lugar y contra sus moradores, que vendrán a ser asolados y malditos, y rasgaste tus vestidos, y lloraste en mi presencia, también yo te he oído, dice Jehová. Por tanto, he aquí yo te recogeré con tus padres, y serás llevado a tu sepulcro en paz, y no verán tus ojos todo el mal que yo traigo sobre este lugar. Y ellos dieron al rey la respuesta.” (vv. 18-20).*

La consiguiente respuesta del rey, en este caso, sí difiere de la de Ezequías. Cuando el profeta Isaías declara a Ezequías que Babilonia tomará a Judá, pero no en el tiempo de su reinado sino

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

más adelante, Ezequías concluye: *“La palabra de Jehová que has hablado, es buena. Después dijo: Habrá al menos paz y seguridad en mis días.”* (2 Reyes 20:19). En cambio, Josías no queda en conformidad con esto. A él no le basta que en su tiempo el mal de parte de Dios no venga. Él sabe que YHWH es un Dios de misericordia, que atiende a la oración de arrepentimiento y a la conversión genuina del corazón. Por esto, comienza una serie de reformas en toda Judá. En el capítulo 23 de 2 Reyes vemos que Josías lee la Ley a todo el pueblo (v. 2), busca hacer un pacto de fidelidad del pueblo con el Señor (v. 3), limpia el Templo de la idolatría (v. 4), eliminó a los sacerdotes idolátricos, las estatuas, los lugares altos, los cultos extraños, la astrología (vv. 4-20), y celebró el Pésaj (la pascua), la cual *“no había sido hecha [...] desde los tiempos en que los jueces gobernaban a Israel, ni en todos los tiempos de los reyes de Israel y de los reyes de Judá.”* (v. 22).

Este mismo efecto es el que se procura ocurra en el creyente. Cuando Josías es expuesto al contenido de aquel libro sagrado, no sólo rasga sus vestiduras, sino también su corazón, pues todo el peso del pecado propio y ajeno le resulta insostenible. Leer la Palabra de Dios es recibir la Presencia del Espíritu de Dios, el cual convence de pecado, justicia y juicio, y, por lo tanto, genera un arrepentimiento genuino. Esto necesitamos: acercamientos honestos al Señor, donde el pecado salga a la luz y el proceso de sanidad y salvación se dé a lugar.

Oración y Biblia

Josías y Ezequías nos enseñaron las dos claves fundamentales para la salud espiritual. ¿Qué es salud espiritual? A menudo, los cristianos vemos la salvación como lo más importante. Aunque suene un tanto extraño, no es así. La salvación es la prioridad, pero no lo más importante. Veámoslo con un ejemplo.

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL**

Imaginemos que en un edificio hay un incendio en los pisos inferiores y las llamas se van apoderando de los pisos de arriba uno a la vez. Las personas que allí se encuentran deben ser salvadas a toda costa. Para ello, los bomberos disponen de recursos que amortigüen caídas y largas escaleras a esos sitios. Aquí, en esta situación, salvar sus vidas es la prioridad. No hay tiempo de conversar, pensar o hacer cuentas. La prioridad es salvar las vidas. Esa es la tarea de todos los cristianos al anunciar la venida de Cristo. Sin embargo, luego que esas personas sean salvadas del fuego, ¿qué? ¿Seguirán siendo salvadas toda su vida? Lo mismo con los creyentes. Una vez que han alcanzado la salvación de sus almas, ¿deben ser salvados cada día? Claro que no. Entonces, luego de recibir su salvación, ¿qué pasa? ¿Qué sucede con el día a día? ¿Qué pretende Dios con quien ha salvado? ¿Qué se debe hacer con el pasado? ¿Qué sucede con las relaciones, la familia, los amigos, el trabajo? ¿Qué ocurre con el pensamiento, las ideas, las experiencias, los acontecimientos pasados y futuros? La salvación no es el fin, es el comienzo. ¿El comienzo de qué? De una vida junto a Dios, donde reparamos el templo de nuestro corazón, alma, mente y cuerpo. Donde cada día vamos sanando las heridas que el pasado nos dejó y vamos tomando la imagen de nuestro Creador. Nuestra salud espiritual se va restaurando, pues estábamos muertos en delitos y pecados, pero ahora fuimos vivificados para vivir según su voluntad.

¿Cómo podemos adquirir esa salud espiritual cada día? Con las pautas que nos deja el Señor y que se ejemplifican en las vidas de Ezequías y Josías respectivamente: oración y Palabra. Tener una conversación diaria con Dios y vivir en obediencia a sus mandamientos es lo que reparará nuestro espíritu. A menudo escuchamos oraciones pidiendo por la *vida espiritual*. Pues esta es la respuesta: oración y Palabra. Así como Ezequías necesitamos

LO QUE DIOS ME DIJO CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL

acercamientos honestos al altar. Confesar nuestros pecados, declarar nuestras flaquezas, exponer nuestras debilidades y dejar en manos del Señor nuestros problemas. La oración debe calmar nuestras tormentas y tornar nuestra condición de turbación a completa paz. Nadie debería acabar una oración quedando con pesar o desespero en el corazón. Como invita el libro de Lamentaciones de Jeremías: “[...] *Derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor [...]*” (2:19) Decimos que orar es “hablar con Dios”. Tal vez sea mucho más que eso. Hablamos con nuestros más allegados y amados, pero también hablamos con compañeros de trabajo, con el carnicero, el verdulero, alguien que aparece a vendernos alguna cosa. Hablamos con mucha gente, pero lo que hacemos con Dios debe ser algo más, algo profundo, real, sumamente personal. Oración es más que conversación, es relación. Relación sin ritualidad, sin esquemas, sin marcos preestablecidos. Relación de amor y sin tiempos. A veces medimos el tiempo de oración y es síntoma de ritual frío y costumbre vana. Si la Biblia dice en un versículo tan corto como contundente “*orad sin cesar*” (1 Tesalonicenses 5:17), eso es lo que debemos hacer. Que el día nos sorprenda siempre conversando con Él tanto en el tiempo privado y a solas como en las actividades del día. Una clave de la salud espiritual y de la victoria sobre toda potestad de las tinieblas es exponer delante del altar del Señor todas nuestras circunstancias y aún nuestro mismo corazón.

De Josías aprendemos el efecto que causa la Palabra de Dios. La Biblia no es un libro. La Biblia es la Voz de Dios. Así es como ha determinado Él hablarnos y guiarnos en nuestro camino. Su Palabra es toda suficiente tanto con versículos de ánimo y gozo, como aquellos que exhortan nuestras vidas. ¿Cuál es nuestra actitud al leer la Palabra? ¿Qué efecto produce en nosotros? ¿Se

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ **CLAVES PARA LA SALUD ESPIRITUAL**

llena de gozo nuestro ser al leer *“este es el día que hizo Jehová; os gozaremos y alegraremos en él”* (Salmo 118:24)? ¿Hay calma en nuestro corazón al leer *“por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”* (Filipenses 4:6)? ¿Nos sentimos desafiados por el Señor al leer *“Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos”* (1 Timoteo 6:12)?

Oración y Palabra son las claves de una salud espiritual fuerte y duradera. Seamos amigos de Dios, confiemos en Él y todo obrará para bien.

LO QUE DIOS ME DIJO **SEDIENTOS**

SEDIENTOS

“Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos.” (Génesis 2:10)

EL JUSTO Y EL MALO

El Edén es sin duda uno de los lugares más misteriosos y de mayor inaccesibilidad histórica de todos los tiempos. Descrito como las entrañas de la humanidad, alberga una sombra sobre sí que nos velará nuestra mirada hasta el fin de los tiempos. Nadie sabe dónde estaba ni cómo era por fuera de lo que el texto bíblico describe. Y no sólo el Edén atrae la atención sobre su particular belleza, sino un huerto especialmente diseñado para acunar a los primeros seres humanos, creados a imagen de Dios, que pisarían este planeta. Adán y Eva hacían del huerto del Edén su hogar junto con el Señor.

Más allá de sus exactitudes arqueológicas e históricas, es en su analogía espiritual que debemos poner atención en esta ocasión. Así como el Edén sirvió como proveedor acuífero e hizo del huerto su vertiente, Dios ha provisto el mismo riego espiritual sobre sus creaturas y aún más especialmente sobre sus hijos. Dios ha querido inundar con su Presencia este mundo que se empeña en rechazarle y sólo los hijos de su amor son capaces de percibir semejante caudal bendito. Por esta razón, las páginas de la Biblia identifican a los hijos de Dios como árboles, plantío del Señor, especies arbóreas que extienden sus ramas a su afluente y su dosel en conjunto hacia su luz admirable (Isaías 61:3). Si analizamos el Salmo 1, hay una clara distinción que no permite confusión al ubicar a un lado del juicio del Cielo al justo y del otro lado, al malo. En cuanto al justo declara: *“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.”* (v. 3). Pero exponiendo al malo dice: *“No así los malos, que son como el tamo que arrebató el viento. Por tanto, no se*

LO QUE DIOS ME DIJO SEDIENTOS

levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos.” (vv. 4-5). Concluye el salmo 1 con la sentencia final: *“Porque Jehová conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá.”* (v. 6). Así se genera en esta declaración un resultado perfectamente excluyente entre aquellos que *son conocidos* por Dios, y quienes son los *malos*. No hay grises. No hay intermedios. No hay purgatorios ante la distinción divina.

¿Qué es lo que identifica a un ser humano como perteneciente a un grupo u otro? Nadie quiere perecer. Aun perseguimos la trascendencia como un modo de extender nuestro ser aún después que la muerte nos aniquile. Queremos dejar una herencia, un legado; trofeos, monumentos, hazañas, títulos y reconocimientos que dejen en claro la huella que dejamos en nuestro paso por esta vida. ¿Cómo podemos, entonces, evitar esta eliminación total del ser y sobrevivir para contarlo? ¿Cómo separarnos del destino de quienes la mirada de Dios se desvía y cunden en su desaparición y futilidad? ¿Cómo podemos decir con total certeza el soliloquio del salmista *“No moriré, sino que viviré, y contaré las obras de JAH”* (Salmo 118:17)? El mismo salmo 1 nos da la pauta, así como el resto de la Escritura: *“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.”* (vv. 1-2). La distinción que hace este salmo, a la cual nos remitimos anteriormente, identifica al malo como poseedor de consejos, un camino y un lugar donde sentarse; y, por otra parte, señala a aquellos que no participan de ellos. Pero lo que realmente hace la diferencia en el justo no es la cantidad y calidad de sus buenas obras ni los reconocimientos públicos o las hazañas meritorias de los mayores trofeos, sino la observación constante y meditación sesuda de la Ley del Señor. Es cuando la Palabra de Dios se hace

carne en nuestro ser que somos identificados de una manera distinta a los *malos*. El malo está satisfecho con su propia existencia, mientras que el justo es consciente de su sed, de su necesidad interior. En realidad, ambos están sedientos, sólo que uno lo ignora.

Más cerca

Ahora bien, ser justos o malos es una decisión personal que el Señor ha dejado a nuestro libre albedrío. La pregunta aquí es: ¿está interesado Dios en esta elección? Debemos pensar unos momentos en lo que pasa por el corazón de Dios y qué pretensiones tiene con la humanidad que Él mismo ha creado. ¿Nos creó en vano? ¿Tiene planes con nosotros? ¿Acaso está interesado en acercarnos a Él? Como dijimos, todo estamos sedientos. Este mundo no basta para saciarnos sino solamente la fuente de salud que proviene de nuestro Creador. Dios nos ha creado por una razón que es tan compleja que se vuelve increíblemente simple: amor. Es cuando vemos un acto tan beneficioso a cambio de absolutamente nada que el amor se hace real ante nuestros ojos. Por mucho esfuerzo que pongamos en esto, los seres humanos estamos inhabilitados ontológicamente a entender esto. Nadie puede ni remotamente amar como Dios lo hace y actuar con el amor con el que Él obra. Dios le dijo a Jeremías: “*Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.*” (31:3). No es la *cantidad* de amor que tuvo Dios, sino la *calidad* y el *tipo* de amor; un amor diferente al que la psiquis del hombre pueda otorgar. No le dijo a Jeremías que le amó con “mucho amor”, sino con “amor eterno”, lo que implica un amor radicalmente diferente a todo lo conocido sobre la faz de la tierra. Este concepto, amén de no poder ser enteramente comprendido, debe ser meditado debidamente. El amor de Dios es único no sólo por su *origen* sino también por su *destino*. Desde su origen,

LO QUE DIOS ME DIJO SEDIENTOS

Dios es amor. Juan, el apóstol del amor, describe este amor desde su experiencia más cercana. En primer lugar, dice: *“Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.”* (1 Juan 4:7). Juan hace una demanda imperativa de amarnos. No intentar, ni tratar, ni bosquejar ciertos sentimientos bondadosos. Amarnos unos a otros. ¿Por qué? Porque Dios es el origen del amor y no hay amor verdadero fuera de Él. “El amor es de Dios”. Esa es la razón que el apóstol da para amarnos unos a otros. Y aún va más lejos, implicando dos estados elementales del creyente que le permiten e impulsan a amar: ser nacido de Dios y conocer a Dios. Estos tres elementos convocan un anillo espiritual que se cierne sobre el cristiano y le atrapa indefectiblemente o le libera por completo. Es decir, el justo ama a su hermano, es nacido de Dios y le conoce; el malo no posee ninguna de las tres características. No posee una o dos de ellas. Al fallar una, fallan todas, así como pender de una cadena donde un eslabón se rompe. Aquí es donde vemos que el amor de Dios es también único en su destino. Ama desde su origen con perfección y desde su destino, a la imperfección. Si nos vemos limitados a amar, Juan responde: *“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.”* (1 Juan 4:8). Tal vez aún, así como las interpelaciones de Abraham o Moisés, podríamos nosotros replantear nuestra incapacidad de amar a nuestros hermanos justificándonos por otras razones. No es que no conocemos a Dios, lo cual nos impide amar, sino que nos han traicionado, herido, o no sentimos la libertad de amar por falta de interés. Ese no es un cabo que Juan haya dejado suelto. Si creemos que no podemos amar por causa de no ser correspondido nuestro amor, por motivos de sufrimiento personal, Juan añade: *“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.”* (1 Juan 4:9). ¿Cuántos han recibido el amor de Dios a

través del sacrificio de Cristo? ¿Qué porcentaje de la humanidad puede contemplar la cruz y saber que ha sido amada con un caudal estrepitoso y sin medida? ¿Acaso no le hemos dado la espalda? ¿Acaso nosotros mismos no hemos correspondido su amor mucho tiempo? Aún como cristianos nos cuesta devolver algo de su amor. “A prueba de fuego” es una película cristiana del 2008. Trata sobre el matrimonio de Caleb y Catherine en decadencia que no ve ninguna salida. Todo parece estar perdido hasta que el padre de Caleb interviene con un libro que le guiará a este hombre a reconquistar a su esposa. Si bien Caleb intenta llamar su atención y seguir paso a paso el proceso de enamorarla de nuevo, ella se resiste por la multitud de sus anteriores maltratos. Caleb está tan frustrado que decide rendirse. Su padre le pregunta sobre sus sentimientos acerca de Catherine. Caleb le responde: *“Es terca. Me lo hace todo difícil siempre. Es mal agradecida. Siempre está dominándome, manipulándome por algo. Yo pensé que después de todo lo que hice por ella me mostraría un poco de gratitud, pero no lo hace. Cuando vuelvo a casa, me hace sentir como un enemigo. No soy bienvenido en mi propia casa. Eso me molesta mucho. ¡Me he inclinado ante ella! ¡Le he demostrado que aún me interesa mi familia! ¡Le compré flores que tiró a la basura! He aguantado sus insultos y su sarcasmo. Hice lo que pude para demostrarle que la quiero y que la valoro mucho, y ella me escupió en la cara y esa es una falta de respeto. ¡Ella no merece esto! ¡No lo hare más! ¡¿Cómo puedo mostrarle amor a alguien una y otra vez, cuando siempre, siempre, siempre, todo lo que hace es rechazar-me?!”* Su padre se apoya sobre una cruz de madera que había en ese lugar, le mira con calma a los ojos, y le dice: *“Interesante pregunta”*. Y luego, termina con esta reflexión: *“No puedes amarla porque no puedes darle lo que no tienes. Dios te ama lo merezcas o no, aunque lo rechaces, aunque le escupas en la cara.”* ¿Qué es el amor entonces? Juan lo responde también: *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros*

LO QUE DIOS ME DIJO SEDIENTOS

pecados.” (1 Juan 4:10). En la cruz se acaban las excusas para amar. Se terminan las limitaciones. En la cruz se doblega todo corazón para amar.

Por todo lo dicho, podemos decir con total certeza que sí: Dios está sumamente interesado en nosotros. Él quiere acercarnos hacia sí y conquistar nuestro corazón. Él quiere hacernos saber que aún nos ama y que ha abierto un camino de redención hacia su Presencia para habitar junto a Él para siempre. Él estuvo dispuesto a pagar el precio necesario por nuestras almas y lo hizo con creces. ¿Cómo podemos corresponder a ese amor? ¿Cómo saciar nuestras vidas en Él?

Plantío de dios

Comparemos la consigna del justo del Salmo 1 con las palabras del discípulo amado. El salmista dice que el justo encuentra delicia en la Ley de Dios y medita en ella de día y de noche (v. 2). Transportándonos al Nuevo Testamento, Juan dice respecto al amor de Dios: *“este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.”* (1 Juan 5:3). La Palabra es el elemento unificador.

Como mencionamos, los creyentes, los hijos e hijas de Dios, somos identificados como plantío de Dios, árboles de justicia. El salmo 1 define a quienes se deleitan en la Palabra del Señor y piensan en ella de continuo como *“árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da fruto en su tiempo, y su hoja no cae”* (v. 3). Los árboles de Dios, quienes le aman, extienden sus raíces hacia la fuente de su vitalidad, gozo y deleite. En botánica hay términos que describen el movimiento, acción e inclinación de las plantas: fotofilia, como la atracción a la luz; hidrofilia, como la atracción al agua; geofilia, como la atracción a la tierra. Los seres humanos respondemos a muchas tendencias interiores que jalan de nuestro

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SEDIENTOS

ser para capturar nuestra esencia. Pensemos un momento en los israelitas durante su estadía en Egipto. ¿Cuáles eran sus inclinaciones allí? ¿Cuáles eran nuestras inclinaciones al estar sumergidos en el sistema de este mundo? Su fotofilia (atracción a la luz) estaba ligada al poder del faraón como el hijo de Ra, dios del sol. No que le sirvieran directamente a este dios, pero sí que estaban bajo el poder de su yugo. Su hidrofilia voluntaria o involuntariamente relacionada al río Nilo, desde donde el dios Hapi bendecía a los egipcios. La geofilia egipcia era atraída por Geb, el dios egipcio de la tierra, quien pesaba los corazones de los difuntos y mantenía en prisión a los injustos. Sabemos que estos dioses no operan en nuestro tiempo y región como tales, pero nuestras almas siguen ligadas a espíritus de este mundo a quienes debemos lealtad. Este mundo ha conquistado nuestro corazón con seducción para mantenernos cautivos. Fue la dureza en Egipto lo que facilitó la emancipación israelita, pero fue su seducción lo que hizo que le extrañaran en el desierto.

Dios nos está invitando a un cambio radical. Cuando el Señor llevó a cabo el éxodo de Israel de Egipto, el proceso más difícil no fue quitar a su pueblo de Egipto, sino quitar a Egipto de su pueblo. En sus corazones aun habitaban aquellas deidades, recordaban con añoranza aquella tierra y deseaban regresar continuamente. Dios nos ha quitado de este mundo. Él no quiere que tengamos un corazón adúltero como su antiguo pueblo, cuyo clímax podemos ver en el libro del profeta Oseas. Dijo el Señor: *“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.”* (Santiago 4:4). La invitación de Dios es una transformación total en cuerpo y alma. Es una llamada final para los tiempos finales de dejar este mundo detrás (su sistema) para encontrar plenitud de vida en Cristo. Hemos hablado del amor

LO QUE DIOS ME DIJO SEDIENTOS

de Dios manifestado a nosotros, y en relación a esto, Juan dice: *“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.”* (1 Juan 2:15). Somos llamados a ser sus árboles de justicia, plantío del Señor. Somos llamados a apartarnos de este mundo para ser mudados a un nuevo ser. El apóstol Pablo escribió: *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”* (Romanos 12:2). Luego escribió a la iglesia en Éfeso: *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.”* (Efesios 4:22-25). Nuestra fotofilia debe estar orientada hacia el Padre de las luces (Santiago 1:17), hacia Jesús que es la luz que vino a los hombres (Juan 3:19). Nuestra geofilia debe buscar la tierra prometida por el Señor, tierra que fluye leche y miel, tierra de bendición que es la vida espiritual según su Ley (Levítico 20:24). Nuestra hidrofilia debe conducirnos a las aguas de Dios, a su Palabra, tal como el justo ilustrado en el Salmo 1, el árbol plantado junto a corrientes de aguas.

El don de dios

El encuentro entre Jesús y la mujer samaritana da un cuadro tan bello como enriquecedor de la dádiva de Dios para quienes deciden dejar todo atrás y alimentarse de Él. Cuando Jesús queda a solas con esta mujer, utiliza su tan particular forma de enseñar y mostrar las verdades del Cielo. Jesús no le da una teoría dura y precisa, sino que opera en la mente de la mujer para que ella recibiera su bendición. Lo primero que hace es pedirle agua (Juan 4:7). Inmediatamente, la samaritana no comprende por qué un

judío le habla, poniendo por delante los estatutos del mundo. De esto hablamos anteriormente. No podemos amarnos unos a otros, no podemos comprendernos entre nosotros, nos cuesta perdonarnos y expresar amor entre nosotros. Nuestra humanidad impone su impronta característica de la prevalencia del más fuerte, el más aguerrido, quien vela más por sus intereses que otro. Creemos que si no tomamos las riendas de nuestra vida nadie lo hará y que nadie puede tomar partida de nuestro porvenir. Amar es exactamente lo contrario. Amar y ser amado es entregarse, rendirse, plantar bandera blanca en los territorios que nos rodean. Amar es volverse vulnerable y darse a expensas de ser herido. Cuando vemos a Jesús, vemos la manifestación de amor más grande jamás acontecida en la historia del mundo. Se entregó por completo, sin límite, sin reservas, a costa de ser rechazado por la mayor parte de este mundo al cual amó hasta el fin. ¿Qué fue lo que motivó a Jesús para dar su vida en rescate? Juan 3:16, aquel versículo que se ha hecho himno en nuestros corazones, da la respuesta: *“De tal manera amó Dios al mundo...”* Eso fue. El amor fue el motor de toda la obra de Dios sobre su creación.

Es en esta historia de la samaritana que vemos el poder transformador de las palabras de Jesús. Inmediatamente Él le dice: *“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.”* (Juan 4:10). Es evidente que Cristo no habla del agua del pozo. *“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”* (vv. 13-14). ¿De qué agua hablaba Jesús? Recordemos el Salmo 1. El justo será como aquel árbol plantado junto a corrientes de agua. Este es el don, el regalo de Dios. De su Presencia brota el agua que puede saciar nuestra sed

LO QUE DIOS ME DIJO SEDIENTOS

y ser fructíferos en todo. El mismo salmo promete que quien esté plantado junto a las corrientes de Dios, dará fruto a su tiempo, su hoja no caerá, y será prosperado en todo lo que haga. ¿Qué más quisiéramos? ¿Quién desea el fracaso, la infelicidad, la derrota? ¿Quién puede habituarse a la depresión? Sin embargo, muchas veces lo hacemos, y convertimos la tristeza y la soledad en fieles compañeras en esta vida. No es el plan de Dios. No es causa de placer para el Señor ver al mundo hundirse cada vez más en su miseria. Y lo peor de todo es cuando creemos que a nosotros no nos pasa, que está todo bien, que no hay nada que cambiar y que hemos comprendido todas las reglas del juego. Mientras nos convencemos a nosotros mismos que estamos muy bien, el Señor nos dice: *“tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”* (Apocalipsis 3:17). En esa condición de corazón es que conquistamos el favor de Dios.

Tomemos el ejemplo del rey Josías. ¿Cómo obtuvo el favor de Dios en medio de dos líneas dinásticas malvadas? El mismo Dios reconoce su reacción: *“Por cuanto oíste las palabras del libro, y tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Jehová, cuando oíste lo que yo he pronunciado contra este lugar y contra sus moradores, que vendrán a ser asolados y malditos, y rasgaste tus vestidos, y lloraste en mi presencia, también yo te he oído, dice Jehová.”* (2 Reyes 22:18-19). El salmo 1 habla del justo como plantado junto a corrientes de agua, quien se deleita en la Palabra de Dios y medita en ella de día y de noche. Jesús le habló a la samaritana de aguas que satisfacen la sed para siempre, que cubren la necesidad por la eternidad. Josías encontró reposo y socorro en atender a las palabras de la Ley. Si estudiamos la Biblia en su totalidad concluiremos que la Biblia, la Palabra de Dios, la Ley del Señor, es el agua de vida eterna, es la fuente que nunca se acaba, es la demostración de amor de un

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SEDIENTOS

Dios en los cielos que intenta comunicarse con sus creaturas para hacerlas sus hijos. Nuestra desesperación por esa agua debe ser notoria, debe surgir de un corazón sediento. La señal que debemos perseguir es la misma de los discípulos que envió el Señor para preparar la cena de la Pascua: *“Y envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle”* (Marcos 14:13). Quien sea que predique a Cristo, su verdad sin mancha, debe ser nuestro referente, y luego perseguir la voz de Dios por nosotros mismos. En Jesús encontramos la satisfacción plena, la toda suficiencia para nuestras almas. Él dijo: *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.”* (Juan 7:37-38). La Palabra de Dios es un torrente que fluye a nuestro lado y nos invita a abandonar la sequedad de este mundo y hundir nuestras raíces en ella. Pablo hace una semejanza entre el marido y la esposa, y Cristo con la iglesia, diciendo: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”* (Efesios 5:25-27). La Palabra de Dios no es una imposición legal sobre los creyentes para prohibir determinadas cosas. Su Palabra es una expresión de amor, es Cristo lavando los pies de sus escogidos, es un dulce esposo que lava la suciedad de su esposa, la iglesia, para presentarla sin mancha. El agua que utiliza es su Palabra. La Palabra alumbrá (Salmos 119:105), es reposo (Salmo 23:2), es la potente voz del Cordero (Apocalipsis 1:15), es vida (Apocalipsis 7:17). No nos dejemos engañar por voces ajenas; *“Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que*

LO QUE DIOS ME DIJO SEDIENTOS

verdaderamente habían huido de los que viven en error.” (2 Pedro 2:17-18).

¿Por qué?

Eso, ¿por qué? ¿Por qué ir hacia Dios? ¿Por qué extender nuestras raíces hacia Él y no hacia el mundo? ¿Por qué utilizar nuestro tiempo y esfuerzo con lo referido al Señor? Siempre exhortamos a leer la Biblia, estudiarla, entenderla. ¿Por qué? ¿Para qué? Los seres humanos estamos enmarcados en algunos elementos de los cuales no podemos escapar. Por ejemplo, la moral. Ninguna persona puede librarse de actuar moralmente con responsabilidad. Tenemos adherido a nuestro ser un conocimiento o tendencia hacia el bien o el mal. Nuestra conciencia se inclina permanentemente a elecciones tan arraigadas a nosotros que hasta se vuelven involuntarias en muchas ocasiones. ¿Cuál es el problema aquí? Desde que la humanidad decidió separarse de Dios en el Génesis, así como cada persona en la actualidad así lo decide, quedó en sus manos la decisión de qué caminos tomar y cuáles son mejores. Desde el inicio, Dios veía como “bueno” cada una de sus creaciones, dejando en claro que está en su sola potestad y prerrogativa qué es lo bueno y qué es lo malo. Cuando el hombre desobedeció en aquel funesto capítulo 3 de Génesis, quedó en su haber la decisión del bien y el mal. Francamente, hemos hecho un trabajo miserable. Destruimos la tierra, el cielo, el agua, nos matamos unos a otros, nos despreciamos y perseguimos. La única manera de retornar a ese estado inicial donde seamos capaces de decidir bien sobre el bien y el mal es regresar a la fuente, al origen de toda la sabiduría: la Palabra de Dios. Así como Salomón, tenemos que poner como prioridad en nuestras vidas la dirección de Dios a través de su Voz. Su Voz que todo lo puede, su Voz imperante, su Voz poderosa. El salmo 29 dedica palabras que intentan

P. R. FRANCISCO IBAÑEZ SEDIENTOS

describir la Voz de Dios: *“Voz de Jehová sobre las aguas; truena el Dios de gloria, Jehová sobre las muchas aguas. Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria. Voz de Jehová que quebranta los cedros; quebrantó Jehová los cedros del Líbano. Los hizo saltar como becerros; al Líbano y al Sirión como hijos de búfalos. Voz de Jehová que derrama llamas de fuego; voz de Jehová que hace temblar el desierto; hace temblar Jehová el desierto de Cades. Voz de Jehová que desgaja las encinas, y desnuda los bosques; en su templo todo proclama su gloria. Jehová preside en el diluvio, y se sienta Jehová como rey para siempre. Jehová dará poder a su pueblo; Jehová bendecirá a su pueblo con paz.”* (vv. 3-11). ¿Cómo podremos conducirnos en seguridad si no tenemos una fiel guía por delante? ¿Acaso está en nosotros la sabiduría perfecta para no perdernos ni equivocarnos? ¿No es más sabio seguir el consejo de Proverbios 3:5: *“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia”*? ¿Cómo podemos criar a nuestros hijos? ¿Cómo tratar con nuestros padres? ¿Cómo ocupar correctamente un ministerio? ¿Cómo lidiar con las vicisitudes y desafíos de esta vida? ¿Cómo responder a las preguntas de la existencia? ¿Cómo librar batallas espirituales? ¿Cómo conocer a Dios en profundidad para ser su amigo? ¿Cómo caminar en integridad? ¿Cómo andar sabiamente? Sólo su Palabra es la luz segura por donde caminar.

La Palabra de Dios no es una imposición legal. Es el relato del amor de Dios para con una humanidad caída y perdida. Es la carta de amor que escribió el Señor como un marido para su pueblo, su esposa alejada. La Biblia es la Voz que desciende dulcemente del Cielo para conquistar al corazón adúltero. Leer su Palabra es conversar con Él, encontrarle en la habitación a solas, dialogar con su corazón y recobrar la amistad con Él. La Palabra de Dios es el agua para el sediento en medio del desierto de este mundo que nos introduce a la tierra prometida, limpia

LO QUE DIOS ME DIJO **SEDIENTOS**

nuestro ser y nos conduce a las moradas eternas. Concluimos con uno de los últimos versículos de la Biblia escrito para todos los sedientos, los necesitados, los que eligen apartarse de este mundo y quitar la autosuficiencia del corazón: *“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.”* (Apocalipsis 22:17). Amén.

LO QUE DIOS ME DIJO

Mensajes selectos - Vol. 2

Dios me habló muchas veces, mas no de manera exclusiva, pues Él ha venido estableciendo millones de hilos conductores de su sabiduría y voluntad a lo largo de los siglos y las edades. Tengo el increíble honor, eterno placer e inmensa gracia de haber sido alcanzado por sus Palabras. No son palabras nuevas cargadas de gnosticismo ni pretendo taladrar los fundamentos de lo establecido, sino simplemente compartir el reservorio de experiencias que he tenido con la intimidad de la Voz de mi creador y he podido dispensar en diferentes momentos.

Lo que Dios me dijo es lo mismo que lo que te ha dicho a ti. Que prediques su Palabra, que llesves la preciosa semilla y que trasciendas no en éxitos materiales y sociales, sino en el cumplimiento de su perfecta voluntad.



R. Francisco Ibañez

Pastor en *Iglesia Visión, Fe y Acción*
del MCyM

2022